



UNA ATRACCIÓN ENMASCARADA

Romance en Londres nº 2

EMILY JO COOPER

Una atracción enmascarada

Emily Jo Cooper

Copyright © 2019

Primera Edición para Amazon.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Prólogo

En un romance, la atracción debe ser mutua.

Prefacio del libro Consejos para un romance exitoso

Inglaterra, 1803

—¡Clarissa! —gritó espantada lady Honoria Bladesdton, como sucedía a menudo, cuando vio ingresar al salón a su pequeña hija.

La rubia niña la ignoró por completo y se dirigió decidida hacia donde su padre leía el periódico. Cuando escuchó el alarido de su esposa, el duque miró a su hija y sus ojos se abrieron por sorpresa. Ella se paró frente a él, acomodando la cola del vestido de novia que la duquesa había usado cuando se casó con el duque y, embutida en metros de tela, lo contempló muy seria.

—Padre, ¿puedes concederme un minuto, por favor? —le dijo con su dulce voz y sus enormes ojos azules expectantes.

—Claro, princesa, dime lo que está tramando esa preciosa cabecita — respondió su padre, luego de una pausa en la que intentó reprimir la risa.

—¿Recuerdas que me dijiste que cuando me casara yo podría escoger a quien sería mi esposo? — Siguió la pequeña mirándolo fijamente, sin inmutarse ante la exclamación de su madre.

—Mmm sí, por supuesto —asintió el duque, ocultando una sonrisa tras su taza de té.

—Bien, vengo a informarle de que ya lo he decidido —anunció Clarisa, repasando a sus padres con la mirada.

—¿Qué has decidido? No te entiendo, hija —inquirió perplejo.

—Quiero decir que ya elegí a quien será mi esposo —aclaró ella con voz impaciente.

—Ah, ¿sí?, pero ¿no crees que aún eres muy pequeña para pensar en casarte? —preguntó el duque muy divertido ante las ocurrencias de su hija.

—Noo, no lo creo. Ayer celebré mi sexto cumpleaños. Ya soy grande, padre —contestó ella negando con su cabeza repetidamente.

—Clarisa, hija, por favor, de dón... —comenzó a decir su madre, pero se interrumpió al ver la seña imperceptible que le hacía su esposo.

—¿Por eso estás vestida así, hija? Aunque tú lo decidas, todavía debes contar con mi permiso y mi bendición. Puedes decirme quién es el niño —dijo el hombre con los ojos que brillaban de hilaridad.

—Clayton..., no le sigas el juego en todas sus ocurrencias —le advirtió Honoria afligida, aunque se veía que trataba de no mostrar su diversión.

—No es un juego, madre. Me he enamorado. Y tampoco es un niño, sino un caballero. Hoy mismo me casaré; si quieren, pueden asistir a mi boda —los cortó la niña.

—Así que un caballero. Pues no puedo prometer que iré, si antes no me aseguro de que es el hombre adecuado para ti —replicó Clayton fingiendo meditarlo.

La niña los miró soñadora, y con voz solemne anunció:

—¡Ohh, es más que el adecuado! El hombre que escogí es un conde: me casaré con lord Steven Hamilton.

Capítulo 1

Recuerda que la atracción no siempre ocurre a primera vista... *Capítulo uno del libro Consejos para un romance exitoso*

Los celos, a menudo, son el comienzo de la atracción...
Capítulo dos del libro Consejos para un romance exitoso

Londres, Inglaterra, 1815

Sentada en la ventana de su sala favorita de la casa, Clarissa Bladeston miraba, con melancólica expresión, la profusión de rosas que decoraba el hermoso jardín de su madre.

La primavera estaba en su esplendor; mayo llegaba con aire de romance y amor, contagiando a todo aquel que pululaba por la bella Londres. La temporada social estaba a pleno en esos momentos: cada noche se celebraban múltiples fiestas, por lo que las anfitrionas debían competir para tratar de atraer a la multitud noble a su evento, y así garantizar el éxito del mismo.

Para cualquier persona, ser la hija de un duque y pertenecer a la clase noble y privilegiada, estar en su primera temporada, asistir cada noche a un baile distinto, pasar sus tardes paseando por Hyde Park o en meriendas campestres y tener como pasatiempo ir de compras por Bow Street sería el paraíso absoluto, un sueño cumplido. Para cualquiera menos para ella.

Poniéndose de pie, salió de la sala de estar para subir a su cuarto. Una vez allí, se sentó en su tocador y observó su reflejo en el espejo. Su imagen era la de siempre: su cabello rubio claro seguía impecablemente peinado, sus ojos azules y sus largas pestañas la miraban con fastidio, y una mueca de enojo se percibía en sus labios con forma de corazón. No era que su apariencia le molestara, o que no estuviera agradecida por ser considerada hermosa; lo que le fastidiaba era que su imagen era la de una joven cándida e inocente, la de una frágil flor.

Por supuesto que su aspecto físico coincidía con su edad, ya que no hace mucho había cumplido sus dieciocho años, pero no por eso le molestaba menos parecer tan niña y poco mujer. A pesar de ser considerada una beldad y un éxito en su temporada, y de tener a una joven corte masculina suspirando por ella, nada de eso la satisfacía o hacía feliz. Porque cambiaría todo eso, sin dudarlo, por una sola mirada de ese hombre, el caballero al que le pertenecían sus pensamientos, sus suspiros y su amor, y al que no podía olvidar ni quitarse de la cabeza. Lo había intentado cientos de veces a lo largo de los años, pero su corazón se negaba a resignarse. No podía aceptar que su amor por él fuera un completo imposible, por lo que se dedicaba a añorarlo, desearlo y quererlo en silencio.

Ese era su secreto: amaba como una loca a un hombre que no la veía nunca como ella quería, aunque por lo menos tenía su amistad, su cercanía y su cariño, y con eso debía conformarse, porque era a lo máximo que podría aspirar. Para él solo era una agradable jovencita, alguien a quien cuidar, proteger y querer. Tal y como a una de ellas, él la veía como a una de sus tres hermanas. La miraba como a una niña y ella odiaba eso.

«Ya no soy una niña, ¡crecí! Y definitivamente no soy tu hermana ni tú el mío, ¡por Dios!», pensó Clarissa más fastidiada aún. Un golpe en la puerta interrumpió sus tortuosos pensamientos.

—Adelante —dijo, girándose en la banqueta para recibir al visitante. —Hija, ¿qué haces vestida así todavía? Anda, debes cambiarte o llegaremos tarde al baile de lady Asthon —dijo su

madre, con su acostumbrado tono quejoso, cuando la vio.

Clarissa la observó unos segundos. A pesar de ya no ser una jovencita, Honoria era realmente bella: conservaba su rubio cabello con apenas unas canas y su grácil y esbelta figura estaba intacta. Ella, como su hija, era su vivo retrato. Eran prácticamente iguales, con la diferencia de que su madre no tenía ojos azules, sino que eran de un raro color gris verdoso.

—Madre, ¿no puedo quedarme en casa hoy? —le preguntó, sabiendo lo que respondería.

—Clarissa, no lo repetiré. Ya bastante tiempo perdimos yendo a visitar a Bath a mi hermana, y luego con todo lo que sucedió con Nicholas. Esta es tu primera temporada; casi se arruina y caemos en desgracia. Y ya que por un milagro todo se solucionó, debemos aprovechar para conseguirte un buen marido, ¿está claro, hija? —Terminó su madre, lanzando una de sus miradas intimidantes.

—Sí, madre. Estaré preparada —respondió, reprimiendo un bufido exasperado.

—Bien, llamaré a tu doncella. Ponte el vestido lavanda —le ordenó Honoria y luego salió. Suspirando frustrada, Clarissa observó su retirada.

Por más que lo intentase, ella no podía imponerse a su madre. Honoria tenía un carácter dominante e intimidante a partes iguales. Era una madre dedicada y presente, pero tenía la tendencia al drama y a la exageración. Rara vez sonreía, porque había sido criada con las reglas inflexibles de la etiqueta y el decoro de la más exigente alcurnia inglesa. Sin embargo, hacía gala de un gran sentido del humor cuando quería, y Clarissa pensaba que secretamente disfrutaba de la irreverente actitud que siempre tenían Nick y ella. Su familia estaba compuesta por su hermano mayor y actual duque de Stanton, Nicholas; su segundo hermano Andrew, vizconde de Bradford; y su madre, duquesa viuda de Stanton desde que su padre hubo fallecido, hacía ocho años. Su hermano mayor se había casado dos días atrás, luego de haber protagonizado el escándalo más rutilante de los últimos años, cuando huyó con una mujer comprometida, lo que hizo que, por poco toda la familia cayese en la ruina social. Si no fuera porque finalmente se casaron dando relativa respetabilidad a esa relación, y porque a un duque pocas cosas no se le perdonaban, la historia sería otra: estarían sufriendo total ostracismo y ningún apellido o dote alcanzaría para lograr que un caballero pidiese su mano, o siquiera se le acerque, para el caso. Pero como eso no pasó, era hora de volver a los salones de baile y hacer de tripas corazón para intentar conseguir un esposo, mientras veía al dueño de su corazón reír, bailar, admirar y, tal vez, seducir a otras mujeres. Y pensar que su reciente amiga y recién estrenada cuñada, Elizabeth, había conseguido el corazón de su duque en un mes, y ella en dieciocho años no había logrado ni un beso de su conde.

«Eso sí es digno de lástima, Clarissa —pensó apesadumbrada, mientras su doncella le ponía el vestido lavanda, que la hacía ver ingenua y añorada—. ¡Odio este vestido! Esta temporada será larga y tediosa; espero sobrevivir al aburrimiento y a mi madre —se dijo, subiendo al carruaje para empezar otra ronda de bailes».

De vuelta en Londres, Steven Hamilton, sexto conde de Baltimore, debía volver a la rutina diaria: divertirse y gozar de los placeres que Londres ofrecía. Su vida sí que era buena, de verdad no podía quejarse. Se le habían concedido todas las virtudes: linaje, dinero, apostura y simpatía. Eso no debía sonar muy humilde, pero era cierto. Y no era que él se había endilgado a sí mismo aquellas características, sino la propia sociedad inglesa. No sería él quien se lo discutiera; no cuando se había beneficiado veintiocho años de ello. Por supuesto, no era tan frívolo para no ver que lo que lo hacía de verdad afortunado era su familia y sus amigos.

Luego de la repentina y trágica muerte de sus padres, producida diez años atrás, debió hacerse cargo de sus hermanitas. Se sentía realmente orgulloso de sus tres hermanas pequeñas, quienes ya

no eran tan niñas, aunque le enfermara admitirlo. Las gemelas Rose y Violet habían cumplido sus dieciséis años; por esto decidieron retrasar un año la presentación de Daisy, la hermana del medio, la cual ya había cumplido la mayoría de edad, y así entrar en sociedad juntas.

«Mis tres flores, las más bellas del jardín. No sé cómo soportaré que los granujas se les acerquen», pensó Steve atribulado. Así que, por lo menos, le quedaba un año para disfrutar de su vida de soltero irresponsable y pensaba aprovecharlo; no como su mejor amigo Nicholas, que ya se había echado la soga a su cuello ducal.

No, el compromiso no era para el conde. Él no podía imaginar su vida atada a una sola mujer. Definitivamente no; él tenía un corazón generoso y grande, amaba a todas las mujeres y ellas, a él. El amor y el matrimonio eran demasiado complicados para Steve. ¿Para qué arruinar su perfecta existencia?: tendría que ser necio para hacerlo.

«Si lo haces, dejarás de sentirte vacío en las noches solitarias», le susurró ese molesto tipo que vivía en su interior. —¡Tú, cállate! —refunfuñó en voz alta justo cuando su carruaje se detenía.

—¿Milord? —preguntó su lacayo, parado junto a las puertas del coche, intentando ocultar su perplejidad.

—Olvidalo, Tim. Te veré más tarde —respondió Steven, bajándose del vehículo y dirigiéndose a las escalinatas de la gran mansión.

El baile de lady Asthon estaba en su auge cuando Steven hizo su entrada. Las parejas se esforzaban girando en la pista y las conversaciones se volvían estridentes, intentando hacerse oír. Con Nick en Edimburgo quien disfrutaba de su luna de miel, se veía obligado a buscar distracción por su cuenta.

Tomó una copa que un lacayo le había ofrecido, y decidió ir a la sala de juegos, ya que los carnet de baile de las mayoría de las damas estarían llenos a esa altura de la velada. Saludando a sus amistades, que lo detenían a cada paso, comenzó a sentirse sofocado por el agobiante calor que reinaba en la estancia. Así que, valiéndose de su gran estatura, ubicó los ventanales que, seguramente, daban paso al jardín de la casa. Cuando se abrió paso hacia las puertas ventanas, vio salir a una pareja, ambos altos y rubios, por ellas.

De inmediato le llamó la atención la mujer; sabía de quién se trataba, pues no eran muchas las damas que hacían gala de esa altura. Dejando a un colega con la palabra en la boca, apresuró el paso hasta salir al exterior. La pareja bajaba las escaleras de la terraza, y pronto se perdieron por los altos setos del jardín. «¡Maldición!, ¿qué cree que está haciendo esta muchacha? Clarissa Bladeston es sinónimo de problemas», pensó molesto y frustrado, acelerando la marcha tras de ellos.

Luego de un momento de infructuosa búsqueda, dio con ellos y lo que vio lo dejó petrificado y furioso. Ellos no habían notado su presencia, así que caminó hasta posicionarse bajo la luz nocturna que la luna les proporcionaba.

—Si no apartas tus manos de ella en este instante, puedes darte por muerto, Gauss. —Su voz resonó con tono mordaz y amenazante, lo cual logró intimidar más que su mirada letal y su postura tensa.

Capítulo 2

A veces, intentar desviar la atención del objeto de su deseo puede resultar una buena estrategia para despertar la

atracción...

Capítulo tres de libro Consejos para un romance exitoso

En ocasiones, el antagonismo que surge entre dos personas solo es un intento de camuflar la mutua atracción...

Capítulo cuatro del libro Consejos para un romance exitoso

Luego de bailar su cuarta cuadrilla, Clarissa se sentía acalorada y un poco mareada; su compañero de baile la llevó hasta su madre y se alejó con una reverencia.

«¡Qué fastidio!, muero de sed, pero no puedo ir sin un acompañante masculino a la sala de refrigerios. ¡Malditas reglas!, ¿quién las inventó?, pensó frustrada, sintiéndose una fatídica víctima de la sociedad».

—Si sigue arrugando así su linda cara, le quedará una marca —dijo una voz muy grave y masculina justo en su oído, que la hizo sobresaltar.

—¡Lord Gauss!, ¡qué placer volver a verlo! —Lo saludó cuando giró y vio a Sebastien Albright, conde de Gauss, el hermano mayor de su reciente cuñada Elizabeth. Él se inclinó sobre su mano enguantada y depositó un beso un poco más largo que el permitido por el protocolo. Clarissa de inmediato se ruborizó. El conde era muy apuesto y extremadamente masculino; tenía el pelo muy rubio, como el de ella, pero lo más fascinante de su apariencia eran sus increíbles ojos púrpuras, enmarcados por unas largas pestañas muy claras.

Gauss se enderezó, dejando ver su gran altura; su contextura era poderosa, con una espalda muy ancha. Él la miraba con un brillo travieso en sus ojos y una sonrisa indolente apareció en su rostro de mandíbula cuadrada.

—El placer es mío, lady Bladeston, estaba buscándola —comentó con voz ronca.

¡Ohh, Dios!, esa sonrisa era fascinante, pero no le quitaba el aliento ni la hacía sonreír como tonta. ¿Por qué?, ¿Por qué no podía sentir ni de cerca lo que Steven le provocaba!

—¿En qué puedo servirle, milord? —Se apresuró a responder, antes de que pensara que era lenta o tonta.

—Quería saber si ha tenido noticias de mi hermana; desde que la dejé en su casa, no he sabido más de ella —dijo él, luego de saludar a la duquesa viuda, que se había vuelto hacia ellos para marchar a la sala de bebidas, y dejarla así con el conde.

—Sí, milord. Después de que usted partiera, Lizzy pasó la noche en casa. Y al día siguiente decidió partir con mi hermano hacia Escocia —contestó ella, intentando sonar tranquila. No sabía cómo reaccionaría el conde si se enteraba de que su hermano había raptado a la suya.

—¿Escocia dijo? —respondió perplejo, mostrándose serio de repente. —Mmm... Milord, verá, cómo le explico... —Empezó a tartamudear incómoda. «Rayos, Nicholas, ¡tú tendrías que estar aquí dando explicaciones, no yo!».

—No se inquiete, lady Clarissa. ¿Le parece que salgamos al jardín para poder hablar más tranquilos? —La interrumpió el conde al ver su apuro; cuando ella asintió le ofreció su brazo e iniciaron la marcha. El aire fresco les dio la bienvenida cuando salieron por las puertaventanas, llevándose su sofocó y acaloramiento, pero no su nerviosismo.

—Milady, no debe sentirse nerviosa. Puedo asegurarle que no me enfadaré con usted por las acciones de su hermano —aseguró el, interrumpiendo el silencio.

—Está bien, milord —asintió Clarissa, mirando su perfil—. Nicholas y Elizabeth decidieron viajar a Greta Green, hace dos días se casaron y ahora están pasando su viaje de novios en Edimburgo. —Terminó rápidamente antes de arrepentirse.

—Bien, creo que, dada la situación, es mejor que esté allí que en Londres —cavilo él mientras

bajaban las escalinatas del hermoso jardín.

—Sí, ¿cómo está su padre? —preguntó ella, observando cómo su expresión se ensombrecía. Días atrás, el padre de su cuñada, el marqués de Arden, había sido detenido por la Corona bajo graves acusaciones de espionaje y traición.

—Mi padre está como cabría de esperarse de un hombre al que lo han injuriado poniendo en duda su honorabilidad. Pero ya ha sido liberado, aunque no puede abandonar Londres hasta que su nombre y su inocencia sean probados —respondió el conde con tono y mirada indescifrables. Clarissa no sabía si Gauss seguía enojado con su hermano y con Steven por haber participado en la investigación que había terminado en la detención del marqués.

—Lo siento, milord —se disculpó, afligida por aquella situación, en la que se sentía involuntariamente involucrada.

—Aceptaré tu ofrenda de paz si me explicas por qué Hamilton nos está siguiendo con un ceño feroz en su rostro —propuso Gauss, volteando a mirarla con una sonrisa divertida.

Clarissa tropezó al oírlo y, ayudada por él, retomó el equilibrio, devolviendo su mirada con los ojos abiertos como platos y con las mejillas sonrojadas furiosamente. Incredula, intentó girar su cabeza hacia atrás para comprobar si su comentario había sido real.

—No lo hagas, o nos delatarás —le advirtió el noble, impidiéndole mirar y haciéndola doblar a su derecha por el camino de setos verdes, perfectamente recortados.

—Milord, creo que es mejor que regresemos. No quiero que tenga problemas con lord Baltimore —respondió con repentina inquietud y con la voz temblorosa, tratando de calmar el loco retumbar de su corazón.

—No se preocupe; aunque sea evidente que no les agrada a su hermano, el duque, y a su amigo conde, no por eso debo cortar con esta incipiente amistad que está naciendo entre nosotros, ¿no cree? —inquirió Gauss con tono íntimo, poniendo una mano sobre la suya, lo cual logró que su sonrojo llegara hasta la raíz de su cabello.

—Mmm... sí, usted me agrada y, después de todo, ahora somos familia — aceptó Clarissa tras reflexionar sobre sus palabras.

—Qué bueno que coincide conmigo. Entonces, ¿me dirá por qué Steven Hamilton nos está siguiendo? —repitió el conde hilarante.

—No lo sé, milord. Seguramente se lo pidió mi hermano, siempre actúan así. Si Nicholas no puede cuidarme, lo hace Steven. No entienden que ya no es necesario: crecí y ya no soy una niña —respondió, sin poder ocultar su enojo.

El conde la guio hacia un banco de piedra que estaba ubicado junto a una hermosa fuente. Clarissa miró hacia el camino y no vio a Steven, por lo que respiró tranquila, aunque seguía molesta. Estaba harta de ser tratada como una niña. Negándose a admitir que tal vez se estaba comportando como una al esconderse de Steven y permitir que Gauss, quien era conocido por ser un libertino seductor, la alejara de la vista de los demás invitados. Se concentró en su acompañante, que la miraba con una sonrisa indolente y algo perturbadora.

—Me parece que es justo, porque lo entendieron, que la protegen tanto, milady —vaticinó él, deteniendo sus pensamientos.

—¿Qué quiere decir, milord? —preguntó ella, sin llegar a comprender el sentido de sus palabras.

—No, llámeme Sebastien, por favor —solicitó el, negando con la cabeza y tomando su mano con delicadeza.

Sin poder evitarlo, Clarissa se sentía hipnotizada por esos ojos violetas; no era que lo quería, pero no podía negar que se sentía atraída.

—De acuerdo, Sebastien, pero dígame Clarissa.

—Cómo negarme, Clarissa. Me refiero a que estoy seguro de que ellos no la ven como a una niña, y es por eso que están sobre usted, protegiéndola — dijo él, mirándola fijamente y lo cual comenzó a ponerla muy nerviosa.

—¿Y cómo está tan seguro de eso? —preguntó observando cómo sus ojos adquirían un brillo peligroso, y su otra mano subía hasta su rostro, acariciando con un dedo su barbilla.

—Lo sé porque es imposible no hacerlo. Cualquiera con dos ojos, o con uno para el caso, puede darse cuenta de que usted es una bella mujer — respondió el conde, lo que lograba que su corazón se acelerara ante sus íntimas palabras.

Una nerviosa risita escapó de sus labios al escuchar su comentario sobre el hombre de un ojo, pero luego solo pudo mirarlo mordiendo su labio inferior, sin saber cómo reaccionar ante su cumplido.

«Tal vez es hora de que pidas regresar, Clarissa; antes de que des una impresión que no quieres, por más que te atraiga», pensó tomando aliento para hablar, cuando una airada y tensa voz interrumpió el momento.

—Si no apartas en este instante tus manos de ella, puedes darte por muerto, Gauss —amenazó Steven; su voz resonó por el lugar. Clarissa se encogió al oírlo, y miró por encima de Sebastien.

¡Ooh, él estaba muy enojado! Definitivamente estaba en problemas.

—¡Oh, vaya!... Es usted muy inoportuno, Hamilton, pero puede volver por donde vino; lady Clarissa está en buenas manos —dijo Sebastien con tono indolente, sin apartar la vista de la joven.

Steven rogó en silencio para lograr mantener la calma, pero, si ese bastardo no soltaba a Clarissa en medio segundo..., no se responsabilizaría de lo que hiciera a continuación.

—Para ti soy Baltimore, y no lo repetiré: apártate de ella o te arrepentirás —remarcó, apretando tanto los puños que parecía que se convertiría en piedra.

—Bien, bonita, parece que tu perro guardián no dejará de ladrar su descontento, pero solo me iré si obtengo lo que deseo antes —respondió Sebastien con tono sarcástico.

Steven, a unos pasos de distancia, los miró conteniendo la ira. Aquel desgraciado no quitaba la mano de su cara y, a pesar de que no alcanzaba a ver a la joven, ella parecía paralizada. Trataba de convencerse de que Clarissa no era su responsabilidad; solo era la hermana de su mejor amigo.

«Si quiere arruinar su reputación con este hedonista y mujeriego, qué más me da. ¡Al diablo, me marchó!», se dijo muy convencido, aunque sus pies se negaban a cooperar, anclándolo al suelo. Comenzaba a dar media vuelta cuando escuchó al conde susurrar algo y luego lo vio inclinar su cabeza hacia el rostro de Clarissa.

En ese momento dejó de pensar con claridad, su visión se volvió roja y en su mente solo quedó sitio para una idea: aniquilar a Sebastien Albright. En tres zancadas estuvo sobre ellos y, haciendo caso omiso al grito alarmado que había soltado la joven, tomó al conde por el cuello de su saco y, con todas las fuerzas que su furia le daba, lo arrancó del lado de la dama.

Gauss desprevenido, no pudo evitar salir impulsado hacia atrás, y caer despatarrado sobre unos setos. Sin dejar de maldecir, Steven lo tomó por las solapas de su camisa y levantó un puño: quería borrar esa engreída expresión de su cara y enseñarle a no meterse con lo suyo.

Un momento, ¿lo suyo? ¡Qué rayos!, no, no, no...

Con la mano aún en el aire, Steven observó el gesto sardónico con el que Gauss lo miraba. El conde alzó una ceja, sin mover un músculo para liberarse.

—¿Preocupado, Hamilton? —le dijo con ironía.

—Te lo advierto por última vez: aléjate de ella. Si vuelves a comprometerla, no habrá otra oportunidad: nos veremos al amanecer a veinte pasos y podré por fin acabar contigo —le respondió Steven, luego de un tenso silencio, con voz grave y expresión pétrea, mientras bajaba su mano y lo soltaba.

—No será necesario, no la comprometeré, pero eso sí: no pienso alejarme de ella, si de mí depende. Yo no tengo prejuicios ni tampoco impedimentos para ceder ante la atracción y aceptarla con placer. Qué lástima que no puedas decir lo mismo, ¿no? —se jactó Gauss levantándose, acomodando su ropa con deliberada tardanza y provocativa actitud.

Steven apretó la mandíbula y lo miró en silencio, negándose a darle la satisfacción de responder lo que pensaba. El conde lo esquivó, caminó hacia Clarissa, que continuaba sentada en el banco, tomó su mano y, luego de depositar un beso demasiado íntimo, se despidió con una sensual sonrisa.

Cuando pasó por el lado de Steve, su cara se puso seria y su mirada, desafiante; fue lo último que vio antes que Gauss se marchase, y los dejara solos en un incómodo silencio. Steven se quedó mirando a Clarissa, quien estaba pálida y temblorosa, pero igual de bella que siempre. «¡Maldita sea! Si Nick no regresa pronto, esa niña acabará con él», pensó, soltando un suspiro y acercándose a la joven.

—Vamos, Clarissa. Te acompañaré de vuelta a la fiesta —le dijo, aún enojado, extendiendo una mano hacia ella.

—¿Por qué me hablas así? ¿Por qué atacaste a Sebastien? —lo increpó ella, ignorando su mano, cruzándose de brazos.

—¿Sebastien? ¿Sebastien dijiste? Realmente te estás extralimitando, Clarissa. No sabes en lo que te metes. Estás actuando como una insensata, jugando con fuego y arriesgándote con ese perverso de Gauss. Él no tiene códigos; si te expones, lo lamentarás. ¿En qué estás pensando, niña? ¡Oh!, si Nick hubiera estado aquí, te aseg... —le regañó Steven, tan molesto que no se percató de cómo el rostro de ella se ponía más rojo con cada palabra, hasta que su estallido lo interrumpió.

—¡Ya no soy una niña, idiota! Mi hermano no está aquí y no necesito uno de repuesto. Sé muy bien lo que estoy haciendo y te agradecería que me dejaras en paz de una vez. No quiero que estés vigilándome y entrometiéndote en donde no te llaman; si tanto quieres cuidar a alguien, pues hazlo con tus hermanas. Porque, ¡escúchame bien!, yo no soy una de ellas y no pedí tu protección, ¿entendiste? —gritó, poniéndose de pie de un salto.

Steve enmudeció sorprendido por su reacción y su discurso. La joven, que a menudo era tranquila y serena, y que siempre conservaba una alegre sonrisa, tenía en ese momento una expresión de furia en sus ojos azules, y parecía que lo iba a pisar como a un vil insecto si se atrevía a contradecirla.

Luego de su duelo de miradas, ella soltó otro grito exasperado y, sin más, lo rodeó y lo dejó parado allí. Steve negó con la cabeza y giró para seguirla. Clarissa caminaba con paso airado, sin esperar que la alcanzara. Cuando llegaron a las puertas ventana, Steve se apresuró y las abrió para que ella entrase.

La joven se giró hacia él, que sostenía la puerta con un brazo, lo que ocasionó que quedaran parados muy cerca. Cuando Clarissa levantó la vista hacia él, la profundidad de sus ojos azules lo paralizó y, sin poder evitarlo, se sintió cautivado, perdido y hechizado. Steven dejó de respirar y se permitió, por un segundo, bajar los ojos hasta posarlos sobre los labios de la joven, que estaban a solo un beso de distancia. De inmediato se tensó cada músculo de su cuerpo y cuando

ella, nerviosa, se humedeció la boca, su corazón se aceleró tanto que parecía que reventaría contra su pecho.

—No vuelvas a entrometerte, Steven. Por si no lo notaste, hace mucho que dejé de ser una niña, y sé cuidarme sola. Buenas noches, milord. —Se despidió, interrumpiendo el momento, y se alejó perdiéndose entre la multitud con elegante paso.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua helada sobre Steven, enfriando el calor que repentinamente había sentido y calmando el atronador repiqueteo de su acelerado pulso.

«¡Maldición, no puede ser! ¿Cuándo la dulce, bonita e inocente Clarissa se ha convertido en una audaz, hermosa y seductora mujer? Sin duda, no hace mucho o me habría percatado... o no. ¡Diablos! Steven Brighthon Hamilton, ¡estás acabado!, al igual que tu apreciado y ahora emocionado amiguito, que seguramente será cortado si alguna vez el duque se entera de esto», pensó frustrado el conde, mientras caminaba por el lateral exterior de la casa, intentando huir antes de que alguien notara su incómoda situación.

Capítulo 3

Intentar ignorar el objeto de su amor puede producir el efecto contrario, logrando así avivar la llama de la atracción...

Capítulo cinco del libro Consejos para un romance exitoso

Las situaciones inesperadas suelen resultar positivas cuando se trata de propiciar la atracción...

Capítulo seis del libro Consejos para un romance exitoso

Dos semanas después, Clarissa se encontraba en su sala de estar, pensando otra vez en él, Steven Hamilton. Hace días que no lo veía ni sabía nada de él; precisamente, desde su primera discusión. No entendía qué se había apoderado de ella en ese jardín, pero cuando lo escuchó llamarla «niña» una vez más, sintió la furia correr como sangre por sus venas. Porque aquello significaba que su plan de conquista seguía fracasando, como siempre. Él nunca la vería como ella quería. Lo que más le dolió fue que, por un momento, ella creyó ver celos en la mirada verde de Steven; y por eso se lanzó a aceptar la propuesta atrevida, arriesgada pero atrayente del conde de Gauss.

Cuando vio a Steven parado con esa actitud enfadada, estuvo a punto de alejarse del conde de un salto y de asegurarle que solo conversaban. Pero la mano del conde apretó la suya, y en un susurro le dijo:

—Tranquila, bonita. Es obvio que te atrae Hamilton y, aunque me fastidie decirlo, es más que evidente que él te corresponde. Solo que no lo asume todavía, pero no te aflijas; me agradas y por eso voy a ayudarte.

Dicho eso, sintió que el conde, decidido, se inclinaba hacia su boca, pero, cuando sus labios casi se rozaban, Gauss salió disparado hacia atrás, lo cual la dejó demasiado conmocionada y aturdida para reaccionar. Con los ojos abiertos como platos, vio a Steven sacudir furioso al conde y luego intercambiar gruñidos y amenazas que no alcanzó a oír.

Nunca en toda su vida había visto tan enojado a Stev; mejor dicho, jamás lo había visto siquiera molesto. Y en ese momento lo veía fuera de control, con el puño en el aire, a punto de liarse a golpes con lord Sebastien. Pero algo pareció frenarlo, porque bajó su mano y se apartó del conde. Gauss se levantó y caminó hacia ella, que seguía estática en el banco. Se despidió con un beso, y en su semisonrisa Clarissa percibió un destello de diversión ante toda esa situación y una promesa de que lo vería pronto, y de que su oferta seguía en pie.

Luego fue el turno de acercarse de Steven; Clarissa sentía el corazón palpar con anticipación. Tal vez Sebastien tenía razón y el conde se le declararía. Sin embargo, sus ilusiones se hicieron añicos cuando él la observó como si ella fuese una molestia, una carga, una cría inmadura. Ante aquello, ya no pudo soportar más y le soltó en un comentario toda su frustración, su paciencia y su espera en vano, que había guardado durante tanto tiempo. Fue obvio que Steven quedó sorprendido por su colérico arranque, pero ya no le importaba; estaba cansada de ser siempre la niña buena, amable y sonriente. Ya era hora de que el conde conociera su lado más temerario y audaz.

En ese momento decidió que ya no sufriría ni esperaría más al conde. Se acabó lo de andar suspirando por él y lo de desvivirse por llamar su atención o tener su afecto. Si Steven Hamilton era tan tonto y ciego como para no ver a una mujer dispuesta a amarlo y avalorar ese hecho, pues bien: él se lo perdía.

Con un suspiro, soltó la labor que sostenía y se levantó para mirar por la ventana. A decir verdad, no sabía si lograría olvidar a Steven. Cómo hacerlo si cada recuerdo de su infancia y de su juventud estaba teñido de su presencia. Esa misma casa y casi todas las propiedades de la familia eran testigos de todas esas historias y anécdotas de su vida de las que formaba parte Steven, y eso no podía borrarlo. Pero por su bien debía intentarlo, porque amar a Steve le hacía daño: dolía y mucho; sobre todo la desgarraba el hecho de no ser correspondida, y sentir su desamor le provocaba un gran vacío. Debía pasar de página y seguir adelante. En esa fiesta había tenido esa misma sensación: la certeza de que comenzaba una nueva etapa para ella. Por eso, cuando Steven la acompañó hacia el salón, ella se giró y anheló mirarlo por última vez como lo había hecho desde niña.

Observó el dorado cabello desordenado, que le daba una imagen de niño juguetón e irreverente; su perfecto y varonil rostro, que había recuperado su semblante amable; y sus preciosos ojos verdes dorados, que hipnotizaban por su profundidad y la miraban perplejos. Y en silencio le dijo: «Te amo tanto, Steve; hasta siempre y hasta nunca».

Deseó tanto besarlo, aunque fuera una vez, pero eso no era posible, así que esa había sido su despedida. A partir de ese momento comenzaría a vivir su vida sin Steven. Menos mal que su hermano Nick seguía de viaje, así no se encontraría al mejor amigo en la mesa de desayuno y en cada baile. «Debo aprovechar esa ventaja y poner manos a la obra en este mismo instante», pensó determinada, dirigiéndose al recibidor.

En un mueble que estaba cerca de la puerta, sobre una bandeja, descansaban las invitaciones y los compromisos de esa semana. Rápidamente, las cogió y subió a su cuarto para estudiarlas. Una a una fue desechándolas; casi todas eran para veladas musicales o bailes, en los que sabía que se encontraría con las mismas caras de siempre. Puesto que lo que quería era olvidar al conde, necesitaba conocer nuevos rostros. En algún lugar de Londres debía haber caballeros diferentes a los que estaba acostumbrada a tratar. Caballeros inteligentes, apuestos, ocurrentes y algo misteriosos: si existían, podían ayudarla en su cometido. Aunque, aparte del conde de Gauss, a quien tampoco había vuelto a ver, pues había salido de la ciudad, no había de ellos en los salones de Mayfair: ¿dónde acudirían por diversión estos hombres?

La respuesta cayó en sus manos en ese instante. «Baile de Máscaras, noche de romance y misterio»; ese título rezaba la carta, donde la invitaban a pasar una increíble velada en los mágicos jardines de Vauxhall.

Mejor dicho, invitaba a su hermano el duque; pero, amén de su ausencia, ella podría acudir en su lugar. Emocionada, corrió a su armario en busca del vestido perfecto. Cuando lo halló lo depositó en su cama, eufórica.

«¿Es en serio, Clarissa? Sabes que estás por cometer una locura», escuchó decir a su yo interior, muy molesta. Pero esa vez no pensaba oírlo; nunca había cometido siquiera un error de protocolo en toda su existencia. Por supuesto que sabía que acudir sola a los jardines, donde podría encontrarse con toda clase de alimañas, desde caballeros hasta caza fortunas, libertinos, degenerados y hasta delincuentes, era temerario y muy arriesgado; pero era un riesgo que valía la pena correr. Quién sabía si en los jardines se topaba con el hombre que conquistaría su corazón. Sí, estaba decidido: Vauxhall, prepárate para recibir a la nueva Clarissa Vivian Bladeston.

Las carcajadas estridentes resonaron por el recinto privado que Steven tenía en Vauxhall Garden. Cada vez que decidía asistir, lo usaba para poder disfrutar de los jardines en relativa privacidad.

Con aire aburrido, observó a sus compañeros de juerga: nadie parecía percatarse de su actitud desganada. No, estaban muy ocupados con las acompañantes femeninas, que rápidamente habían cazado nada más llegar.

Ese día él no estaba de humor para la conquista: la noche recién comenzaba y ya se estaba arrepintiendo del impulso que lo había llevado a aceptar la invitación. No sabía qué diantres sucedía con él: hace unas semanas su estado de ánimo pasaba de impaciente a totalmente insufrible. El tipo divertido, relajado y despreocupado que siempre había sido brillaba por su ausencia.

—¡Ohh, sabes muy bien lo que te sucede! —dijo su conciencia, interrumpiendo el curso de sus pensamientos. Tomando de su bebida, maldijo una vez más en silencio: «No me la recuerdes, me niego a pensar en ella nuevamente», se respondió a sí misma.

A pesar de su renuencia y determinación, no podía dejar de pensar en Clarissa. Cada vez que cerraba los ojos, venía el recuerdo de su mirada azul clavada en él, de sus labios y de su aliento tan cerca. «¡Maldición, Steven, detén tu mente allí!», se ordenó, furioso y frustrado consigo mismo. Y comenzó a repetir la lista imaginaria que había creado, con las razones para olvidar el encuentro con Clarissa en aquel baile:

-Número uno: Es una niña, diez años menor que yo.

-Número dos: Es la hermana de mi mejor amigo.

-Número tres: Es una dama soltera, virgen y respetable.

-Número cuatro: Está dentro del mercado matrimonial.

-Número cinco: No quiero casarme ni comprometerme aún.

Luego de repetirla varias veces, como si fuera una plegaria contra el mal, su pulso comenzó a estabilizarse y su corazón dejó de latir desenfrenadamente. De repente se sentía cansado y agotado por lo que, con un gesto, se despidió de sus amigos y, poniéndose de pie, abandonó la carpa.

La fiesta estaba en su auge en aquel momento: en la pista decenas de parejas se arrebolaban danzando, y en los caminos principales la multitud de personas, todas enmascaradas, hacían imposible circular hacia la salida. Así que prefirió tomar uno de los accesos alternativos, los que estaban más alejados del centro de los jardines, y donde pocos se aventuraban debido a su casi nula iluminación. Estos solo eran transitados por parejas en busca de intimidad y por delincuentes que esperaban asaltar a algún amante incauto desprevenido.

Aspirando el dulce aroma de las flores, Steve decidió que sería mejor disfrutar del paseo. Pasaría por su club antes de ir a casa: un buen juego de cartas le vendría magnífico.

Mirando con cuidado por dónde pisaba, Clarissa descendió del carruaje de alquiler. Se detuvo, embelesada por la visión de los jardines de Vauxhall, que brillaban como una joya bajo la luna.

Había decidido llegar cuando la velada estuviera avanzada, ya que debía asegurarse de que su madre partiera a su compromiso y de que la servidumbre se retirase para poder abandonar la casa sin ser vista. Además, le convenía hacer su entrada en el momento que más gente aglomerada hubiera, para reducir más la posibilidad de ser reconocida por alguna amistad. Si eso pasaba, su reputación quedaría destruida completamente. La sociedad no le perdonaría que asistiera a los jardines sola, sin su familia.

Aunque no era muy posible que eso sucediera. El atuendo que había escogido la hacía prácticamente irreconocible: vestía un despanpanante vestido de seda escarlata estilo francés, el cual tenía un escote muy ajustado, atrevido y pronunciado, y una falda amplia y vaporosa. Para

completar su vestimenta, llevaba un dominó negro forrado de terciopelo rojo en su interior, que había dejado abierto, atado a su cuello por una cinta dorada. Coronando su aspecto, llevaba un antifaz negro y rojo con bordes dorados, que cubría todo su rostro a excepción de sus labios.

Cuando se miró al espejo antes de salir, se quedó sin aliento tratando de asimilar que esa mujer de apariencia sensual y atrevida era la joven e inocente Clarissa. Ni su madre adivinaría su identidad vestida así; estaba muy lejos de tener su habitual apariencia ingenua y virginal. Y por supuesto, nadie esperaría encontrar a una dama como ella en ese sitio, sin acompañante, o fuera del reservado que Nick arrendaba cuando venían. Todo eso le daba confianza para moverse por los jardines, con la audacia y confianza que le permitía su enigmática e incógnita imagen. La melodía de un vals envolvía todo el lugar, logrando que su pulso se acelerara debido a la emoción y a la anticipación.

Por un instante, se quedó admirando a las parejas enmascaradas que giraban al son de la música, y a las que circulaban conversando y riendo. A decir verdad, hasta el momento no estaba viendo ni experimentando nada nuevo o que no hubiese hecho ya. Por lo que, si quería que aquella experiencia fuera memorable, debía animarse a más, atreverse a jugar una carta arriesgada. El ruido de unas estridentes carcajadas la distrajo y, cuando identificó el lugar de donde provenían, se paralizó de inmediato.

«Es el recinto de Steven. ¡Oh, no, Dios, que no esté aquí!», pensó nerviosa, comenzando a alejarse en dirección contraria. Amparándose detrás de la multitud de bailarines, espió hacia la carpa y respiró tranquila al ver a tres de las amistades frecuentes del conde coqueteando descaradamente con unas «damas» enmascaradas y vestidas chillonamente. Ellos yacían bebiendo en sus asientos, sin sus antifaces, pero Steven no formaba parte del grupo. «Gracias a Dios...», suspiró aliviada.

«Bien, es hora de ir en busca de mi aventura», pensó emocionada. Con una sonrisa, apuró sus pasos hacia ese mítico y misterioso lugar, al que siempre se le había prohibido siquiera mencionar. «“El camino de los enamorados”. ¡Ohh, sí!, esta es mi chance para dejar libre mi lado temerario y audaz», pensó, mientras daba el primer paso hacia la aventura.

Llevaba caminando por aquella oscura senda solo unos minutos, cuando escuchó un grito desgarrador que le hizo clavar los pies en el suelo.

—¡Aahh! —gritaba una mujer repetidamente.

Con el corazón acelerado, se internó en la alta vegetación que se hallaba junto al camino y, con el mayor sigilo posible, siguió la dirección de donde provenían los gritos y las exclamaciones de dolor. Cuando el ruido se hizo más nítido, Clarissa, amparada en la oscuridad, se asomó cautelosamente para tratar de ubicar a la mujer; pero lo que vio la dejó boquiabierta y pasmada. La mujer no estaba sufriendo para nada, más bien lo contrario. Mantenía en su cara una expresión que nunca antes había visto; una de satisfacción y dolor al mismo tiempo. La parte superior de su cuerpo estaba desnuda, y ella estiraba la cabeza hacia atrás mientras un hombre apoyaba su cara entre sus pechos y la apretaba contra sí

«Ahora entiendo por qué se llama así el camino», pensó con las mejillas ruborizadas. Espantada, impresionada y escandalizada, volteó veloz tratando de volver a la senda, pero, en su prisa por huir de los amantes, erró la ruta y terminó desorientada y perdida.

Después de una infructuosa caminata, exhausta, se sentó bajo un árbol. Se había internado tant maleza dentro que ni siquiera alcanzaba a oír la música proveniente del pabellón principal.

—Vaya aventura te echaste, Clarissa. ¿Y ahora cómo volverás a casa? — la regañó su molesta voz interior.

—¡Oh, tú cállate! —respondió muy malhumorada, negándose a admitir que aquel era un claro signo de demencia.

Un viento fresco la hizo erizarse y, repentinamente, el pánico la invadió. Ya no se sentía tan valiente y predispuesta. Atemorizada, se encaminó hacia un resquicio de luz que apenas vislumbraba, cuando de repente tropezó con una filosa piedra y su pie se torció dolorosamente y la hizo caer al suelo con un golpe seco.

Sin pensarlo, se decidió a pedir ayuda, rogando que alguien decente acudiese en su rescate.

—¡Auxilio!... ¡Ayuda!... ¿¡Alguien me oye!? —gritó lo más fuerte que pudo, tratando en vano de ponerse de pie.

Después de repetir el pedido varias veces, escuchó una voz amortiguada que le respondía:

—¡Aquí, la oigo! ¿¡Dónde está!? —interrogó aquella voz masculina.

Sin opciones, Clarissa rogó en silencio que no estuviera atrayendo a un malhechor, y siguió gritando hasta que oyó sus pasos acercarse corriendo, aplastando hojas y ramas. Cuando vio el calzado del hombre doblar un arbusto a su izquierda, suspiró aliviada y temerosa a la vez; pero cuando lo tuvo frente a ella, contuvo el aliento, total y absolutamente estupefacta y aturdida.

Dejando de respirar y sintiendo su corazón desfallecer, examinó al hombre, vestido completamente de negro, incluyendo su capa y su pequeño antifaz, que cubría solo sus ojos y que, de igual manera, no impediría que ella reconociera a su portador. Tragando saliva, llevó una mano temblorosa a su pecho, asimilando lo que sus ojos veían y no querían creer. «¡Demonios, es Steven!».

Capítulo 4

El misterio y la aventura son un excelente aliciente a la hora de elevar los límites de una naciente atracción...

Capítulo siete del libro Consejos para un romance exitoso

Ser una idea recurrente en los pensamientos de tu amado es, sin dudas, la confirmación de que ha nacido la atracción

Capítulo ocho del libro Consejos para un romance exitoso

Por un momento, Steven sintió que el aire abandonaba de golpe su cuerpo; no sabía qué esperaba encontrar cuando oyó ese grito desesperado de auxilio, pero definitivamente no era toparse con esa visión impresionante que yacía en el suelo, frente a él.

Ella le devolvía la mirada en silencio; llevaba su pelo lacio empolvado y recogido sobre la cabeza, por lo que no podía adivinar su color. Su cara estaba cubierta, casi en su totalidad, por una máscara roja y negra, a excepción de sus labios, que eran perfectos con forma de corazón. ¿De verdad, Steven? ¿Una dama pide tu ayuda y tú solo te limitas a devorarla con los ojos?

Gracias a Dios, su conciencia vino al rescate.

—Milady, ¿se encuentra usted bien? —preguntó, rompiendo el tenso silencio y asumiendo que era una dama, pues sus ropas de excelente calidad y la postura de su cuerpo así lo indicaban.

—Mmm... oui, monsieur —respondió ella luego de un segundo, con voz temblorosa, bajando su cabeza.

Steve frunció el ceño confundido; cuando escuchó su grito le pareció oír un perfecto acento

inglés. «¿Y ahora me habla en un excelente francés? Tal vez es una dama casada que está haciendo una travesura y lo ha reconocido. Seguramente teme que sepa quién es —pensó, encogiéndose de hombros—. Si quiere aparentar que es francesa, no es mi problema».

—¿Entiende el inglés? —interrogó, siguiéndole el juego, viendo cómo soltaba un suspiro aliviado.

—Sí, milord, bastante —asintió, levantando un poco la vista hacia él. —Bien, ¿qué le sucedió? —inquirió Steven, tratando de ocultar su diversión al ver que la pregunta la ponía nerviosa.

—Ehh... yo solo caminaba, cuando me pareció oír gritos de una mujer, así que me interné por aquí para echar un vistazo, pero no la hallé. Luego me perdí y tropecé con algo; parece que lesioné mi pie —explicó; sus ojos lo miraban fijamente, pero en la oscuridad no lograba distinguirlos.

—¿Puede ponerse en pie? —preguntó Steve, acercándose un paso. —No, milord, lo intenté —respondió ella, negando con su cabeza.

—¿Me da su permiso para echarle un vistazo? —pidió Steve, arrodillándose frente a ella.

—¿Disculpe? —rebató de inmediato ella, irguiéndose tensa.

—A su pie; solo para evaluar la situación, prometo no propasarme de ninguna manera —aclaró él, sonriendo sin poder evitarlo. ¿Acaso no se daba cuenta de que esa manera de reaccionar a su propuesta delataba su origen inglés? En serio, su espalda envarada y su largo cuello estirado eran de todo, menos franceses.

—Ah, claro... por supuesto, milord —lo autorizó ella, claramente nerviosa, mojado con la lengua sus labios.

—A ver... muéstreme qué pie se dañó —siguió Steven, percibiendo repentinamente su cercanía con cada sentido, comenzando a sentir cómo su pulso se aceleraba.

Ella echó su dominó hacia atrás, dejando al descubierto un espectacular vestido escarlata. El escote era muy pronunciado, tal y como estilaban usar las damas más experimentadas. Él se quedó sin aliento observando la preciosa vista. Ellas no eran muy grandes, pero sí abundantes y perfectas.

La joven, sin percatarse de su estado, levantó a penas el dobladillo de su vestido, dejando ver un fino y elegante tobillo cubierto por una media roja.

Steven tragó saliva, sintiendo su boca y garganta seca, y sin moverse observó su pequeño pie embutido en unas zapatillas doradas. Con manos temblorosas, tomó el pie y quitó la zapatilla con lentitud.

—¡Ay! —exclamó ella con dolor, estremeciéndose ante su tacto. Steven pasó sus dedos con suavidad por el pie, y notó que su empeine estaba ligeramente inflamado.

—Bien, su pie está algo hinchado, no podrá caminar así. ¿Quiere que la lleve hasta sus acompañantes? —ofreció con la voz ronca, desesperado por huir de su presencia antes de cometer una locura.

—Mmm... no, milord. Yo estoy sola, tal vez pueda llevarme hasta un carruaje de alquiler —dijo ella dudosa, y le pareció que su contacto también le afectaba.

«¿Sola?... qué agradable. Entonces, esta es una oportunidad que no te puedes perder, amigo. —se dijo a sí mismo, soltando el amarre que tan firmemente había ajustado—. Si está sola, es evidente que no se trata de una dama soltera».

—De ninguna manera, solo dame tu dirección, dulzura, y te llevaré —le respondió, sonriéndole con su acostumbrado encanto.

La joven, que no lo había mirado a la cara desde que se sentó, levantó la cabeza bruscamente y

lo observó boquiabierta, sin emitir ningún sonido. Steven, entonces, pudo ver algo de sus delicadas facciones; su frente amplia y su barbilla ovalada, por un momento, le parecieron familiares. Pero que lo aspeen si lograba adivinar su identidad. «Con seguridad no he visto esos senos antes o los recordaría», pensó, bajando la vista y volviéndola a subir hasta su sensual boca.

—Yoo... yo no puedo darle eso, milord —negó ella, mirándolo fijamente. Él trató de adivinar el color de sus ojos, pero la profundidad del antifaz se lo impedía. Aunque parecían oscuros, ellos brillaban bajo la luz de la luna.

—Está bien, puedo respetar eso. Solo dime algo: ¿es porque me conoces?, ¿tal vez conozco a tu marido? —le preguntó Steve, decidido a ir al fondo de la cuestión.

—¿Mi marido?... Esto... mmm... sí, así es. Lo conocemos, es usted lord Baltimore —dijo ella, atragantándose y luego tartamudeando.

—Tú puedes llamarme Hamilton, Hal o, mejor, Steven, dulzura —le respondió, viendo sus ojos abrirse ante su comentario.

—No lo creo, milord. Yo no soy dulce... —comenzó a decir ella, pero él la interrumpió poniendo un dedo sobre sus labios.

—Shhh... para mí lo eres. Y como sé que no me dirás tu verdadero nombre, te llamaré así porque eres dulce, preciosa... Tu aroma es dulce... —murmuró él acercándose más, sintiendo el temblor que se apoderaba de ella, y gustándole más por eso. Despacio, acercó su nariz a su cuello, aspirando mientras le susurraba esas palabras. Luego dejó que su dedo acariciara su mandíbula y bajara lentamente hasta el hueco de su clavícula—. Mmm... sí, tu piel también es dulce —dijo en un ronco murmullo, mientras la besaba levemente con los labios apenas separados, justo donde su dedo había estado antes.

La joven se estremeció y abrió la boca, soltando un suave suspiro. Y eso fue la perdición para Steven, que no acostumbraba a lanzarse sobre damitas necesitadas de su ayuda. Pero en ese momento, su mente se bloqueó por completo, y solo pudo pensar una cosa. Con ambas manos, sujetó su rostro y muy lentamente, dándole tiempo de alejarse si quería, se inclinó y depositó sus labios sobre los de ella. Su boca suave y tierna tembló en la suya cuando ella saltó levemente, para luego gemir y devolverle el beso con igual ímpetu. Steven perdió la noción del espacio y del tiempo mientras besaba los labios más sorprendentemente dulces que había probado en su vida. Luego de que él inclinara su cabeza hacia un costado y se sumergiera más en su boca, ella subió revoloteando sus manos y las puso en tras su cuello, apretándolo más hacia ella. Sin poder saciarse de su sabor, Steven dejó caer una de sus manos y, acariciando con su pulgar su cuello, sus hombros y su espalda, la acercó más a él, hasta que sus torsos se encontraron totalmente pegados y sus alientos se convirtieron en uno solo.

Entonces, en ese instante escuchó unas voces que se acercaban, por lo que con supremo esfuerzo arrancó sus labios de ella, pero no se alejó ni un milímetro.

—Tal como pensé, dulzura, tu boca es dulce; tu sabor, el más dulce manjar que jamás probé —confesó roncamente, mientras ambos respiraban agitados y acelerados.

Las carcajadas se oyeron a sus espaldas, y pronto tuvieron frente a ellos a uno de sus amigos llevando bajo el brazo a su conquista de la noche. La pareja se frenó de golpe al toparse con ellos en su camino. El hombre lo reconoció de inmediato.

—¡Hamilton!, pensé que te habías retirado. Aunque ya veo que este encanto te hizo cambiar de opinión. ¿Me la presentas? —saludó burlándose, y la mujer que estaba junto a él soltó una risa tonta.

—Olvidalo, Johnson. Ahora camina, que nosotros seguiremos —denegó Steven, sintiendo cómo ella aflojaba los músculos de alivio al oírlo.

Con renuencia, se alejó para ponerse de pie y alzó a la joven en brazos. Aspirando nuevamente su dulce aroma, el pensamiento de que había olido esa fragancia antes volvió a invadirlo. Frunciendo el ceño, trató de observar más detenidamente su cara, pero la oscuridad y su máscara no le dejaron satisfacer su curiosidad.

La enmascarada se removía inquieta en sus brazos a medida que avanzaban hacia el camino principal, donde las parejas continuaban bebiendo y danzando. Cuando llegaron al camino de piedra, detrás de su amigo y la mujer, Steven la depositó con cuidado en el suelo. Ella era alta y muy esbelta, y absolutamente no tenía nada de francesa: su porte, su postura y su contextura eran inglesas hasta la cepa. La joven ajustó su dominó y bajó su cabeza rehuyendo a mirarlo.

—Gracias, milord. Desde aquí seguiré sola —le dijo apresuradamente, alejándose un poco.

—Ahh, no..., dulzura, la noche es joven. Además, tu pie... —respondió Steven, dando un paso hacia ella.

—Estoy bien, gracias por tu ayuda —lo interrumpió, poniendo un dedo en sus labios.

En ese momento comenzaron a sonar en el cielo los renombrados fuegos de Vauxhall; la joven se acercó a su oído y siguió en un suave susurro:

—Fue la mejor noche que... yo nunca lo olvidaré, Steven, adiós. —Su voz provocó que él cerrara sus ojos y sintiera un escalofrío recorrer su espalda.

De inmediato, cientos de personas los rodearon, empujando para tener la mejor vista, y cuando Steven abrió sus ojos ella había desaparecido entre la multitud.

A la mañana siguiente, Clarissa despertó muy avanzada la mañana. Todo lo sucedido en Vauxhall no le había permitido pegar ojo. Por fin había podido experimentar lo que era ser besada de verdad, y era más, mucho más, de lo que nunca habría imaginado o siquiera soñado.

Con paso cansado, descendió por las escaleras de su casa. Su madre la había llamado a almorzar y, aunque no tenía hambre, debía acudir o levantar sospechas. Rengueando, bajó los últimos escalones y, cuando apoyó el pie todavía inflamado, sintió dolor y una inconfundible dicha. «¡Oh, sí! Me doblaría cien veces más un pie si no consigo otra experiencia como la de la noche de ayer. Nada puede compararse a ser besada por ese hombre; cada momento ha sido absolutamente perfecto», pensó, mientras caminaba despacio hacia el comedor, acariciando inconscientemente sus labios. A pesar de que ese beso con Steven era lo mejor que le había sucedido, era muy consciente de que eso no cambiaba en nada su situación; y no debía olvidar ese hecho, por su propio bien.

Su encuentro con Steven solo había sido un acto fortuito en el que ella, amparada detrás de su máscara y de su identidad oculta, decidió por un momento dejarse llevar y así soltar la multitud de deseos y sentimientos que anidaba en su interior, y que siempre había reprimido. Lo que para ella era el cumplimento de sus más íntimos anhelos, para el conde fue solo un beso robado y nada más. Y aunque por un milagro él se hubiese encaprichado con ella, no sería de ella en realidad, sino de esa mujer audaz y sensual que había surgido de entre sus brazos.

Esa mujer, que no existía en el mundo real, ya que tras el antifaz distaba mucho de ser esa enigmática dama, solo era la dulce, alegre e inocente Clarissa. Y así la vería Steven: como la hermanita de su mejor amigo. Mejor no crearse falsas ilusiones o expectativas porque, de ser así, le esperaría desilusión y tristeza.

Esa noche debía quedar enterrada y guardada como un precioso recuerdo para atesorar en su corazón, y la dama francesa debía ser sepultada y olvidada, puesto que no podría volver a revivirla: hacerlo sería una completa insensatez, una locura y un acto temerario e imposible.

—O tal vez no.

Sentado en su despacho, Steven escuchaba con preocupación el relato de su jefe de establo.

—A ver si lo he comprendido, Jefferson, ¿está asegurando que alguien cortó una cinta de la silla de montar de mi caballo? —lo interrogó con tono calmado, viendo cómo el hombre retorció su gorro de trabajo entre sus manos.

—Así es, milord. Como usted sabe, ningún mozo de cuadra está autorizado a atender su caballo; yo mismo me ocupo personalmente de su cuidado y preparación. Por eso puedo asegurarle que anoche, antes de retirarme, controlé que todo estuviera en orden para cuando usted montara el semental, milord.

—Está bien, gracias a Dios no hay nada que lamentar. Solo le pido que esté atento y que, ante cualquier cosa extraña, me informe de inmediato. Puede retirarse —respondió con voz seria, que era poco habitual en él.

Cuando el sirviente abandonó su despacho, el conde se levantó y caminó hacia el aparador. Aunque no acostumbraba a beber al mediodía, en aquel momento necesitaba un trago para calmar la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Alguien quería asesinarlo. No había dudas: querían deshacerse de él.

Su charla con Jefferson confirmaba sus temores. Lo más escalofriante era que el posible asesino conocía sus movimientos y hábitos, pues muy temprano cada mañana salía a cabalgar, aprovechando que la ciudad todavía dormía. Y por eso había cortado la cinta de su silla, esperando que él se partiera el cuello mientras montaba, y así hacerlo parecer un infortunado accidente. Bien pudo haberlo logrado, puesto que Steve había despertado con la guardia baja, con la mente ocupada y plagada con recuerdos de determinada dama enmascarada. Habiendo descansado muy poco por estar rememorando una y otra vez el sabor, el tacto y las sensaciones que habían suscitado en él la misteriosa mujer y su apasionada respuesta.

Gracias a Dios él gozaba de una considerable destreza y pudo mantenerse en la silla luego de que esta se soltara completamente cuando puso el caballo al galope. De lo contrario, la historia sería otra. Aun si tuviese alguna reserva o duda al respecto, no debía más que recordar el extraño episodio que había experimentado la mañana en la que había visitado a Nicholas, para avisarle que su esposa estaba a punto de contraer matrimonio con otro. A pesar de no haberlo comentado con nadie, por considerarlo un hecho casual y común, en el marco de su situación actual no podía pasarlo por alto.

En esa oportunidad, se encontraba muy frustrado por haber tenido que hacer de perro guardián de Clarissa una semana entera a pedido de su amigo, que estaba muy devastado para cuidar de su hermana. Por lo que, después de asistir a una interminable velada, decidió distraerse en su club. Cuando abandonaba el lugar, casi al amanecer, fue abordado por un individuo que, sin previo aviso, lo atacó con un cuchillo. Y al encontrar la fuerte resistencia del conde, el malhechor huyó del lugar sin mediar palabra alguna. Steven, quedando con un aspecto desastroso, despeinado y sucio, se encogió de hombros y achacó el hecho a un patético intento de robo.

En ese momento sabía que ese había sido el primer acercamiento del asesino, al que no pudo vislumbrarle el rostro. Innegablemente alguien quería matarlo, pero la incógnita era quién y por qué.

Capítulo 5

Ten en cuenta que el ambiente o el entorno pueden convertirse en buenos aliados cuando se intenta favorecer la atracción...

Capítulo nueve del libro Consejos para un romance exitoso

Considera despertar la atracción en el objeto de tu deseo: toda máscara caerá y, entonces, él podrá verte tal cual eres...

Capítulo diez del libro Consejos para un romance exitoso

Solo habían pasado dos días desde que había tomado la firme determinación de enterrar a la dama enmascarada y, junto con ella, su no correspondido amor por Steven. Y aunque su decisión estaba tomada, no pudo evitar traerla a la vida una última vez. Quería despedirse de Steven antes de dejarla en el olvido, y eso solo podría lograrlo valiéndose de su antifaz, y no como lady Clarissa.

Por eso, cuando la invitación al baile más importante de la temporada llegó a su casa, no dudó en tomar la oportunidad. El evento anual de disfraces de lady Windsor era, sin dudas, un evento prestigioso y exitoso. Se celebraba una vez al año, siempre a mitad de temporada. Las invitaciones eran codiciadas por toda la nobleza inglesa, no solo por su alta categoría, sino por las historias y leyendas que se habían creado al respecto.

Se decía que, desde su primera celebración, llevada a cabo diez años atrás, hasta la última, sin excepción, una joven soltera encontraba el amor verdadero y obtenía esa misma noche una propuesta matrimonial de parte del caballero en cuestión. Por supuesto que la leyenda había tomado fuerza después de que todas y cada una de las parejas comprometidas resultaran finalmente felizmente casadas hasta la actualidad.

Por lo tanto, toda jovencita en edad casadera deseaba asistir, esperando encontrar el amor y obtener un compromiso. Nadie en su sano juicio se perdería ese baile pues, estando ya en junio, no quedaba mucho para la llegada del verano, y las posibilidades de recibir una propuesta de algún caballero se hacían más remotas.

Allí estaba Clarissa, bajando de su carruaje, acompañada de su madre. Vistiendo el disfraz y la máscara obligatoria para el ingreso, se unían a las decenas de personas que llegaban expectantes y ansiosas a la impresionante mansión de lady Windsor. Claro que, ni por un momento, ella pensaba poder hallar el verdadero amor esa noche; no era que fuese una cínica descreída, pero tampoco se calificaba de crédula e ingenua.

No podía creer en esa leyenda aunque lo intentase, pues a esa altura de la temporada ya conocía a todos los caballeros disponibles y, si no había logrado enamorarse en dos meses, menos lo haría en una noche. No obstante, la bulliciosa expectación y la clara anticipación que fluían en el ambiente empezaban a contagiarla, provocándole un revoloteo nervioso en el estómago.

Cuando ingresó al salón, no pudo evitar quedarse boquiabierta, debido a la impresionante y cautivadora decoración del salón de baile. Realmente lady Windsor se había superado aquel año. La gigantesca estancia estaba ambientada como un frondoso y mágico bosque: el piso estaba cubierto por una tela dorada perfectamente estirada, las ventanas y los pilares estaban tapados de plantas y arbustos. Las gasas de un verde bosque, que cubrían las paredes en su totalidad,

terminaban de completar el efecto que, sin duda, deseaba la anfitriona. Pero lo que más le cautivó fueron las bellas hadas doradas y brillantes, que colgaban del techo.

—Quién sabe si las hadas no te ayudarán a obtener el deseo de tu corazón —le susurró su voz interior.

—Como si esa leyenda fuese cierta. Y además, ni siquiera creo en las hadas ni en todos esos disparates —se respondió airada, provocando que su madre se volviese a mirarla como si estuviese loca.

Agradeciendo que una amiga se acercara a saludar, distraendo a la duquesa, Clarissa hizo señas a un lacayo que sorteaba a la concurrencia con una bandeja de bebidas. Cuando retomaron la marcha, ella miró a su alrededor, intentando localizar una cabellera dorada. Rogando que Steven no se ausentara y que, de alguna manera, pudiese encontrarlo entre esa multitud, se mezcló entre las personas elegantemente disfrazadas.

Tras entregar su invitación al alto y majestuoso mayordomo apostado en la entrada, Steven descendió la alta escalinata que daba paso al legendario salón de lord y lady Windsor. Por un momento se sintió desorientado, debido a la perfecta representación que la anfitriona había creado. Sin dudas, el escenario que tenía ante sus ojos era el mágico bosque descrito en la renombrada obra de Shakespeare, Sueño de una noche de verano, que estaba actualmente en boga.

Una idea muy encomiable, nunca más acertada, pues, a pesar de estar en primavera, el cálido clima, que anunciaba la pronta llegada de la época veraniega, bien podía pasar por una noche de verano cualquiera. Por eso y por la decoración, que daba la sensación de estar dentro de un sueño mágico y romántico, lady Windsor sería, sin duda, proclamada como la anfitriona más exitosa de la temporada.

Al margen de esos pensamientos, Steven no sabía qué lo había llevado a concurrir a aquel baile en particular. Dejando de lado el hecho de que hace años que no asistía y de que allí no encontraría a ninguno de sus amigos, pues ellos preferirían adquirir la peste que arriesgarse a aparecer en el baile de los Windsor, no quería indagar sobre la motivación que lo había llevado hasta allí.

Por supuesto que no tenía ningún miedo a esas tonterías de la maldición de la mansión Windsor, la cual versaba que, si un caballero asistía habiendo logrado escapar a los lazos del matrimonio y sin tener aún una dueña de su amor, terminaría irremediablemente casado y comprometido esa noche. Pero, a pesar de no darle importancia a tales banalidades, sabía que no debía engañarse a sí mismo. Su presencia en el baile solo tenía un objetivo: encontrar a la mujer misteriosa de Vauxhall, esa enigmática dama en la que no había podido dejar de pensar, aun después de haberlo intentado con todas sus fuerzas de voluntad y haber fracasado miserablemente, porque era evidente que todos sus sentidos habían sido capturados por la belleza enmascarada.

Mientras se mezclaba con la gente, ataviada de diferentes y diversos disfraces, un pensamiento se inmiscuyó en su mente. Además de la dama misteriosa, existía otra mujer por la que podía decir que también se encontraba en aquel salón. Haciendo un gesto contrariado, tomó la copa que un lacayo vestido con librea dorada y un fino antifaz negro le había ofrecido. Era absurdo intentar negarlo: aquella la que quería por lo menos avistar a la distancia y asegurar su bienestar, no era otra que lady Clarissa Bladeston.

Después de su último y no muy cordial encuentro, había decidido dejar enfriar un poco los ánimos, por lo que no volvió a buscar la compañía de la joven. Pero esa noche no podía mantenerse al margen; sabía que ella iría al baile. Y era su deber velar por ella, debido a su amistad con la familia y a su hermandad con su mejor amigo, ausente.

—Sí, claro, ni tú te crees que lo haces con propósitos fraternales y honorables —le susurró su molesto Steve interior.

—¡Ohh, tú cállate! —le dijo mentalmente, observando desde un rincón cómo se daba comienzo al primer baile.

Sí que sería larga la velada en el bosque de lady Windsor. Quizás un elfo lo ayudaría con el malestar que le provocaba el repentino presentimiento que había caído sobre él.

Luego de que su pareja de baile, un hombre vestido de rey Enrique, la acompañara hacia la sala de refrigerios, Clarissa buscó la excusa de necesitar el tocador para librarse del caballero. Detrás de la máscara, sus ojos buscaban incansablemente la presencia de Steven, pero la multitud era tal que era imposible avistarlo. Con paso lento, dio un rodeo por el salón, observando con disimulo a los caballeros que se hallaban a su alrededor. Algunos iban parcamente disfrazados y otros lo hacían con un exceso que rayaba el ridículo. Y ninguno era Stev. No le hacía falta más de un vistazo para poder descartarlos rápidamente; no podría confundir su altura, que superaba el metro ochenta, su rubio cabello ni su espalda ancha pero elegante.

De repente la desilusión cayó sobre ella: era obvio que él no iría. Jamás había asistido a ese baile en particular, tampoco Nick o sus amistades. Todos ellos, solteros empedernidos, sabían que aparecer en la mansión de lady Windsor era equivalente a arriesgar su cuello en la horca a la que llamaban «matrimonio». Clarissa se sintió ridícula y tonta por haberse creado falsas expectativas y vanas ilusiones. Sabía que su idea de verlo una última vez era una completa estupidez.

Con el ánimo por el suelo, pasó junto a un grupo de alegres jóvenes disfrazadas de diferentes diosas griegas. Eran sus amigas, las que siempre la rodeaban en cada velada, pero no la reconocieron. De verdad había puesto mucho esmero en su disfraz para esa noche. Y cuando entró a aquel salón, sintió una fuerte premonición favorable al verlo decorado como el bosque descrito en Sueño de una noche de verano, puesto que coincidía perfectamente con su atuendo, que no era otro que el de la triste enamorada creada por Shakespeare, Elena, la joven que sufría por amar a Demetrio y no ser correspondida por este.

No podría haber escogido algo que describiera mejor la historia de su vida y, al parecer, el destino o lo que fuera a estar en su sintonía; por lo menos, en lo que a la decoración se refería. Así y todo, era mejor regresar a casa; ya no tenía ánimos de seguir en ese lugar. Detuvo a un lacayo y, apresurada, dejó un mensaje para su madre, avisándole de su partida, pues ubicarla le llevaría horas; a sabiendas de que seguramente se ganaría una reprimenda por parte de la duquesa, no solo por retirarse sola del baile —algo nada apropiado, pero que, amén de tener su identidad oculta, la salvaba de chismorreos—, sino por desaprovechar, según palabras de su progenitora, una velada perfecta para hallar un excelente partido.

Luego, se encaminó hacia las puertas ventana que llevaban hacia el jardín, pensando que sería mejor salir por allí que intentar atravesar el salón entre esa muchedumbre; y, además, meditando que el aire fresco le vendría bien a su reciente mareo.

Steven Hamilton llevaba cerca de una hora tratando, infructuosamente, de divisar a Clarissa. No la había visto ni tampoco se había topado con la dama misteriosa, a pesar de haber bailado con varias jóvenes de textura similar. Frustrado, se dirigió a un lateral de la sala y, casi al momento, vio a una mujer rubia y delgada disfrazada de la reina Ana: sin dudas, se trataba de lady Honoria. Rápidamente miró a las personas que la rodeaban, pero era obvio que todas eran mayores. Pronto estuvo a su lado, haciendo una educada reverencia.

—Lady Honoria, está usted encantadora, como siempre —la saludó, sorprendiendo a la madre de Clarissa.

—Milord —lo saludó ella, extendiendo su mano—. ¿Es lord Baltimore? — le preguntó, examinando su disfraz negro con una sonrisa comedida.

—Él mismo, a su servicio, como siempre —respondió Steven, dedicándole una de sus sonrisas más encantadoras. Todas las damas lanzaron una risa nerviosa, mientras el conde las saludaba.

—Me sorprende verlo aquí, milord. ¿Qué lo ha traído por primera vez a este baile? —lo interrogó la duquesa viuda, clavando sus ojos ámbar en él.

—Una promesa, milady. Su hijo me encargó la misión de asegurar el bienestar de su hija —respondió Steve, esperando que ella le indicara dónde estaba la joven.

—¿De Clarissa? Ahh, bueno, esta noche queda usted liberado de su promesa —le contestó Honoria con tono despreocupado.

—¿Liberado? ¿Lady Clarissa decidió no venir? —preguntó Steven perplejo.

—No, milord. Ella sí vino, pero ya se retiró. Lamentablemente sufrió una fuerte jaqueca, por lo que volvió a casa —contestó la duquesa con mirada algo preocupada.

—Espero que no sea grave, milady. Por favor, recuerde que estoy a su disposición para cualquier cosa que requieran. Buenas noches, la dejo disfrutar la velada —respondió el conde, y con una inclinación se despidió.

«¿Jaqueca? ¿Clarissa? Es la primera vez que oigo algo así acerca de la joven, que siempre cuenta con una excelente salud y goza de eventos como aquel, departiendo y bailando hasta altas horas», pensó Steven extrañado, mientras se abría paso entre la multitud.

La cantidad de personas era tal que comenzaba a sentirse sofocado y acalorado. La perspectiva de seguir en esa fiesta no le atraía ya demasiado, pero prefería eso antes que ir a su casa y pensar incasablemente en esas dos mujeres. Definitivamente necesitaba disfrutar de un cigarro, por lo que decidió salir al exterior y hacer uso de la privacidad del jardín de lady Windsor.

El jardín de la casa, rodeado de altos setos y ciento de flores, era una imagen majestuosa. Los sinuosos y largos caminos, muy bien iluminados, estaban siendo recorridos por varias personas. Steven dio una calada a su puro y, mientras soltaba el humo, su atención se desvió hacia su derecha.

En el costado más alejado de la casa, se hallaba empotrado un pintoresco y pequeño mirador. Este permanecía a oscuras en aquel momento, lo que daba el obvio mensaje de no estar disponible para los invitados. Y eso era muy favorable para la necesidad de privacidad que tenía el conde. Sin pensarlo demasiado, guió sus pies hacia la estructura circular.

Desde las puertas del salón podía verse perfectamente su exterior, franqueado por un gran rosal, pero el interior no podía vislumbrarse debido a la larga enredadera que cubría el techo y colgaba por los extremos de este hasta casi tocar el suelo. Seguramente no fuese cortada por la gran sombra que proporcionaría durante el día.

Cuando llegó hasta los escalones, los subió con paso lánguido y, apartando las hojas, se adentró en el lugar. Y casi al instante se quedó paralizado completamente mirando la imagen preciosa y subyugante que tenía frente a él: una mujer vestida con una vaporosa tela azul cielo pegada al cuerpo, que dejaba al descubierto sus esbeltos tobillos; en la parte superior se destacaban su hombro desnudo y su pecho, tapado parcialmente por un fino manto plateado. Ella no se había percatado de su presencia, ya que se encontraba mirando la vista trasera que ofrecía el mirador. Con el cuerpo de perfil a él y con su cabeza adornada con un elegante recogido, estaba volteada mostrando su nuca larga y esbelta.

—Una vista sin duda magnífica, ¿no cree? —dijo él con voz calma, viendo cómo ella daba un respingo, asustada, y se giraba de cara a él con rapidez—. ¡Es usted! —siguió diciendo sorprendido Steven cuando vio esa cara cubierta por un antifaz plateado. Ella se alejó un paso,

adentrándose un poco más en la oscuridad. Igual que en la vez pasada, la máscara cubría casi todo su rostro.

—¿Milord? —dijo con tono dudoso y ese acento extraño.

—Ahh... No lo intente, querida. Sé que me ha reconocido, así como yo a usted —le respondió el conde, dando un paso hacia ella, notando cómo la joven se tensaba ante su comentario.

Ella no dijo nada, pero tampoco negó sus palabras ni retrocedió cuando él se acercó hasta casi rozar sus pies.

—Así que mi conjetura de que eras una dama no estaba equivocada. Dime, ¿tu marido está aquí? —le preguntó, viendo cómo se ponía nerviosa.

—Debes saber que no es mi costumbre faltar a la santa institución del matrimonio; es más, jamás lo he hecho. Esa noche en Vaxuhall... fue por ti que falté a esa regla —siguió diciéndole Steven, observando las facciones que su antifaz dejaba a la vista. En la penumbra no podía distinguir el color de sus ojos ni el de su cabello, que brillaba.

—Lo sé, milord, pero no debe volver a repetirse —contestó ella en un susurró tan suave que apenas la oyó.

—¿Lo sabes?, eso es bueno. Aunque no cambia el hecho de que estemos los dos solos y apartados en este lugar. ¿Crees en las casualidades, bella Elena? —dijo el conde, levantando una mano y recorriendo con un dedo el contorno de su antifaz.

—¿Cómo sabe que personifico a Elena? —preguntó ella con fuerte acento y voz temblorosa.

—Porque tengo una pintura de ella en mi casa, y su atuendo me la recordó; en el lienzo se encuentra extasiada de felicidad escuchando lo que parece ser la confesión de amor de un arrepentido Demetrio —respondió Steven, observando cómo ella abría los ojos asombrada y repasaba su disfraz.

—¿Usted está disfrazado de Demetrio? —preguntó a su vez, señalando su túnica y su capa púrpuras, estremeciéndose cuando él bajó un dedo y acarició su labio superior.

—Así es; veo que también conoce la pintura. Lo escogí porque no pude evitar sentirme identificado con él, enamorado de una joven a la que no puede tener —siguió diciendo, mientras apartaba su dedo y acercaba su rostro hasta tenerlo a un suspiro del suyo.

—Entonces, ¿está tan ciego como él, milord? ¿Tan obsesionado con la imagen de Hessenia que no puede ver el amor que Elena siente por usted? —dijo ella, levantando una mano y posándola suavemente en su cara.

—Tú... tú me confundes. ¿Quién eres? ¿Eres Hessenia o Elena para mí? —preguntó Steve, sintiendo el pulso acelerado por su cercanía y la suavidad de su palma.

—Son muchas preguntas, ¿no cree, milord? —contestó ella, luego de una pausa en la que sus alientos afectados se mezclaron.

—Tal vez, pero no has respondido la primera aún —dijo Steve, sintiendo cómo su mano abandonaba su cara y se posaba sobre su hombro, quemándole con fulminante intensidad.

—No, no creo en las casualidades. Creo en el destino y el propósito por el que todos estamos aquí, y del que nadie puede escapar —respondió la joven, y su voz lo envolvió, haciéndole estremecer, enloqueciéndolo.

—O no quieran hacerlo; yo no lo deseo en este momento —le dijo él con la voz reducida a un ronco sonido que no reconoció.

—¿Y qué es lo que desea, Steven? —lo interrogó ella, dando un suspiro, logrando que su pulso se desbocara al oír su nombre dicho por ella, excitada y complacida por el hecho de que lo recordara.

—Esto... —dijo con un gruñido gutural y, sin perder tiempo, estampó su boca con la de ella en

un impulso voraz.

Ella ahogó un gemido, pero de inmediato envolvió su cuello con ambos brazos, devolviéndole el beso con urgente premura. Steven se sumergió en su boca, acariciando sus labios con los suyos y pegando su esbelto cuerpo al suyo. La joven dejó escapar un jadeo de placer y se puso de puntillas, acercándose más a él, que la abrazó más íntimamente.

Cuando su cuerpo empezó a temblar y el control escapaba de sus manos, se separó un poco de ella y ambos se miraron, respirando agitados.

—Por favor..., deseo..., necesito saber tu nombre. Si no lo sé, creo que... perderé la razón. Por favor..., ¿cómo te llamas? —dijo agitado y con el corazón palpitando con violencia en su pecho.

—Yo... yo..., milord, soy... —dijo ella con un acento inglés perfecto, y con una suave voz que le sonó muy familiar.

—¡Clarissa! —El grito enfurecido interrumpió la vacilante confesión de la joven.

Capítulo 6

Cuando la atracción se vive con mucha intensidad, sin dudas es porque ha devenido primero en pasión y luego, en amor

Capítulo once de libro Consejos para un romance exitoso

Si dejas que la atracción domine tus actos, deberás asumir las consecuencias de tu pasión

Capítulo doce del libro Consejos para un romance exitoso

Cuando el fuerte grito resonó por cada rincón del mirador, Clarissa sintió cómo el alma abandonaba su cuerpo. Sin poder reaccionar, fue testigo de la tensión que se apoderaba de Steven. La sonrisa lánguida y apasionada se borró de su cara de inmediato, y el brillo de sus ojos se oscureció tenebrosamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué está ocurriendo aquí? —siguió diciendo su madre con expresión descompuesta. La duquesa los miraba desde abajo, con el rostro atónito, y sus amigas la sostenían por los hombros con los ojos desorbitados.

Steven no se giró hacia ellas, sino que continuó con la mirada clavada en Clarissa, taladrándola con los ojos. Entonces, la soltó bruscamente y, levantando una mano, le arrancó la máscara de un fuerte tirón.

Cuando su rostro quedó al descubierto, ella lo observó suplicante, temblando al ver cómo las diferentes emociones iban transfigurando la cara del conde: incredulidad, enojo, furia, desilusión y, finalmente dolor.

—Stev..., por favor..., no... —tartamudeó con voz débil, mientras él retrocedía aturdido, alejándose.

—¿No?, ¿no? ¿Qué quieres negar, Clarissa?: ¿que me engañaste, me mentiste y me manipulaste? —la cortó el conde con voz contenida, pero con tono febril e intenso.

Ella cerró los ojos, sintiendo sus palabras como un duro golpe. Su labio inferior comenzó a temblar tanto como su cuerpo.

—No obstante, por fin todas mis preguntas fueron contestadas. No solo sé ahora tu nombre, además comprendí que eres Henessia. Nunca fuiste Elena; solo estuviste jugando conmigo, sabiendo que eras prohibida para mí — continuó Steven, alejándose un paso más; sus preciosos ojos parecían agónicos.

—No..., Steven, por favor, escucha. No es así como sucedieron las cosas; fue casualidad al principio y luego no supe cómo... Mi intención no era burlarme..., yo te am... —dijo Clarissa con igual expresión de dolor, dando un paso hacia él. Steve levantó una mano, y la detuvo, sus ojos despedían desdén y furia.

—No digas una palabra más, no te atrevas a hablar de amor. Porque, escúchame bien, yo no confiaba hasta hoy en el amor, pero ahora, gracias a ti, puedo decir que no creo en él en absoluto, ni lo haré jamás. — sentenció con voz dura, mientras las mujeres, convertidas en involuntarias testigos, ahogaban una exclamación.

El conde bajó los escalones y, cuando llegó a la altura de la duquesa, se volvió hacia Clarissa, levantando la máscara que aún sostenía en su mano.

—Por cierto, Hessenia, ya no necesitarás esto; puesto que, con mucha diligencia, te has ganado el papel de Elena y, al igual que ella, tus manipulaciones te servirán para obtener como esposo a Demetrio. Lástima que no puedas tener el mismo final que Shakespeare pergeñó para ellos, pues mi corazón no está disponible para ti*—. Dicho esto, se giró, y se alejó con paso airado.

Clarissa se encogió al oír lo último. Sintiendo cómo el aire le faltaba, bajó con rapidez los escalones, tratando de detenerlo de algún modo.

—Oh, ¡cuánto más felices logran ser algunos que otros! Demetrio no lo considera así. Se niega a reconocer lo que todos, menos él, reconocen — empezó a decir Clarissa, y al instante Steven detuvo su marcha, clavando los pies en el suelo, con la espalda tensa y las manos apretadas en puños—. Y así como él se engaña, fascinado por los ojos de Hessenia, así me ciego yo, enamorada de sus cualidades. El amor puede transformar las cosas bajas y viles en dignas y excelsas. El amor no ve con los ojos, sino con el alma — siguió diciendo ella con tono apesadumbrado, esperando que el conde continuara su camino.

—¿Acaso te incito?, ¿acaso te adulo? Más bien, ¿no te digo con toda franqueza que no te quiero ni podré quererte? —respondió Steven, girándose y sacándose el antifaz. Sus ojos parecían traspasarle con frialdad y enojo.

—Y yo te quiero más por decir eso. Consiente que, indigna como soy, pueda seguirte —dijo Clarissa, acercándose, centrando toda su atención en él.

—No te quiero, así que no me sigas, ¡Vamos, vete, y deja de seguirme! — contestó molesto, retrocediendo un paso; en su mirada pudo vislumbrar cómo el enojo se mezclaba con la inquietud.

—Tú me atraes, ¡imán duro y despiadado! No es que yo sea de hierro: mi corazón es fiel como el acero. Pierde tú el poder de atraer, y yo no tendré poder para seguirte —respondió ella con voz serena, olvidando su estupefacto y silencioso público, y caminando hasta detener sus pies, pegados a los del conde.

—No denigres la lealtad que tú no entiendes: es un riesgo que podría salirte caro. Ni fuerces tanto el odio de mi alma, que solo de verte ya me pongo malo —dijo Steven, apretando la mandíbula y enviándole dardos de ira con los ojos.

—Y yo me pongo mal si no puedo verte —dijo a su vez Clarissa, transmitiendo anhelo y amor en su mirada, acercando el rostro al suyo.

—Tú arriesgas demasiado tu recato, entregándote en brazos de quien no te quiere y confiando el rico tesoro de tu virginidad a los azares de la noche y a la tentación de estas soledades. —la rebatió el conde desafiante, juntando los labios en una dura línea, y mirándola con satisfacción cuando las mujeres soltaron un gemido escandalizado.

—Tu virtud es mi garantía. Porque no es de noche si veo tu cara, y por eso no me siento expuesta a la noche. Y al bosque no le falta compañía del mundo, pues tú eres para mí el mundo entero. ¿Cómo puedo decir que estoy sola si aquí está el mundo entero para verme? —dijo a su vez ella, negándose a retroceder ante su provocación, aunque sus mejillas ardieran debido a la vergüenza y al creciente enojo.

—Huiré de ti, me esconderé y ¡te dejaré a merced de las fieras! — respondió acalorado, señalando a las damas, que no pudieron reprimir una protesta ofendida.

—Ni la más cruel tiene tu corazón. Huye si quieres; se invertirán los papeles. ¡Vana carrera cuando huye el corazón y persigue el miedo! —le lanzó Clarissa, furiosa también Clarissa, respirando tan agitada como él.

—Vean el rostro del que ha muerto como yo: tu maldad me ha traspasado el corazón. Mas tú, la asesina, estás tan radiante como Venus en su amor — contraatacó Steven, levantando su máscara plateada como un trofeo; sus ojos verdes desbordaban desdén y desprecio.

—¡Por Dios!, tus agravios deshonran mi sexo. No luchamos por amor, pues son los hombres los que deben hacer la corte —respondió ella encendida, arrebatándole la máscara negra de Demetrio.

—No pienso discutir más. Déjame o, si me sigues, ten por cierto que te haré daño —Terminó con voz cortante y con los dientes apretados, y dio media vuelta para dirigirse a la salida.

—Si ya me haces daño —dijo con el corazón en un puño. El conde se detuvo unos pasos más lejos, pero no se giró hacia ella nuevamente—. Te seguiré, y de mi infierno haré un cielo si va a darme muerte quien yo más quiero. —Ella finalizó con un susurro apremiante, pero que él oyó, pues su espalda pareció volverse de piedra y, después de unos segundos, se marchó.

Esa fue la señal para que Clarissa pudiese dejar caer libre y sin restricción las lágrimas que amenazaban por desbordar sus pupilas. Sollozando y apretando el antifaz negro del conde contra su pecho, se abrazó a sí misma. Ese sería, sin dudas, lo único que le quedaría de ese Steven dulce y apasionado que por un instante pudo conocer, y del que no pudo evitar enamorarse más todavía.

De inmediato, los brazos de su madre la rodearon, y sintió —más que escuchar— cómo ella la instaba a avanzar para abandonar la mansión. Inmersa en su estado de desconsuelo y desesperanza, se dejó dirigir por la duquesa hacia la entrada principal, rodeando la casa. Aun así, mientras esperaban su carruaje, no les pasaron desapercibidas las exclamaciones de gozo y enhorabuenas que las amigas de su madre les dedicaban.

Reprimiendo el llanto, pensó que, si no estuviera tan desesperada, seguramente reiría como desquiciada ante esa ironía. Por un lado, ella, sintiendo su mundo derrumbarse a pedazos, y por el otro, la alta sociedad, felicitándola por ser la dichosa confirmación de que la leyenda de la mansión de lady Windsor volvía a cumplirse.

Luego de subir al vehículo, miró melancólica la fachada de la casa. Y por primera vez, entendió por qué los hombres la llamaban «la maldición de la mansión Windsor», puesto que esa noche había ganado un compromiso, pero había perdido el corazón de Steven para siempre.

Una semana después, Steven salió de su club tambaleándose. Esa era su rutina diaria a partir de esa fatídica noche, que quería borrar.

No había vuelto a ver a Clarissa, sino que se limitó a enviar a su madre una escueta nota, donde daba su palabra de que haría lo correcto con su hija. Ella le respondió que esperarían al duque para realizar todos los trámites que oficializarían su compromiso con la joven.

Y desde ese momento se dedicó a beber y a jugar, esperando arrancar de su pecho el sentimiento de traición y dolor que le quemaba por dentro. De más estaba decir que no pudo lograrlo, porque a cada instante lo invadían recuerdos de esa mujer. En su mente ellas no dejaban de mezclarse una y otra vez: los suaves labios de la dama del antifaz y los ojos luminosos de Clarissa, el hipnótico aroma de la mujer tras la máscara y la sonrisa dulce de esa niña. Las dos caras de una misma persona: inocencia y sensualidad, pasión y ternura. Tan diferentes, pero una sola; tratar de unificarlas comenzaba a enloquecerlo completamente.

Subiendo con precario equilibrio a su carruaje, recostó la cabeza con fatiga sobre el respaldo del asiento.

—Dios, Steven, ¡cómo pudiste estar tan ciego! —Se había dejado obnubilar tanto por esa joven que no pudo ver lo obvio. Se recriminó una vez más con enfado a sí mismo, sintiéndose un idiota por su incapacidad de ver las claras señales que habían estado frente a él todo el tiempo: el nerviosismo que había experimentado cuando él la encontró en los jardines, su insistencia en conservar su antifaz, su negativa en darle su nombre y, por supuesto, su obvia inexperiencia en cuestiones de placer —sospechosas en una mujer supuestamente casada—. Además de su falso

acento francés, su inusual altura y la sensación de familiaridad que despertaba en él, y la que ignoró.

¡Maldición!, realmente su estupidez no tenía parangón. El hombre que podía tener a la dama que quisiera, experimentado amante y seductor, era cazado por una ingenua niña recién presentada en sociedad, una muchacha hermosa y cándida que se creía enamorada de él, un hastiado noble, que hacía mucho había perdido la capacidad de amar.

De verdad que, si no fuera él mismo el protagonista de esa historia, se burlaría hasta desfallecer ante semejante ironía. Realmente no odiaba a la joven; tampoco podía detestarla por dejarse llevar por sus sentimientos y por actuar impulsivamente, pues él también había tenido esa necesidad alguna vez, cuando todavía creía en el amor, en la felicidad eterna, en la generosidad, en la sinceridad; antes, mucho antes de ese día en el que había perdido a sus padres y a su fe en el amor junto con ellos. Por todo eso se odiaba a sí mismo. Clarissa era prohibida para él, porque a su lado solo tendría sufrimiento y desamor. Y porque tenerla a ella significaba perder a su mejor amigo, a su hermano, puesto que Nicholas conocía esa parte negra de su alma, que ocultaba del mundo. Y justo por eso, no le perdonaría ver puestos los ojos en su hermana, que representaba todo lo opuesto a él: pureza, alegría, esperanza y amor.

Apretando los ojos con fuerza, hizo acopio de valor para descender del carruaje y enfrentarse al destino que lo aguardaba en la mansión Stanton. Por más que los remordimientos lo corroían por dentro, ya no había nada que hacer. Las cartas estaban echadas y, de acuerdo o no, debía interpretar el papel que le tocaba.

—Sí, Steve, te casarás con ella, cumplirás con lo que la sociedad demanda de ti. Salvarás su nombre y su honor, le darás la protección de tu apellido, intentarás ser un esposo leal y considerado, pero nunca podrás corresponder con su ideal de marido porque, sencillamente, tú también la has engañado. Clarissa se enamoró de tu sonrisa y de tu encanto fácil, pero pronto descubrirá que solo es una fachada que oculta tu alma muerta y tu corazón endurecido.

«Siete días, siete largos días sin tener noticias de Steven», pensó Clarissa sentada en medio de su cama, apretando sus piernas contra su pecho y mirando apesadumbrada el jardín de su madre.

El silencio del conde decía mucho más que un ocurrente discurso. El mensaje estaba claro: Steve no la perdonaría ni querría saber nada de ella. Ese pensamiento logró que las lágrimas volvieran a inundar sus ojos nuevamente, todo un logro considerando lo que había llorado aquella semana.

Su madre le había comunicado, muy aliviada, la intención del conde de salvaguardar su honor y contraer matrimonio con ella. Y esa noticia solo había aumentado su angustia, pues los remordimientos y la culpabilidad la estaban matando.

Aunque cualquier dama se alegraría en su lugar, ella no podía hacerlo. No cuando sabía que el hombre al que amaba la detestaba, y solo quería unirse a ella por su sentido del honor y la responsabilidad. Por obligación, no; definitivamente esa nunca había sido su intención. No entraba en sus planes amarrarlo ni imponerse como esposa. Pero, por supuesto que tendría que dejar de lado sus objeciones y cumplir con su parte. Era eso, o condenar a toda su familia al ostracismo y a la ruina social. No sabía cómo lograría pasar ese escollo sin hundirse en el fango de la desesperación y la angustia. Sin embargo, lo que estaba terminando con ella era la desazón e incertidumbre que le provocaba no saber nada de Steven, y la certeza de que él la detestaba y la creía una intrigante mentirosa.

Se había arriesgado poniéndose en la piel de la dama enmascarada, jugando con fuego y quemándose irreversiblemente. Pues ni siquiera le quedaba la amistad ni el cariño que compartía

con él como Clarissa.

Su doncella, Mary, golpeó su puerta y entró apresurada a su cuarto, interrumpiendo su cavilación.

—Milady, debe bajar ahora mismo. El conde de Baltimore se ha presentado, y la duquesa solicita su presencia en el estudio —le dijo con premura la delgada y pálida joven.

—¿El conde está aquí? ¡Oh, por Dios! Vamos, apresúrate, Mary, me urge bajar —le contestó Clarissa emocionada, dándole la espalda y moviéndose impaciente mientras la sirvienta le recogía el pelo en un moño informal.

—Así está bien, gracias —la apremió la joven, y salió como una posesa, presa del nerviosismo.

Rápidamente bajó la escalera y, alisando su vestido de muselina amarilla, ingresó al estudio. Dentro estaban, sentados en sillones individuales, su madre, a la que se la veía algo incómoda, y frente a ella, Steven, vestido completamente de negro.

El conde se puso de pie ni bien ingresó. Ella se detuvo un instante junto a la puerta cerrada, y observó vacilante la postura tensa y fría de Steve. Él la saludó con un parco asentimiento de cabeza y, sin esperar que le devolviera el saludo, volvió a sentarse. «¡Ohh, grosero!», pensó ella, comenzando a indignarse. Pero se negaba a corresponder a su actitud, por lo que caminó hacia él, dispuesta a saludarlo.

De repente se escuchó un alboroto procedente del vestíbulo. Honoria se levantó con expresión asustada, al igual que Steve, que por fin se dignó a mirarla, y la desolación que vio en sus ojos verdes le estrujó el corazón.

La puerta del estudio se abrió de golpe, golpeando la pared estrepitosamente. Y por ella apareció Nicholas, secundado por una angustiada y despeinada Elizabeth.

—Nicholas, Elizabeth, regresaron, por fav... —intentó decir Honoria con fingida tranquilidad.

—Clarissa, apártate de esa escoria —la interrumpió Nick con voz gélida, adentrándose hacia ellos como un vendaval.

Ella abrió los ojos alarmada, pero de inmediato tuvo frente a ella la espalda de Steven, anteponiéndose como un escudo.

—¡Eres hombre muerto, Hamilton! ¿Te atreves a proteger a mi propia hermana de mí? ¡Jamás le haría daño! A diferencia de ti, maldito traidor. ¿Cómo pudiste seducir a mi hermana? —le espetó el duque, pegando su cara a la de Steven, totalmente fuera de sí.

La espalda de Steve se tensó por completo, al igual que sus brazos, pero no respondió nada.

—Nick..., por favor, detente. Cálmate e intenten conv... —intervino suplicante Lizzy, tocando la espalda de su esposo.

—Solo dime una cosa —siguió diciendo Nick, ajeno a todo lo que no fuera el duelo de miradas en la que se enfrentaba con su amigo—, solo una: ¿comprometiste a mi hermana, sí o no?

Clarissa cerró con fuerza sus ojos y contuvo el aliento. —Sí, lo hice —respondió Steven con voz agrietada.

—¡Acabaré contigo! —respondió el duque airado, tomándolo por el cuello del saco y golpeándolo contra la pared.

Las mujeres gritaron horrorizadas, mientras Nicholas levantaba del piso al conde y le propinaba un puñetazo en la mandíbula. Steven lo dejó hacer como si fuese un muñeco, y soportó el golpe con la mandíbula apretada y la mirada sombría.

—¡Basta, Nick! Déjalo, él no tiene la culpa —intervino desesperada, tratando de interponerse entre ellos.

Mas su hermano estaba ciego de ira; volvió a sacudir a Steve y, cuando levantaba una vez más

su puño, Clarissa lanzó un atronador grito y se abalanzó sobre la espalda del duque. Nicholas se volvió airado, soltando a Steve y clavando sus ojos azules en su hermana, que se bajó y se ubicó delante del conde.

—Nick, no le hagas daño, por favor, hermano —le suplicó ella, dejando que las lágrimas se derramaran por su rostro libremente.

—No te atrevas a defenderlo; no lo hagas porque no lo soportaré. ¿Qué te está pasando, Clarissa? —le respondió él irritado; su mirada enojada se tornaba confundida al ver las lágrimas de congoja.

—No pasa hoy, no comenzó ayer; esto sucede desde que tengo uso de razón. No pude evitarlo, debes saber que yo... —comenzó a decir, tomando coraje ante la gélida expresión de su hermano —. Yo lo amo, Nick. Amo con cada fibra de mi ser a Steven Hamilton — terminó de decir Clarissa, y dejó que, después de tantos años, la máscara cayera y liberara sus sentimientos, largamente reprimidos, percibiendo cómo el conde retenía la respiración a su espalda.

*Fragmentos textuales de Sueño de una noche de verano, de W. Shakespeare. Diálogo entre Demetrio y Elena. El orden de los mismos no es el original, sino el conveniente para la trama.

Capítulo 7

Aprenderás que sucumbir ante la atracción puede acarrear consecuencias inesperadas...

Capítulo trece del libro Consejos para un romance exitoso

La atracción es una emoción poderosa, pero no es suficiente cuando lo que se desea es amor.

Capítulo catorce del libro Consejos para un romance exitoso

Un silencio abrumador fue lo que siguió a la confesión de Clarissa. Desde su posición, Steven vio cómo el rostro del duque se desencajaba y apretaba con ira los dientes. Él ya conocía esa expresión: Nick estaba realmente furioso, y solo se necesitaría un segundo para que explotara y perdiera el control completamente. Por su parte, se encontraba como si un tren a toda marcha hubiese impactado contra él. Todo su cuerpo temblaba, su pulso se había disparado por las nubes y su corazón golpeaba con tanta fuerza su pecho que este le dolía literalmente.

«Ella me ama. No, siempre me ha amado. Clarissa, mi dulce niña, me quiere. ¿Cuándo sucedió esto? ¿Qué he hecho para merecerlo? ¡Dios, no puede ser cierto! ¿Sería un desastre? ¿O no? Ella me ha mentado deliberadamente, ha jugado conmigo sin miramientos: me ha ridiculizado y manipulado. Además, por su culpa, tendré que romper una promesa», pensó frenéticamente, tratando de ignorar la cercanía de la joven; su belleza, cubierta por ese amarillo que la hacía brillar como el sol, y su enloquecedor aroma a jazmín... Sí, a eso olía, ocasionando que sus sentidos estuvieran por colapsar en ese mismo momento.

—¡Todas fuera! —vociferó el duque airado, lo que quebró el silencio e hizo sobresaltar a todos.

—Pero, hijo... —empezó Honoria, angustiada.

—Por favor, cálmate, cariño... —siguió diciendo Elizabeth nerviosa, acercándose a su esposo.

—Y no hagas algo que luego de seguro lamentarás; te lo suplico, Nick... —terminó Clarissa, con la voz quebrada, secando sus lágrimas.

—No soy yo precisamente quien debe arrepentirse de algo. No obstante, quédate tranquila, no mataré a este traidor, solo porque debe responder a ti. Ahora déjenos a solas —la cortó secamente, y les señaló la puerta, dirigiéndose con paso airado hacia la silla de su escritorio.

La duquesa viuda tomó de la mano a una reacia Clarissa y la arrastró tras ella, instándola a salir del estudio. Lady Elizabeth se apresuró a seguirlas, pero, antes de cerrar la puerta, le lanzó una mirada penetrante a su esposo.

Steven seguía contra la pared, donde su «amigo» lo había estampado, tratando de hacer caso omiso del dolor de su mandíbula, que comenzaba a inflamarse. El duque se volvió a mirarlo fríamente, y con la cabeza le indicó que se sentara. Cuando estuvieron sentados frente a frente, observándose fijamente, Nicholas dejó salir un suspiro contrariado y, lanzando chispas por sus ojos azules, se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Por qué lo hiciste, Hamilton? —lo interrogó con voz contrariada.

Steve cerró los ojos un segundo; dolía de verdad que su mejor amigo lo detestara al punto de no querer llamarlo por su nombre.

—No pude evitarlo... Yo... lo lamento, Nicholas. Siento una fuerte atracción por ella —le

respondió, viendo la incredulidad en la expresión de su amigo.

—¿Es en serio?, ¿te estás escuchando? ¡Es una maldita niña, Steven! ¡Una niña a la que viste crecer! ¡Maldición, creí que era como una hermana para ti! —dijo el duque encolerizado, golpeando con ambas manos el escritorio, llamándolo por su nombre al fin.

—¿Crees que no lo sé? ¿Piensas que no me siento como un miserable? Pero Clarissa no es mi hermana, y ya no es una niña. ¿Acaso olvidas que tu esposa no es mucho mayor? —contestó el conde rabioso, alzando por primera vez la voz.

—No intentes justificarte ni te compares conmigo. Yo no traicioné tu confianza ni falté a nuestra amistad. Elizabeth está en vísperas de su cumpleaños número veinte; mi hermana acaba de cumplir sus dieciocho años. Yo confié en ti, dejé a Clarissa a tu cuidado, ¡y tú respondiste deshonrándola! —dijo a su vez Nick, enrojeciendo de rabia.

—Si vuelves a repetir eso, puedes escoger el arma, el lugar y un padrino — contestó Steven con voz tensa, al escuchar la acusación final.

—¿Te atreves a negarlo? ¿Qué dirás en tu defensa?: ¿que una niña te sedujo? —continuó el duque desafiante.

—No repetiré la advertencia: parece que olvidas de quién estamos hablando. Solo te diré que no la deshonré; solo fueron besos. Aunque sí la comprometí, y hay testigos del hecho —respondió cortante, negándose a revelar los detalles del engaño de Clarissa, ni siquiera ante su hermano.

—Ahh... Ahora recuerdas que se trata de mi hermana; un poco tarde, ¿no te parece? Puedes dar por terminada nuestra amistad; por lo que a mí respecta, eres un maldito traidor. Y puedes retarme a duelo si se te antoja; acepto gustoso —contestó Nick, aún más tenso, sin dejar de mirarlo con desprecio.

—Terminaremos con esto; estoy aquí para cumplir con mi deber, así se lo prometí a tu madre —rebató Steven, apretando los dientes; aunque sus pupilas se sulfuraban, no podía negar que era un traidor, por lo menos ante los ojos del duque.

—Está bien, es bueno saber que todavía sabes cumplir tu palabra, pues la promesa que le hiciste a tu padre quedó en el olvido, ¿no?

—No —lo cortó Steve secamente—. Me casaré con Clarissa; asumiré las consecuencias de mis actos, pero pienso respetar la última voluntad de mi padre —finalizó, sintiendo cómo se acrecentaba el nudo que tenía en su estómago.

—¿Ah, sí? Entonces, piensas hacer miserable a mi hermana. Bien sabes que es una romántica, y la destrozarás si haces eso —respondió el duque, prosiguiendo ante el tenso silencio que había obtenido su comentario—. Sé que la única opción es arreglar este casamiento, pero me niego a hacerlo bajo estos términos.

—¿A qué te refieres? —lo interrumpió Steve, sintiendo una involuntaria y repentina inquietud ante sus palabras.

—Quiero decir que no seré quien colabore con la desgracia de mi hermanita. Si piensas contraer matrimonio con ella, deberás decirle sobre la promesa; ella debe saber todo y estar advertida. Aunque eso signifique una negativa de su parte y la ruina social de mi familia, la apoyaré y jamás la obligaré a nada —terminó Nicholas con voz dura.

—Ella debe casarse conmigo; es tarde para arrepentimientos. Aun así, respetaré tu petición y hablaré con ella, aunque no creo que sea necesario — dijo finalmente el conde, luego de la incrédula pausa que la condición del duque le había provocado.

—No es ninguna petición, es una obligación que, si no cumples, lamentarás largamente; eso te lo aseguro —respondió Nicholas con voz letal, taladrándolo con la mirada.

Steven tensó la mandíbula, reprimiendo las ganas de hacerle tragar su orden, pero conocía

demasiado a su amigo, y sabía que la cuerda que sostenía su cordura y su civilización estaba al límite. Por primera vez sabía qué se sentía estar del bando contrario. Acababa de conocer el lado implacable del duque de Stanton, y experimentaba cómo era estar en los zapatos de sus enemigos.

—Bien, puesto que lo hecho, hecho está, nos toca arreglar los pormenores de este desastre —le dijo fríamente Nick, con ojos sombríos.

En la sala verde, Clarissa caminaba de un lado al otro, presa del nerviosismo.

¿Qué tanto hablaban Steve y su hermano? Se estaban tardando demasiado; por lo menos, solo se habían sentido unos cuantos gritos y luego, silencio. Eso quería decir que estaban llevando el asunto con calma o, tal vez, que habían terminado matándose mutuamente.

—Hija, harás un hueco en la alfombra. Ven, siéntate; estás poniendo incómoda a Elizabeth —le dijo su madre, interrumpiendo sus caóticos pensamientos.

—Oh, por mí no se preocupe, pero me temo que debo coincidir con su madre, Clarissa. Venga, siéntese e intente distraerse, o colapsará finalmente — le dijo la dulce voz de su cuñada.

—Trátame de tú, por favor. Después de todo, ahora eres como mi hermana, y espero puedas perdonarme por arruinar tu viaje de novios —le dijo Clarissa apenada, dejándose caer sobre un sillón sin delicadeza.

—Oh, ¿no te preocupes! Aunque mentiría si dijese que no estaba disfrutando de Escocia y de Nick. Ya era hora de regresar; ansío saber de mi padre y de hermano —respondió Lizzy amable, apretando su mano.

—Eres muy buena, Elizabeth. Tu hermano salió hace unas tres semanas de la ciudad, y tu padre ya fue liberado a pesar de seguir la investigación.

—Esperaba ver a Sebastien; no sabía que saldría de Londres. ¿Sabes si partió en uno de sus viajes, tal vez? —inquirió Lizzy, aliviada ante las noticias del marqués, pero curiosa por su hermano.

—No tengo muchos detalles, solo me dijo que debía hacer un favor a lady Asthon, algo sobre la desaparición de vuestra prima Emily —siguió Clarissa, algo incómoda ante la mirada de sorpresa con la que su cuñada la veía, debido a lo mucho que sabía, seguramente.

—Qué extraño lo que me cuentas. Tendré que hacerle una visita a mi tía urgentemente — contestó la duquesa extrañada, aceptando la taza que una sirvienta le ofrecía.

—Bueno, a pesar de todo, me alegro de que estén de vuelta. Debemos hablar sobre nuestra convivencia; creo que Clarissa y yo debemos mudarnos y dejarles su privacidad —intervino Honoria, aligerando el ambiente y sonriendo a Lizzy, que se ruborizó encantadoramente.

—Mmm..., yo no... —comenzó a decir la joven dubitativamente.

—No será necesario, madre. Elizabeth y yo hablamos sobre eso, y ya hemos tomado una decisión al respecto. La mansión es enorme; ustedes pueden usar el ala que está en desuso y sus dependencias. Contrataremos más personal, y podremos compartir la cena en el comedor principal; ¿estás de acuerdo, madre? —interrumpió la voz del duque desde la puerta.

Todas se volvieron a mirarlo mientras él entraba. Su semblante se veía más calmado, aunque la tensión no se había disipado. Él se acercó a su madre y le depositó un beso cariñoso en la mejilla.

—Oh, hijo. Sí, acepto, muchas gracias; eres muy generoso —dijo su madre emocionada; después de todo, esa había sido su casa por casi treinta años.

—Esta es también tu casa, madre, no me lo agradezcas. Y ahora, Clarissa, ve al estudio. Steven te está esperando —terminó Nick, logrando que ella se sobresaltara y derramara su té sobre Lizzy.

Con el nudo en su estómago que crecía con cada paso, Clarissa se dirigió hacia el estudio de su

hermano. La puerta estaba semiabierta, así que se detuvo junto a ella para tomar coraje y tranquilizar sus pulsaciones enloquecidas. Con los nudillos, llamó a la puerta y de inmediato la voz profunda y melodiosa de Steven le dio permiso para entrar.

El conde se encontraba parado junto a la ventana que daba al jardín. A pesar de su presencia, este no se volvió a mirarla ni emitió palabra alguna. Inquieta, se acercó hasta detenerse a su lado y contemplar la profusión de flores en el jardín.

—Veo que la primavera sigue siendo tu estación predilecta —comentó, para intentar amenizar el momento. Steven no respondió; tampoco aflojó su mandíbula apretada ni se alteró su expresión, sombría y contrariada.

—Te equivocas: era mi estación preferida. Hace mucho que comencé a detestarla, ¿sabes el motivo? —respondió, luego de un momento, mirándola con enojo—. No, no lo sabes, ¿verdad? —continuó Steve, viendo su desconcierto y pegando su rostro al de la joven—. Tú no sabes quién soy en realidad, Clarissa; solo crees saberlo. No me conoces, no tienes ninguna idea de lo que llevo dentro. Si lo hicieras, no te creerías enamorada —siguió diciendo él, acercándose tanto que ella sintió su espalda pegarse al cristal de la ventana.

—Te equivocas: yo s... sé todo sobre ti —respondió temblorosa, tragando saliva. Tenerlo tan próximo la ponía nerviosa, pues era la primera vez que estaban tan juntos a la luz del día. Su rostro estaba tan cerca que veía las pintitas doradas que rodeaban el verde esmeralda del iris de sus ojos.

—¿Sabes?, esto es justo lo que quería evitarte: el sufrimiento. La decepción que sentirás cuando descubras que tu juego para obtener al caballero que crees que soy será tu perdición —dijo el conde, esbozando una sonrisa, que no llegó a sus ojos.

—No entiendo, ¿de qué estás hablando? —respondió ella, tan confundida por sus palabras que no intentó defenderse de su acusación.

Él se la quedó mirando con expresión impenetrable: sus ojos verdes la examinaban con detenimiento, provocando que su corazón se acelerara. Por un segundo, ella fue consciente de que sus cuerpos estaban casi pegados, de que la respiración del conde se alteraba y el aire caía sobre ella. Nerviosa, se mordió el labio inferior, y la mirada del hombre voló hacia su boca. El conde se tensó más aún, y ella retuvo el aliento cuando él levantó la vista, y vio cómo sus ojos se habían oscurecido tanto que parecían negros.

—Siéntese, milady. No tenemos mucho tiempo antes de que su hermano irrumpa nuevamente —le dijo Steven de repente, alejándose de ella y señalándole un sillón. Clarissa lo miró boquiabierta ante el cambio de actitud; ellos siempre se habían tratado informalmente, y jamás había visto al conde tan serio y distante. Además, sus piernas estaban temblorosas todavía, debido al intenso momento que acababan de experimentar.

—Parece que a él no le afecta tu cercanía —le dijo cruelmente su voz interior mientras se dirigía a sentarse.

Cuando ambos estuvieron acomodados uno frente al otro, Steven clavó su vista en ella, que no pudo evitar moverse inquieta en su lugar.

—Bien, creo que lo mejor será ir directo al grano. Primero, debemos llegar al entendimiento y acuerdo de que el enlace entre nosotros es inevitable y necesario —dijo Steven con voz tensa, haciendo una pausa donde ella solo atinó a asentir su conformidad con la cabeza—. Aclarado este punto, su hermano me ha puesto en la obligación de tener que develarle una información que preferiría nunca revelar, pero no tengo opción —siguió diciendo con seriedad, evidenciando cuánto le molestaba tratar el tema—. Hace muchos..., vería..., no sé si recuerda a mis padres —comenzó muy nervioso y dubitativo, viendo cómo ella asentía nuevamente—. Muy bien, ellos se

llamaban Rosaline y Steven. Y creo que sabrá que murieron hace ya diez años en un desafortunado accidente —terminó, bajando la vista a sus manos, intentando ocultar las tumultuosas emociones que le provocaba recordar aquel tema.

—Por supuesto que los recuerdo, aunque era muy pequeña cuando fallecieron. Ellos eran mis padrinos; tu madre era una mujer hermosa, alegre y dulce, y tu padre, apuesto, tranquilo y gentil —respondió, al ver que él apretaba las manos en puños y su semblante empalidecía.

—Lo que no sabe, al igual que casi toda la nobleza, es la verdadera causa de su muerte. Solo sus padres y Nick conocen los pormenores —continuó Steve, levantando la vista. En su mirada se veía dolor y angustia, y algo más que provocó en la joven no solo compasión, sino confusión—. Mi padre no murió en ese carruaje. Él se pegó un tiro en su estudio, luego de haberme dejado una carta donde me confesaba sus motivos para hacerlo —dijo el conde, observando cómo ella soltaba una exclamación horrorizada y se tapaba la boca con ambas manos, conmovida—. La verdad es que mi madre tenía un amante, del cual se enamoró y con el que decidió huir esa fatídica noche. Luego de dejarle una escueta nota, se fugó con ese hombre, que la esperaba en un carruaje de alquiler. Mi padre no se percató de su huida hasta que en la madrugada unos aldeanos aparecieron en la estancia, diciendo que el vehículo donde mi madre viajaba había caído por un barranco, resultando ella y el hombre fallecidos. Mi padre, aturdido y desolado, irrumpió en la habitación de la condesa y allí encontró la nota que confirmaba todo. Por lo que, furioso y destrozado, habiéndose quedado viudo con cuatro hijos, se encerró en su despacho y cuando amanecía se disparó con su arma de caza —terminó Steven con voz y gesto tan tensos que parecía que se rompería en mil pedazos en cualquier momento.

—Lo siento, Steve, yo no... no sabía nada. Lamento tanto no... —dijo pasmada y horrorizada, pero él levantó una mano para silenciarla.

—Cuando arribé a la estancia, hallé a mi padre muerto y encerrado con llave en su despacho. Eso permitió que solo el mayordomo y yo fuésemos testigos de su suicidio. El fiel sirviente que falleció no mucho después, se encargó de desparramar el comentario de que el conde había fallecido junto a su esposa; solo que su cuerpo había salido despedido en el accidente. Así logré salvaguardar el honor de la familia; nadie se atrevió a indagar sobre quién era el otro hombre hallado en el carruaje cuando respondí que era un viejo amigo de mi padre, proveniente de las colonias. Ni siquiera yo quise averiguar su identidad, no quería descubrir algo que me decepcionara más todavía. Además, en la carta mi padre me dejaba todo más que claro.

—Steven, ¿por qué me cuentas todo esto ahora? —lo interrogó Clarissa en un murmullo, cuando él pareció dudar en continuar su historia.

—Porque esa fatídica noche cambió mi vida, mis ideales, mis prioridades: mi visión del mundo para siempre. En esa carta mi padre no solo me contaba lo sucedido, sino que me dejó su última voluntad; me suplicaba que cumpliera su último deseo y yo lo juré, y prometí en su memoria, cumplirlo y vivir acorde a esa promesa —respondió Steven, observándola con el rostro sin expresión; parecía sin vida ni brillo, lo que produjo un escalofrío en ella.

—¿Cuál fue su voluntad? ¿Qué pedía como último deseo? —le preguntó con voz compungida, frotando el vello erizado de sus brazos.

—Mi padre amó a mi madre con locura desde el primer momento en que la vio; el suyo fue un amor de esos que muy pocas veces se ven. Se prendaron uno del otro a primera vista, se casaron un mes después y al poco tiempo nació yo. Lo que siguió fueron veinte años de dicha y felicidad. Hasta que un día mi madre lo traicionó y acabó con todo: con ese amor, con su marido, con su familia y con sus propias vidas. Por eso, antes de morir, mi padre me pidió lo que él consideraba era mi obligación para garantizar el bienestar de mis hermanas, el mío y el de mi apellido, pues yo

soy el último Hamilton que queda con vida —le explicó Steven, sin dejar de mirarla tan sombríamente que por primera vez dudaba si sabía quién era ese hombre que tanto amaba.

—¿Y qué le prometiste, Steven? —exclamó ya desesperada, sin intentar reprimir el temblor que se había apoderado de su cuerpo.

—Yo juré no enamorarme jamás —terminó él con voz sepulcral, y su rotundo comentario pareció rebotar por el lugar, junto con las lágrimas que habían caído por el rostro desolado de Clarissa.

Capítulo 8

Deberás pagar las consecuencias de caer bajo las redes de la atracción, la pasión y el amor...

Capítulo quince del libro Consejos para un romance exitoso

Conocerás que, en el camino del amor, no todo es atracción y romance; además, existe el dolor y la agonía que ocasiona la incertidumbre de la pérdida.

Capítulo dieciséis del libro Consejos para un romance exitoso

Esas pocas palabras que salieron de la boca de Steven fueron suficientes para derrumbar, como un castillo de naipes, su mundo entero. Dos gotas enormes descendieron por las mejillas de la joven, que se encontraba muy aturdida para intentar una reacción. El silencio que había caído sobre ellos era tan ensordecedor que parecía vibrar en sus oídos, mareándola.

El conde la miraba sin expresión, pero a Clarissa le resultaba obvio que solo era una postura. Él solo fingía estar imperturbable, pero los puños cerrados, con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos, lo delataban. Sin poder resistir un momento más la tensión entre ellos, se puso de pie de un salto y caminó hasta la ventana que daba a la calle.

En el exterior todo seguía su rutina con normalidad: un contrapunto muy claro con el caos que ella sentía explotando en su interior. Mientras nuevas lágrimas caían de sus ojos, reemplazando a las anteriores, Steven, que no se había movido, cortó el silencio a su espalda.

—Esto es lo que siempre quise evitarle. Ahora es demasiado tarde, pero creo que es mejor comenzar esto siendo sinceros. Aunque el inicio no haya sido así, no significa que no podamos intentarlo a partir de hoy; por supuesto, puede que a usted le cueste hacerlo —le dijo él con su voz menos tensa y calmada.

—Ahora comprendo por qué reaccionó así la noche del baile de disfraces. ¿Acaso creyó que soy como su madre?: ¿una mentirosa, instigadora y traidora? —lo rebatió Clarissa; su dolor y decepción comenzó a transformarse en enojo y rabia.

—¿Es que acaso no estaba en lo cierto? —respondió Steve, provocándola, luego de arquear sus cejas cuando advirtió cómo ella igualaba el trato formal.

—Pues se equivoca: nunca estuvo en mis planes seducirlo a usted. Fue pura casualidad encontrármelo en Vauxhall Garden. Y nunca le di una falsa identidad ni confirmé sus conjeturas sobre mi esposo —le contestó la joven, secándose las lágrimas con furia y volviéndose a mirarlo con desprecio. Pero su intento de bravuconería fue reemplazado por el grito de sobresalto que soltó al tener, de repente, al conde pegado a ella, mirándola iracundo.

—Tú me dejaste creer deliberadamente que eras otra persona, respondiste a mis avances, y permitiste que intimara contigo siendo consciente que, de saber quién eras, jamás te habría tocado; lo que me recuerda a mi madre, indefectiblemente. Y a eso le llamo ser una descarada, mentirosa y provocadora de hombres —respondió Steven, remarcando con altivez y rechazo cada palabra.

Clarissa, incrédula, contuvo el aliento y, levantando una mano, se la estampó en la mejilla con fuerza, provocando que la cabeza de Steven girara violentamente hacia el costado.

—No permitiré que me insulte, y menos que me siga castigando. Le he pedido perdón, y le he confesado que no fue mi intención engañarlo ni llevar las cosas tan lejos. De verdad me arrepiento de habernos puesto en esta situación, y no estaba en mis planes obligarlo a nada tampoco —le dijo

Clarissa temblando como una hoja, negándose a derrumbarse a sus pies para suplicarle que la amara y olvidara esa promesa estúpida.

—Permítame que dude de su palabra, milady. Puesto que nos encontramos atados irreversiblemente, dígame qué espera obtener de este matrimonio — rebatió Steve, llevándose una mano a la cara, donde tenía sus dedos marcados, y retrocediendo enojado e impaciente.

—Dígame usted, milord: ¿qué está dispuesto a dar? Ya que dejó claro que lo único que necesitaba y anhelaba no piensa ni quiere dispensarlo — respondió ella con voz dura, arqueando una ceja y reprimiendo el llanto, pues ya no quería demostrarle debilidad.

—Ya se lo dije. Me casaré con usted, y seré un esposo correcto, protector y considerado. A mi lado nada le faltará: tendrá cualquier cosa que desee y que esté a mi alcance —le contestó el conde luego de un momento de cavilación; en su cuerpo y en su expresión se notaba que el enojo comenzaba a diluirse.

—Cualquier cosa que desee, claro. —La joven rio sin humor y con un seco sarcasmo—. No prometa lo que no cumplirá, puesto que lo único que deseo es su amor y, aunque está a su alcance, se niega a dármele —terminó con voz cortante.

—No puedo dar lo que no tengo; yo no creo en el amor, Clarissa. No creo que exista, no como lo cuentan los libros por lo menos, y no para mí, en todo caso. No la engañaré: yo no puedo amarla, no conozco ese sentimiento y nunca lo haré —sentenció el conde, clavándole un doloroso puñal con cada palabra.

—Bien, ya dejamos todo claro. Ya que sé qué esperar de usted, le diré qué obtendrá de mí. Cumpliré con mis deberes de esposa, siempre que los requiera, y tendrá mi respeto y lealtad como corresponde. Y desempeñaré mi papel de condesa a la perfección, tanto dentro como fuera de casa —respondió con acritud después de unos segundos, donde enderezó la espalda, levantó la cabeza y estiró su cuello, tratando de salvar su dignidad y de reconstruir su pisoteado corazón. Dicho eso, se separó de la ventana y pasó por al lado del conde, el cual solo atinó a seguir su retirada en estupefacto silencio.

Cuando llegó a la puerta, giró su cabeza hacia él y lo miró con toda la fortaleza y templanza que halló en su interior.

—Y no se preocupe, que no deberá soportar más provocación, ni mucho menos mis descaradas pretensiones de amor. A cambio le pido que no olvide que al final usted no fue el único engañado aquí. Después de todo, terminaré casada con un hombre que no conocía en realidad. Espero considere mi falta y pecado pagados, y no crea necesario que pague con la muerte mi engaño. Sería un castigo desmedido, ya que soy intrigante ante sus ojos, lo cual no me hace igual a su madre —dijo Clarissa, viendo cómo el conde la miraba confundido y desencajado.

—¿De qué habla? Yo no dije que merecía morir ni nada parecido — remarcó Steve frunciendo el ceño.

—No, pero me compara con su madre, y así pagó ella su error, ¿no? Definitivamente todos acabamos pagando nuestros errores; de una u otra forma lo hacemos. Qué bueno que me consuela saber que mi único error fue amarte y que me da paz la seguridad de que, a diferencia de tu madre, que actuó movida por el egoísmo, yo siempre lo hice motivada por el amor —dijo ella con solemnidad y serenidad, mientras Steve abría los ojos y su rostro perdía el poco color que conservaba. Y aunque cualquiera podría considerar eso una victoria, Clarissa lo sintió como la más terrible de las derrotas; por lo que no se quedó a regodearse en el momento, sino que giró sobre sus pies y salió del lugar, dejando atrás no solo a Steven, sino su corazón, sus esperanzas y su fe en el amor.

Cuando ella abandonó el despacho de Nick, el conde se quedó paralizado viendo el lugar por donde ella se había ido. Sus últimas palabras lo habían golpeado mucho más fuerte que su anterior bofetada o que el duro puño de su amigo. No podía creer que nunca se hubiera percatado del hecho de que su madre, culpable o inocente, había pagado su traición con su propia vida, y tampoco había reflexionado acerca de la motivación que había tenido Clarissa para engañarlo como lo había hecho.

La puerta del despacho volvió a abrirse; por un segundo Steve pensó que sería el duque, que vendría a echarlo a patadas, pero solo era el mayordomo, el cual con un gesto lo invitó a seguirlo. Steven fue tras él, y aceptó su capa y su sombrero de mano del fiel sirviente, aunque no le pasó desapercibida la mueca desaprobadora con la que el hombre lo había fulminado.

—Genial, hasta la servidumbre te odia, amigo —le dijo su molesta conciencia. «Bah..., el viejo Smith siempre me detestó, no era nada nuevo», se respondió ofuscado el conde, al tiempo que salía por la puerta y abordaba su carruaje. Por supuesto que nadie de la familia hubiera salido para despedirlo: era un claro mensaje de que no era bien recibido por el duque.

Apesadumbrado, Steve apoyó la cabeza en la ventana de su coche y observó el exterior sin verlo, en realidad. A su mente no dejaba de venir la imagen de los ojos desolados de Clarissa; sus lágrimas habían causado que su propio corazón ardiera de dolor porque, a pesar de la promesa hecha a su padre, del resentimiento que sentía hacia su madre y del cinismo con el que vivía desde entonces, él conservaba un pequeño resquicio en su oscuro interior, todavía intacto: un pequeño lugar al que ella había accedido con su amor, con su inocencia y su candidez, con su alegría y su belleza. Y lo había iluminado con su luz, tentándolo a creer, instándolo a confiar nuevamente y empujándolo con su pasión hacia lo que creía perdido y olvidado.

La sacudida del carruaje al frenar lo hizo salir de sus atormentadores pensamientos. De un salto, se bajó sin esperar que su lacayo le acomodara la escalerilla. Y se encaminó hacia la entrada de su casa. Debía ser cerca del mediodía seguramente, pues muchas personas, sirvientes y trabajadores se apuraban en las calles.

De repente, el grito aterrorizado de su cochero lo alertó; sin perder tiempo se lanzó al suelo justo cuando algo impactaba con fuerza en su hombro derecho, impulsándolo hacia adelante y provocando que cayera al suelo y su cabeza rebotara contra este. De inmediato todo se oscureció a su alrededor, y sintió su cuerpo aflojarse por completo, y perder el control de sus extremidades. Escuchó gritos y percibió unas manos rozarlo, pero no pudo contestar el llamado, pues lentamente sentía que todo pensamiento coherente lo abandonaba. Cuando su conciencia comenzaba a oscurecerse del todo, y su ser decidía terminar de apagarse, solo tres palabras flotaron en su mente: «Clarissa, te amo...».

—¿Puedo pasar? —dijo la voz de su cuñada, mientras golpeaba suavemente la puerta de su alcoba.

—Pasa, Lizzy —le respondió ella mientras se incorporaba en su cama, hasta quedarse sentada y apoyada contra el respaldar.

Elizabeth ingresó al cuarto con su habitual gesto amable en su bonito rostro. Había cambiado sus ropas de viaje por un sencillo pero elegante vestido de día color verde claro.

—¿Por qué no bajaste a almorzar? —le preguntó, sentándose en la punta de su colchón.

—No tengo ánimos para comer. Elizabeth, de verdad lamento haber arruinado tu viaje de novios —le respondió con gesto triste.

—Ohh, Clarissa, no sigas con eso, querida. Ya te dije que igualmente teníamos planeado regresar: yo tenía que ver a mi padre y Nick debe ocuparse de varios asuntos del ducado, antes de

retirarnos al campo por el verano. Olvida eso y dime qué sucedió con Steven; no tienes buen aspecto —le dijo Lizzy haciendo un ademán despreocupado con su mano, y luego mirándola con preocupación.

—¿Mi hermano sigue furioso conmigo? —preguntó con temor y congoja, evadiendo su pregunta deliberadamente.

—Nicholas no está enojado contigo, amiga. Creo que su demostración de ira es solo un intento de camuflar su preocupación. Él te quiere, y se ve en la obligación de protegerte de todos y de todo —respondió su cuñada con cautela y calma.

—Eso espero, porque yo lo quiero, Lizzy, y me duele pensar que esté decepcionado o molesto conmigo —siguió ella, cabizbaja, mirando sus manos.

—No te preocupes por eso, ya se le pasará. Lo conoces mejor; solo es un impulsivo, pero después reflexiona. Eso sí: no creas que no me di cuenta de que intentas desviar mi atención —le dijo, sonriéndole pícaro.

—Está bien, ¿qué quieres saber? —le preguntó rendida ante su curiosidad, pues Elizabeth tenía un carácter tenaz e incansable y era igual o más terca que su hermano.

—Ya sabes que no puedo con mi genio, yo se lo achaco a ser mitad francesa, así que cuéntame: ¿arreglaste las cosas con el conde? —inquirió precipitada y risueña.

—Es difícil de explicar. Si dejas de lado los sentimientos y el corazón, debería estar exultante de felicidad, pues acordamos los términos de nuestro matrimonio; y si yo fuese una señorita inglesa típica, estaría feliz por tener un futuro soñado, un prometido rico y noble, un conde de apellido honorable, y un matrimonio cordial y respetable —respondió Clarissa, soltando un suspiro acongojado.

—Pero evidentemente no eres una típica señorita de familia noble inglesa, y no es eso lo que quieres, ¿no? —lo interrogó su cuñada, mirándola con comprensión y empatía.

—Eso ya no importa, Lizzy. Lo que yo desee o quiera no interesa, puesto que el conde ya me dejó más que claro su opinión al respecto y lo que puedo esperar y obtener de nuestra unión —contestó ella abatida, encogiéndose de hombros, resignada.

Su cuñada la miró en silencio unos segundos, luego se acercó hasta ella y, de improviso, la envolvió en un cariñoso abrazo. Ella se puso un poco tensa ante su impulso, ya que no estaba acostumbrada a las muestras físicas de afecto. Pero de a poco pudo relajarse, la fragancia suave de Lizzy la calmó y, sin saber por qué, una lágrima brotó de su ojo. No entendía qué sucedía con ella, pero obviamente estaba muy sensible y ese abrazo tocaba una fibra en su interior, allí donde su soledad estaba necesitada de cariño y consuelo.

—Clarissa, puede que me creas una terrible entrometida, pero no puedo reprimir mi deseo de decirte algo —habló la duquesa, separándose un poco de ella, sin alejarse, mirándola fijamente.

—Dime, todavía recuerdo cuando te tocó estar a ti en una cama y a mí hacer el papel de cuñada entrometida —respondió ella, secando sus lágrimas y sonriendo un poco, contagiada por la carcajada de su cuñada.

—Sí, también lo recuerdo. Y sabes, me siento obligada a devolverte el favor. Primero debo hacerte una pregunta y espero la respondas con franqueza: ¿si no quieres un matrimonio convencional, qué es lo que quieres? —preguntó Lizzy, mirándola con esos impresionantes ojos púrpuras.

—Yo... yo quiero...; no, deseo una unión por amor. Anhele que mi matrimonio sea como el tuyo con mi hermano. Sueño con un esposo al que le brillen los ojos cuando me vea entrar a una habitación, que sonría al escuchar cualquier tontería que diga, que desespere si algo amenaza mi vida y que me mire como si fuera la mujer más hermosa y deseable del mundo. No quiero un

matrimonio exitoso a los ojos de esta sociedad hastiada y fría; deseo tener complicidad, compañerismo, fidelidad, pasión y, sobre todo, amor —contestó luego de un segundo dubitativo, sintiendo sus mejillas arder por la vergüenza de estar poniendo, por primera vez, sus sueños más íntimos en palabras.

—Y por lo que he observado, no quieres todo eso con cualquier hombre, solo con Steven Hamilton, ¿o me equivoco? —dijo Lizzy, mirándola reflexivamente.

—Sí, solo con él podría cumplir ese sueño, pero es imposible: me ha confesado que no cree en el amor, y fue muy sincero en su deseo de concertar una unión en términos de un acuerdo convencional. Steven no me quiere, solo se quiere casar conmigo por su sentido del deber y la responsabilidad y porque es lo único que puede hacer para evitar mi ruina social. Eso, sin contar que lo hace obligado por las circunstancias a las que yo lo empujé, seduciéndolo sin su consentimiento —respondió, sintiendo otra vez una fuerte opresión en su pecho.

—Yo no estaría tan segura de eso último. No es que posea mucha experiencia en el tema ni tampoco conozca en profundidad al conde; sin embargo, por lo que he vislumbrado en él, no es un hombre al que se pueda coaccionar u obligar a nada. Creo que si accedió a intimar contigo y, además, pedirte como esposa, es porque lo desea y quiere hacerlo. Y eso nos lleva a la pregunta más importante y trascendental: ¿tú amas a Steven? —dijo la duquesa con seguridad y curiosidad al final.

—Sí, lo amo con cada fibra de mi ser. Mi corazón le pertenece desde que tengo memoria: amé a Steve con seis, diez y trece años, y a mis dieciocho lo amo más que a mí misma —respondió, sintiendo sus ojos inundarse nuevamente.

—Entonces, lucha por él, Clarissa. Dale batalla a su desamor. Si esperaste tanto tiempo, no puedes rendirte ahora; no claudiques sin pelear con todas las armas que el amor te dará. Si lo amas, debes intentarlo, porque un sentimiento tan fuerte y poderoso como el que sientes por el conde no merece menos que todo lo que puedas dar por ese amor —dijo fervorosa Lizzy, apretando con cariño sus manos con las suyas.

Ella sólo atinó a observarla de hito en hito, sacudida y movilizada ante las palabras de su cuñada. Al escucharlas algo había impactado en su interior, derribando el muro de precaución, temor y resignación que su corazón había erigido para protegerse del dolor y rechazo. Pero antes de poder contestar, la puerta del dormitorio se abrió de golpe, sobresaltando a ambas, que se giraron hacia ella para ver a su hermano ingresar con prisa.

—Clarissa, levántate, debes acompañarme de inmediato —le dijo con voz tensa y con el rostro tan pálido que parecía que se desmayaría.

Al segundo, ambas estuvieron de pie. Mientras ella se calzaba con rapidez, miró a Nick, que pasaba las manos por su pelo con nerviosismo.

—¿Qué está sucediendo?, ¿le pasó algo a Andrew? —lo interrogó ella angustiada, siguiéndolo por el pasillo, tratando de seguir su ritmo acelerado escaleras abajo—. ¿Adónde vamos? Dime algo, me estás asustando. ¡Nick, responde! —le dijo desesperada, alcanzándolo y tirando de su brazo para detenerlo junto a la puerta.

—Nuestro hermano sigue en América, y está bien. No es eso. Mira, Clarissa, te lo iba decir cuando lo viera y me informara bien de la situación...

—empezó a decirle con cuidado, y en sus ojos se veía preocupación y alarma. —Dímelo ahora: ¿qué está pasando?, ¿a quién quieres ver? No entiendo nada; por favor, ya dilo —inquirió desquiciándose por momentos, más aún cuando vio el rostro de su cuñada transformarse y el de su madre susurrarle. —Está bien. Hace unos momentos vino un lacayo de Hamilton. Y bueno..., al

parecer hubo un desafortunado incidente en su domicilio —le respondió su hermano tembloroso y vacilante.

—¡Oh, Dios, no! ¿Le sucedió algo a Steven? Dime que él está bien, Nick —lo interrumpió agitada y agónica, presintiendo en su interior que algo muy malo le había sucedido al conde, pero negándose a asumirlo y aferrándose a la esperanza.

—Todavía no sé con certeza..., pero le dispararon. Sucedió en la entrada de su casa. Steven fue alcanzado por una bala y cayó por las escaleras, inconsciente —dijo finalmente Nick; sus ojos, tan azules como los suyos, rebosaban de dolor.

—Pero si fue en el hombro, está bien, ¿no? ¿No es cierto?: ¿está descansando para reponerse, no? —lo interrogó ella fuera de sí, tanto que estaba gritando y aferrándose al brazo de su hermano, sin percatarse de la fuerza que su incertidumbre le daba.

—No, hermana. Steven no ha despertado; ahora está siendo atendido por un médico. Pero nos han mandado a llamar, porque... Lo siento tanto... Él... él está agonizando; Steven está muriendo —contestó el duque con voz sombría y oscura. Y al escuchar esas tres palabras finales, cayó en un pozo de absoluta desolación y agonizante dolor.

Capítulo 9

Comprenderás que el camino hacia el romance y el amor verdadero a veces puede ocultarse a los ojos de quien no quiere ver...

Capítulo diecisiete del libro Consejos para un romance exitoso

La noche cayó sobre el gris cielo de Londres, trayendo una fuerte y profusa llovizna con ella, mientras Clarissa, Elizabeth y la duquesa viuda se encontraban en la biblioteca de la mansión Hamilton, esperando noticias sobre el estado de salud del conde. El duque, ni bien llegaron, había subido directo a los aposentos de Steven y, desde entonces, no había vuelto a bajar.

—¡Por Dios!, ya no soporto más la incertidumbre. ¿Por qué no baja Nick? —exclamó de repente Clarissa, con desesperación.

—Hija, intenta ser paciente; el médico no debe haber terminado de atender al conde —le dijo Honoria calmándola, viendo el ir y venir nervioso de la joven delante de la chimenea.

—Lo estás haciendo bien; yo estaría fuera de sí en tu lugar. Ya verás que esto pasará rápido y estarás con tu conde —siguió diciendo Elizabeth, alentadora, acercándole un vaso de clarete, pues era evidente que necesitaba algo más que el habitual té.

—No resisto la tensión; si mi hermano no desciende, pronto subiré allí y nadie podrá impedírmelo —sentenció Clarissa, bebiendo el vaso de un trago y pidiendo otro inmediatamente.

—Tú no subirás, jovencita. Solo entorpecerías el trabajo del doctor y, además, no es correcto —le advirtió su madre con autoridad.

—Cuñada, piensa que si mi esposo no ha bajado todavía, es porque su amigo sigue con nosotros; solo debemos esperar un poco más. —Lizzy se apresuró a intervenir, cuando vio el familiar gesto de obstinación en el rostro de su cuñada, que apretaba los dientes dispuesta a discutir con su madre. Mas las voces masculinas en el vestíbulo interrumpieron la réplica de la joven, que se precipitó hacia ellas, desesperada.

—¡Nick! ¿Qué sucedió?, ¿cómo está Steven? —lo interrogó frenética, conteniendo el llanto a duras penas.

—El paciente continúa inconsciente, milady. El conde recibió un impacto de bala en su hombro derecho, muy cerca del cuello. Ha perdido demasiada sangre, debido a la herida. Lamentablemente, no fue posible extraerle el proyectil; no pude ubicarlo y debí cerrar la herida para detener la hemorragia —respondió el médico ante el silencio y la palidez del duque, que solo atinó a sostener a su hermana.

—Per... pero él se repondrá, ¿no es cierto? Es decir, despertará pronto... —Clarissa habló temblorosa y aturdida

—Lo siento, pero no puedo asegurar que despertará. Lord Hamilton está muy débil y, además, sufrió varias contusiones cuando cayó por las escaleras, luego del impacto. La más grave es la que recibió en la cabeza: le produjo un gran corte que necesitó de puntos, y su cráneo está inflamado —explicó el hombre, mirándola con compasión.

—¿Quiere decir que quizás nunca despierte? ¿Y no hará nada por él?: ¿se irá? —lo increpó ella, fuera de sí, negándose a aceptar ese horrible diagnóstico.

—He terminado mi trabajo aquí, milady. Ahora solo queda rezar por su recuperación: el conde está en las manos de Dios. Lo que podía hacer como médico, créame, lo hice. Lo siento mucho —

respondió con amabilidad el canoso hombre, con sus ojos marrones rebosantes de pena.

—Lo acompañaré a la puerta, doctor —intervino la duquesa viuda, guiando al hombre hacia la salida.

—Volveré mañana a ver cómo sigue el paciente. Cabe esperar que la bala no dañe nada en su interior, que el conde se reponga de la pérdida de sangre y sus heridas no se infecten. Puede que, cuando su cabeza se desinflame, él despierte. Buenas noches, señoras, su excelencia —terminó el médico, despidiéndose y retirándose a continuación.

Clarissa, conmocionada y devastada, oyó lo que decía. Sin poder evitarlo, se tambaleó contra el cuerpo tensionado del duque.

—Nick..., por... por favor, déjame subir, tengo... necesito verlo, por favor, te lo suplico —dijo con el rostro anegado en lágrimas, volviéndose a mirar el gesto sombrío de su hermano.

—Pero hija, es de noche y no está bien que una joven soltera esté en el cuarto de un hom... —interrumpió su madre, pero la mano que había alzado Nick detuvo sus protestas.

—Es su prometido, madre. Ve, Clarissa, pero solo unos minutos; luego deberás ir a casa. Yo me quedaré a cuidarlo, no te preocupes. Es la puerta al final del pasillo —dijo Nick, secando sus lágrimas, que eran reemplazadas por nuevas gotas.

Con su autorización, corrió escaleras arriba, ansiosa por llegar hasta el conde. Cuando abrió la puerta de su alcoba, la visión que la aguardaba por poco le hacía caer de rodillas. Se apresuró hacia la cama y, dejándose caer en la alfombra azul, tomó la mano del conde y la apretó entre las suyas, llorando.

Steven se encontraba recostado sobre su lado izquierdo: tenía el torso desnudo y unas sábanas de seda azul le cubrían su desnudez. Su hombro derecho y su espalda estaban vendados, al igual que su cabeza, a la que habían adherido una cataplasma para la inflamación. Permanecía inmóvil, con su rostro tan pálido como una estatua. Pero su pecho subía y bajaba cada vez que tomaba aire con evidente dificultad.

—Ohh, mi amor... Steven, mira lo que te hicieron —le dijo la joven con voz llorosa, besando su mano derecha.

Poniéndose de rodillas, acarició con cuidado su cara y, sin importarle que alguien la descubriera, se acercó y apoyó su cabeza en el pecho del conde.

Sus lágrimas de agonía y dolor mojaban las vendas y la piel de Steven, mientras le hablaba en susurros cariñosos y acariciaba sus rasgos agrietados y dormidos.

Los minutos se convirtieron en una hora en la que la joven no se movió de su postura, junto al corazón del conde. Y así la encontró su hermano, cuando subió en su busca.

—Clarissa, ya es hora. Madre te espera para volver a casa; sé que quieres quedarte, pero no es posible. Vete ahora y mañana podrás regresar y acompañarlo un tiempo —le dijo el duque, desde la puerta, en un susurro.

Clarissa se apretó más al conde, temblando con violencia. De repente, temía que, si ella se iba, Steven empeoraría o hasta moriría en su ausencia. Su corazón estaba desgarrado por tener que separarse de él y dejarlo en su estado.

—Mi amor, te amo tanto... Sé que me estas escuchando. Por favor, no me dejes, te necesito para seguir viviendo. No te vayas, te amo, Steven. Despierta, vuelve a mí —le dijo ella, rozando su oído y luego acercó la boca a sus labios, que estaban fríos, y depositó en un beso todo el amor de su alma y el dolor de su corazón.

A la mañana siguiente, bajó del carruaje con prisas; no había podido pegar ojo en toda la noche, por lo que, con las primeras luces del alba, se había levantado y partido hacia la mansión

del conde, sin esperar a su madre ni a su cuñada.

El mayordomo de Steve le abrió la puerta antes que llamara. En su semblante decaído y grave se podía leer que la salud de su amo no había mejorado. Tras dejarle su capa, fue guiada hacia la biblioteca, donde se sorprendió al ver a dos jovencitas tomando un desayuno improvisado. Ellas, al verla ingresar por la puerta, depositaron sus tazas y se apresuraron hacia Clarissa envolviéndola en un apretado abrazo de bienvenida.

—¡Lady Clarissa! —exclamaron ambas, dejando ver su aprensión y congoja.

—Rose, Violet... ¡Qué sorpresa!, casi no las reconozco. —Las saludó, separándose para mirarlas; hacía un par de años que no las veía. Y claramente, a sus dieciséis años se habían convertido en dos hermosas flores, que seguían conservando su total similitud; pues eran gemelas idénticas. Ambas compartían la misma altura y complexión esbelta y delgada; tenían cabello rubio trigo y ojos verdes dorados y rasgos iguales en su bellos rostro—. ¿Cómo se encuentra Steven? —las interrogó presurosa, rogando en silencio.

—Ohh, mi hermano no ha mostrado ninguna mejoría —respondió Rose, abatida, Rose, la cual era la gemela más tranquila y afable.

—Aunque solo lo hemos visto un momento, pues Daisy nos echó del cuarto diciendo que molestábamos allí —dijo airadamente Violet, con su acostumbrado tono impaciente.

—Creo que subiré a verlo, queridas —les contestó, apesadumbrada, viendo cómo sus ojos se abrían con sorpresa, pues de seguro no había llegado hasta su residencia de campo la noticia del escándalo y su posterior compromiso con Steve.

La puerta de la habitación del conde estaba entreabierta, y por ella se colaba la luz matinal, que seguramente provenía de las cortinas corridas del cuarto.

El conde continuaba en la misma posición en la que lo había visto ayer, pero alumbrado por el día; sus heridas parecían más graves y su semblante, pálido y ojeroso, le produjo un nudo en su interior. Junto a la cama, en una silla, había una figura femenina dormida; su rostro, oculto entre sus brazos, que sostenían la mano de Steven. Aun así era obvio que se trataba de Daisy, la hermana del medio del conde, puesto que su abundante y peculiar cabello castaño rojizo la hacía reconocible entre muchas.

Despacio, Clarissa caminó hacia la cama, y posó con delicadeza la mano sobre el hombro pequeño de la joven. De inmediato, ella se sobresaltó y se enderezó en su lugar, mirando a su hermano y, tras suspirar aliviada, se volvió hacia ella.

—Oh..., lady Clarissa, es usted —le dijo con su rara voz, algo ronca, y con sus grandes lentes, que caían por su pequeña nariz. A decir verdad, la joven, a primera vista, distaba mucho de la hermosa apariencia de sus hermanas, ya que no compartía sus rasgos perfectos ni su esbeltez; más bien, todo lo contrario: podría considerarse regordeta y poco elegante. Pero no podía negarse la belleza de sus ojos dorados, aunque quedaran deslucidos tras esos enormes anteojos.

—Buenos días, lady Daisy, ¿mi hermano se retiró? —le preguntó cuando ella se levantó, y le cedió su lugar junto al conde.

—Sí, milady. Nosotras llegamos cuando todavía no aclaraba el día. Su hermano nos puso al tanto de la situación y después partió a descansar un poco; dijo que en unas horas regresaría con usted —respondió con timidez la joven, a la que recordaba muy retraída y siempre leyendo un libro diferente. Al parecer, a sus dieciocho años no había podido superar su introversión.

—Bien, seguro se ofuscará cuando se entere de que vine sola, y sin su consentimiento —contestó Clarissa, decaída, mirando al conde y reprimiendo sus ganas de besarlo y soltar las lágrimas que le causaba ver su apuesto rostro inmóvil y ceniciento.

Enviando a la hermana a recomponerse del viaje, se instaló junto a Steven. Unas horas después, el conde comenzó a balbucear y a removerse inquieto. De un salto, se aproximó a él creyendo que despertaría, pero, cuando rozó su rostro llamándolo, se percató de que ardía de temperatura.

Cuando su hermano llegó, la encontró poniendo trapos húmedos sobre su frente y su pecho vendados. Desesperada y angustiada al ver que la fiebre no hacía sino incrementarse, Clarissa se mantuvo a su lado, negándose ante la insistencia del duque de que descansara y se alimentara. Nicholas la acompañó hasta que el magistrado llegara a la casa, por lo que tuvo que reunirse con él y aclarar el asunto del disparo.

Al mediodía hizo presencia el médico, el cual despachó a todos del cuarto para ocuparse de cambiar las vendas y el cataplasma que cubrían el cuerpo del conde.

Al salir, les informó que las heridas no se habían infectado, pero estaban algo rojizas, lo que podría ser la razón de la fiebre de Stev. También les dijo que la inflamación estaba cediendo lentamente y que el paciente se encontraba estable, lo que les permitía conservar la esperanza de que el conde despertara finalmente. Aunque en el caso de que ese milagro ocurriese, había que esperar que la bala, todavía alojada en su interior, y los golpes recibidos al caer no dejaran algún daño permanente en el conde.

Esto último logró que las lágrimas que valientemente estaba reteniendo cayeran como un río desbordando sus ojos. Las gemelas también lloraban abrazadas, y estaban siendo consoladas por su hermana mayor, a la que le temblaba el labio inferior.

El día transcurrió con todos ellos turnándose en el cuidado del conde, pero con la constante presencia de Clarissa junto a Steven, pues ella no quiso separarse del joven y Nicholas, viéndola tan abatida, no pudo negarle la petición.

Al caer la tarde, los hermanos Bladeston seguían en la habitación con el conde. Nicholas, sentado en un diván ubicado debajo de la ventana del cuarto, se había quedado dormido y Clarissa, junto a la cama, contemplaba a Steven, decaída. La fiebre había desaparecido, al igual que la hinchazón de su cráneo. Sin embargo, el conde seguía sin despertar, y no se había movido nuevamente. Ella trataba de ser fuerte, pero la desesperación se había apoderado de ella, y en su boca se repetía una y otra vez el mismo ruego:

—Señor Jesús, tú, que eres todopoderoso, no permitas que Steven muera; te pido que lo traigas de regreso. Creo en ti, Dios, y en tu poder. Sánalo, Señor, por favor —rogaba mientras besaba las manos del conde.

De pronto, sintió que Steven le devolvía el apretón, y todo su ser saltó de alegría. De inmediato se paró y se inclinó sobre él que, diciendo su nombre dubitativo, intentaba incorporarse.

—¡Steven, mi amor! ¡Despertaste! No te muevas, llamaremos al médico — dijo la joven, dichosa y aliviada.

—¿Clarissa?... ¿eres tú? —dijo él, con voz agrietada y ronca.

—Sí, querido..., soy yo... ¿Estás bien? —le preguntó ella dudosa, al ver que los ojos de Steve recorrían la habitación, iluminada por el atardecer y por muchas velas, sin llegar a posarse en ella.

—No. ¿Por qué está todo oscuro? Haz que prendan las velas, por favor — le respondió ansioso el conde.

—Pero, Steven, están... prendidas — musito dudosa y preocupada.

—¿¡Qué!? No... ¡no puede ser! ¡No veo! ¡No te veo, Clarissa! —gritó alarmado Steven, refregándose los ojos, angustiado.

Capítulo 10

Y si entendiésemos todos los misterios y toda ciencia, y si tuviésemos toda la fe, de tal manera que trasladásemos los montes, y no tengo amor, nada soy.

1 Corintios 13:2

El alivio demoledor que Clarissa sintió cuando por fin, tras casi dos días, Steven abrió esos hermosos ojos, fue rápidamente reemplazado por el dolor lacerante que le produjo haber sido testigo de su terrible sufrimiento.

Luego de aquellas funestas palabras, tanto ella como Nicholas, quien despertó al oír el bramido desesperado del conde, solo pudieron permanecer a su lado, impotentes y frustrados, tratando de contenerle.

Él se había vuelto completamente loco al percatarse de que estaba ciego. Alterado, fuera de sí y conmocionado, intentó ponerse de pie, a pesar de los ruegos de Clarissa para que se quedara en la cama.

Steven, desencajado, la hizo a un lado, avanzando a trompos, para solo caer de bruces al suelo, gritando su frustración. Y luego de unos momentos en donde ella se reprimía para no lanzarse a sus brazos, él, con su rostro blanco y endurecido, les ordenó que se fueran.

—¡No me toques! ¡Fuera!, ¡váyanse! ¡No quiero ver...! Por favor, quiero estar solo —dijo bramando, terminando sus palabras en un suave susurro, tan impregnado de desolación y angustia, que logró que el corazón golpeado de Clarissa se resquebrajara aún más.

Acongojada, retrocedió, alejándose de él y apretando sus brazos contra su cuerpo, obligándose a respetar su deseo de distancia.

Su hermano le puso una mano en su hombro, y le dio un suave apretón, instándola a moverse; por lo que, a duras penas, le ordenó a sus pies ponerse en movimiento, y abandonó la habitación.

Al salir, se derrumbó en el suelo del pasillo, totalmente abatida, y dejó que las lágrimas que había intentado contener fluyeran libremente, sintiendo su pecho cerrarse debido al dolor que sentía en su corazón, que lo oprimía cada vez que sus pulmones aspiraban en busca de aire. La imagen del conde destrozado, derrotado y perdido la desgarraba.

El duque salió del cuarto y, al verla desparramada y caída, la levantó y abrazó fuertemente contra su pecho. Clarissa se refugió allí, y se asió de él como si fuese un náufrago a la deriva y su hermano, su barco salvador. Mientras las lágrimas mojaban su camisa y su saco, y Nick le acariciaba el pelo tranquilizándola, tal como solía hacerlo cuando era pequeña, poco a poco su llanto cesó y los temblores desaparecieron.

Sin soltarlo, suspiró y recordó las tantas veces en las que Nick la había consolado. Y aunque ya no era esa niña, todavía se sentía así en sus brazos: protegida y querida. El duque se separó un poco de ella, pero mantuvo el agarre sobre sus hombros.

—Lo siento, Clarissa; siento la forma en la que reaccioné y en la que llevé este asunto —le dijo él, secando el rostro de la joven, mirándola con sus ojos azules llenos de arrepentimiento y tristeza.

—Nick, no es nece... —comenzó a decir ella conmovida, pero el duque se lo impidió, poniendo un dedo sobre sus labios.

—No, sí lo es. Por favor, perdóname; en mi afán de protegerte, no me detuve a ver lo que en

realidad sucedía. No me percaté de que esto no era un acto arrebatado e inmaduro, sino que mi niña, mi pequeña, había crecido y con ella, su corazón; un corazón que sabe lo que quiere, que ama con intensidad y devoción, y que ya escogió al destinatario de ese amor, y yo... ¡Ay, Dios...! Yo respetaré eso. Si este amor te trae dicha, estaré allí para compartir tu alegría y si, por el contrario, te acarrea desdicha, siempre tendrás mis brazos para consolar tu dolor, porque eres mi princesa, mi única hermanita, y no podrás deshacerte de mí mientras respire. —Terminó con voz tierna y solemne, dando paso primero a lágrimas emocionadas y, al final, a una pequeña sonrisa compungida.

—Oh, Nick, m... me has dejado muda. Te quiero, hermano mayor, gruñón y noble —le respondió Clarissa volviéndolo a abrazar.

La llegada del médico interrumpió el momento y, después de haber recibido las novedades, este ingresó para revisar al paciente.

Al final, nada pudo tranquilizar el nerviosismo del conde, por lo que el doctor le suministró una pequeña dosis de láudano. Esto logró que Steven cayera por fin en un sueño profundo, y así no siguiera poniendo en riesgo la costura de sus heridas.

La brisa soplaba como una caricia suave aquella mañana soleada, en la que él acompañaba, como todos los días, a su amigo en el desayuno. El verano había llegado y cada joven de Eton abandonaba el colegio, para pasar la temporada veraniega en sus residencias de campo. La mansión de los duques de Stanton colindaba con la de su padre, el conde Baltimore, por lo que, muy a menudo, se lo podía ver pululando por Sweet Manor.

Un grito enfurecido, tremendamente agudo, hizo que tanto Steve como Nick levantaran la mirada alarmados, mirando hacia la casa. Seguidamente se oyó una carcajada infantil y, por un lateral de la terraza, apareció Andy, el hermano del medio de Nicholas, riendo travieso, corriendo y espiando sobre su hombro continuamente. Meneando la cabeza, Steven volvió a concentrarse en su comida, pero el carraspeo incómodo que había su amigo marqués le hizo levantar la vista y mirarlo.

Nicholas, que estaba sentado de cara a la casa, había abierto los ojos con gesto de incredulidad y asombro. Curioso, Steve giró en su silla y lo que vio lo dejó estupefacto. Detrás de Andrew, que corría hacia ellos, se aproximaba, persiguiendo a su hermano, la niña Clarissa; pero esto no era lo que había llamado su atención, sino el atuendo que la hermana pequeña de Nick llevaba puesto. Sin poder evitarlo, Steven esbozó una sonrisa enorme, divertido por las ocurrencias que siempre tenía la dulce niña.

Pronto el joven de doce años alcanzó la mesa donde estaban y se refugió tras su hermano mayor. Entonces, Clarissa pareció percatarse de su presencia y, de inmediato, se detuvo y llevó las manos a su cabeza, peinándose delicadamente, intentando acomodar sus mechones rubios revueltos.

Las mejillas de la niña se tiñeron de un encantador tono rosa, y sus ojitos azules brillantes miraron alternativamente a sus hermanos. Al menor, con furia; al mayor, con inquietud y, finalmente, esos zafiros se clavaron en él con admiración y embeleso evidentes.

—Clarissa, ¡pero qué rayos! ¿Por qué estás vestida de esa manera? —le espetó Nick incrédulo.

—Clarissa es una boba, cree que por vestirse así lord Hamilton se cas... —intervino Andy carcajeándose; pero, tan rápido como un rayo, la niña se lanzó hacia adelante y lo calló poniendo una pequeña mano sobre su boca.

—Noo, cállate, Andy, no digas eso —le suplicó avergonzada, fulminando a su hermano con la vista, evitando mirar hacia Stev.

—A ver, ya basta. Andrew, déjala hablar y no intervengas —le ordenó el hermano mayor, fingiendo severidad.

—Yo... yo..., es decir..., mmm..., no sé —respondió la niña con obvia timidez y vacilación, mirando al suelo. Steven observó el vestido blanco enorme en el que ella se hallaba embutida, y la visión le provocó una gran ternura, en extremo, nada habitual en él.

— Buenos días, lady Clarissa, déjeme decirle que se ve usted muy bella — saludó Stev con una sonrisa pícara, levantándose y saludándola como un caballero galante.

—Ooh..., muchas gracias, milord. Qué bueno que le agrade, usted también se ve muy apuesto con ese saco y ese pañuelo verde —dijo la niña con candidez, dejando a un lado la vergüenza y ejecutando una perfecta reverencia, que se vio arruinada cuando se pisó el bajo del vestido, que arrastraba.

Nicholas, que se había atragantado al oír la respuesta descarada de su hermana, se apresuró a sostenerla y evitó que diera con la cara en el piso.

—Milord Steven, ¿podría conversar un momento con usted? —siguió diciendo ella, con esa manera tan madura e ingenua a la vez.

—¿¡Qué!? Clarissa, ya está bien. Ve a jugar con and... —la cortó su amigo, molesto y alterado.

—Déjala, Nick, no me molesta —lo interrumpió Steve divertido, meneando la cabeza al ver el rostro de Nicholas, que parecía un hermano celoso. ¡Lo que le esperaba a esta niña cuando creciera!

—Bueno, se lo diré aquí, entonces. Verá..., mi padre me ha autorizado a elegir al caballero que quiero como esposo. Por eso estoy vestida así: este es mi atuendo de novia, y decidí que la ceremonia podría celebrarse hoy —siguió la niña muy sonriente, fijando esos ojos azules en él, expectantes y decididos.

—Pues... yo... me parece que no llevo a entenderla completamente — respondió confundido ante su comentario, mirando a su amigo, que tenía una mueca de incredulidad en la cara, y al menor, que alzaba una ceja con burla.

—Milord, creí que, por ser usted mayor, entendería más ágilmente —objetó ella pesarosa, pero no tardó en reponerse y, acercándose un poco más, clavó con dificultad una rodilla en el suelo y elevó la cabeza hacia él, que solo atinó a mirarla aturdido—. Lord Steven Hamilton, vizconde de Van y futuro conde de Baltimore, tiene ante usted una dama que solo vive para amarlo y hoy quiere saber si acepta usted comprometerse en matrimonio.

—Ehh... yo... —atinó a decir, patidifuso, el vizconde, sintiendo sus mejillas ruborizarse por primera vez en su vida, mientras ella se volteaba un poco y arrebatava un objeto de la mano de Andy.

—Acepta este anillo como prueba de mi amor y devoción —continuó, tomando la gran mano de Steven, que seguía sin reaccionar, y deslizando una pequeña argolla de niña en su dedo meñique. Atónito y paralizado, Steven miró la joya y, luego, su carita angelical. Y aunque a cualquiera le pareciera una locura, por su pecho se extendió un agradable calor; sin poder refrenarlo, sintió su corazón saltarse un latido, conmovido por la inocencia, dulzura y belleza de esa criatura, la cual, manteniendo su mano en la suya, esperaba su respuesta sonriendo, confiadamente, solo a él, ajena a todo.

—Yo... acepto, dulce Rissa —le contestó, depositando un inocente beso en su mejilla, que brilló más que el sol cuando le llamó por ese tierno apodo, que provenía de su nombre y era un secreto solo de ellos.

Una dulce voz susurrando en su oído lo despertó de ese añorado sueño. Cuando abrió

lentamente sus ojos, nada había cambiado: la oscuridad absoluta seguía ahí. Sin embargo, la angustiada desesperación que lo consumía desde que se sabía ciego ya no le quemaba con esa intensidad destructora, pues, aunque sus ojos no veían nada, en sus pupilas permanecía la imagen de la niña en sus sueños. Su preciosa sonrisa y sus subyugantes zafiros lo acompañaban llenándolo de esperanza y alegría, al igual que ese embriagador aroma a jazmín, que en ese momento también lo envolvía, trayendo paz a su alma y a su cuerpo.

—Steven, despertaste. No te muevas y no te preocupes, que ahora saldré como me lo pediste; el médico no tard... —le dijo ella con cariño, separándose con rapidez, haciéndolo sentir vacío y perdido sin su calor.

—Shh..., no, espera. Quédate, yo... —la interrumpió el conde, vacilante, con la voz ronca por el sueño.

—Pero... no entiendo, ayer tu m... —comenzó a decir Clarissa con evidente nerviosismo y temblor.

—Olvida eso. No te vayas, yo te necesito, dulce Rissa —rebatió Steven en un murmullo adormilado, apretando su pequeña mano que, como si siguiese evocando ese recuerdo recurrente en sus sueños, todavía sostenía y ya no quería soltar jamás.

Inauditamente feliz con ese último pensamiento, sintió que Morfeo caía súbitamente sobre él.

Capítulo 11

El amor es sufrido...

1 Corintios 13:4.

Dos semanas después...

Steven se encontraba en esa prisión, en la que lo habían mantenido desde que había vuelto de la inconsciencia. No soportaba seguir en esa cama un segundo más, pero escapar no era una opción; pues, a falta de una, tenía cuatro carceleras infranqueables y determinadas a cuidarlo.

La oscuridad seguía velando sus ojos, aunque ya no era absoluta. Una semana antes despertó cansado y fatigado, como sucedía últimamente, pero, al abrir los párpados, una luz se coló entre ellos. A partir de ahí ya no estuvo en penumbra, pues durante el día esa claridad iluminaba sus ojos. Desde entonces temía guardar la esperanza de volver a ver, puesto que, con la caída del sol, volvía a sumergirse en la negrura y con ella regresaba la desesperación.

Las heridas de su cuerpo estaban casi curadas, pero las de su corazón y su alma seguían sangrando. Estando en cama, había dispuesto de mucho tiempo para reflexionar y entender cuán injusto había sido su comportamiento para con Clarissa.

Clarissa, su dulce pequeña, le había dado una verdadera lección de amor, pues, a pesar de todo su maltrato, crueldad y desamor, seguía allí, junto a él. Podría ser irónico, pero vivir en la oscuridad había logrado que se abriera a la luz de su interior. Su ceguera le había permitido ver cuán ciego había estado todo aquel tiempo. Ciego ante la belleza auténtica. Ciego ante la inocencia única. Ciego ante la generosidad desinteresada. Ciego ante la sinceridad extraordinaria. Ciego ante la confianza desmedida. Ciego ante el amor incondicional. Ciego ante Clarissa. Cegado por el dolor, el resentimiento y la amargura, fue incapaz de mirarla, de ver a esa persona que se había convertido en la esencia del amor real y verdadero para él.

Su ceguera le había traído la luz, un brillo único y maravilloso que iluminó su oscuridad, rompiendo algo en su interior. Y aunque sus ojos no se lo permitían, su alma veía a Clarissa. Ella era todo lo que siempre deseó y nunca estuvo dispuesto a esperar. Era alegría, bondad, belleza, romance, amistad y más. Era demasiado: un ser tan eximio y especial muy diferente a él, alguien hastiado y perdido en un mundo frívolo y frío, un hombre que temía amar, pero, sobre todo, que temblaba ante la grandeza del amor que ella sentía por él, pues sabía que la dañaría en algún momento y, aunque pusiera todo de sí, la oscuridad de su alma al final terminaría extinguiendo su maravillosa luz para siempre.

El sol comenzaba a brillar fuera; lo sabía, pues esa claridad volvía a aparecer en su vista. Sus ojos dejaron caer agua, y él se tocó sus mejillas extrañado. Y sintiendo su pecho arder, lo comprobó: eran lágrimas. Después de diez años, Steven Hamilton volvía a llorar, puesto que, luego de ver el cuerpo de su padre y leer esa carta, jamás había logrado quebrar ese muro de indiferencia que cubría su corazón.

Hasta ese día, cuando por fin entendía que todos sus intentos por protegerse habían fracasado. Sus barreras fueron destruidas por completo, y lo que creía imposible se había convertido en realidad. Para qué negar lo obvio y evidente: Steven Hamilton amaba con cada fibra de su ser. Con cada pensamiento, suspiro, parpadeo y respiro, amaba. Amaba a esa niña inocente, a esa joven cándida y a esa mujer subyugante. Amaba a Clarissa Bladeston.

Y le dolía, enardecía y enfurecía amarla. Pues hacerlo significaba traicionar una memoria, un juramento: traicionarse a sí mismo, renunciar a sus ideales, preceptos, actos y propósitos. Dolía amar así, con tanta necesidad, locura y desenfreno. Amar sobre todo y a pesar de todo: amar más que a sí mismo, más que a nada.

La puerta de su cuarto se abrió y por ella entró Clarissa trayendo, seguramente, su desayuno. Lo sabía porque traía consigo su fragancia a jazmín, tan única y exquisita, y un rico aroma a café y algo más.

—Buenos días, Steven, subí tu desayuno. Debes alimentarte, pues tus hermanas me han dicho que no quisiste cenar anoche —le dijo con su dulce voz cantarina, mientras se aproximaba a su cama.

—Buenos días, Clarissa. No tenía apetito, pero ya te dije que no es necesario que vengas todas las mañanas. Ya me siento mejor y con mis hermanas, dándome lata, es suficiente. Además no es correcto que estés mis aposentos, la servidumbre es muy leal y discreta, pero aun así podrían comenzar habladurías —respondió Steve con la voz todavía ronca, aceptando la taza que la joven ponía entre sus manos.

El contacto de esas manos suaves sobre las suyas le produjo un estremecimiento de excitación, y una vez más sintió su pulso acelerarse y su corazón desbocarse. En esas ocasiones anhelaba volver a ver su rostro, sus preciosos ojos azules, su brillante pelo rubio y sus labios perfectos. Sin poder reprimirse apretó su mano antes que la quitara, tiró de ella y subió por su brazo en una suave caricia que terminó en su mejilla.

La respiración de la joven se alteró, y casi pudo sentir su pulso alocado. —Clarissa, solo hay algo que le pido a Dios cada noche, y espero Él escuche mi ruego pues, si lo hace, podría morir feliz y satisfecho —le dijo sonriendo, en un ronco susurro, intentando que la doncella y carabina de la joven no lo oyese.

—Estoy segura de que Dios siempre nos oye y responde nuestras plegarias si lo pides con fe y lo deseas de verdad. ¿Cuál es ese deseo? —respondió ella un poco agitada, temblando bajo su pulgar, que acariciaba su labio inferior.

—Oh, sí que lo deseo. Cada noche antes de dormir lo anhele en mi soledad y, cada mañana al despertar, es lo primero en lo que pienso. Mi único deseo es volver a ver tu hermoso rostro, aunque sea una última vez, pues sé con certeza que, si pudiese volver a mirarme en tus preciosos ojos y luego la oscuridad volviese a velar mi vista, tu luz me iluminaría por todo la eternidad —contestó el conde con la voz teñida de alborozo y admiración, mientras su mano recorría toda su cara, como si estuviese rememorando e intentado memorizar cada uno de sus rasgos.

El silencio los rodeó después de sus palabras, por lo que, con renuencia, Steven alejó su mano de la joven.

—No, Steve yo... yo te amo tanto, tanto, tanto —dijo Clarissa en un susurro apremiante, apresando su mano y pegándola a su mejilla, mojada por sus lágrimas, besando su palma con fervor.

—Dulce, dulce Rissa, eres todo. Eres mucho más: eres demasiado para mí, para este hombre que no te merece, que solo ha traído desdicha, lágrimas y desazón a tu corazón —siguió diciendo Steven con la voz quebrada.

—No digas eso... Steven, no pie... —lo interrumpió ella dolida y acongojada.

—Sí, mi amor, lo digo porque es cierto, porque no puedo negarte la posibilidad de salvarte ni dejar de intentar protegerte y mantener, por todos los medios, esa luz en ti —la cortó el conde con su voz tan desolada.

—No..., no entiendo, Steve. ¿Protegerme?, ¿salvarme?, ¿de qué? —adujo Clarissa confundida.

—De mí, de mi oscuridad, de mis temores y mis fantasmas, de mi amor; porque amarme, para ti, solo significará sufrimiento —respondió desgarrado Steven, desprendiendo su mano de ella, mas no su corazón.

El despacho donde aquel hombre siempre esperaba el informe estaba, una vez más, casi en penumbras. En ese cuarto hacía un frío escalofriante, pues la chimenea estaba apagada. El tipo que lo había contratado hacía unos meses permanecía con el rostro en la sombra y se mantenía en un apremiante silencio, lo que lo ponía nervioso en extremo.

—Entonces..., habla. —dijo su jefe de repente, mientras hacía una calada a su cigarro, que brilló en la oscuridad con el humo que había exhalado su boca, flotando sobre él y su porte inglés, elegante y aristocrático.

—El conde... continúa en reposo; sobrevivió al disparo, pero, según la información que obtuve, ha quedado ciego —contestó vacilante con su acento de clase baja.

—Es decir... que fallaron nuevamente. Su ineptitud es asombrosa: están derrochando mi tiempo y dinero —exclamó con voz dura y enfadada golpeando con una mano el borde de su escritorio.

—Señor..., solo han sido inesperados contratiempos. Le aseguro que la próxima vez no fallaremos; tenemos un plan que... —comenzó alegando el matón.

—¡No!, se acabó. Me agoté de sus «contratiempos»: no permitiré un cuarto fallo. Lo que hará es deshacerse de su inútil cómplice; no quiero cabos sueltos —lo cortó el noble, impaciente.

—Pero...

—Silencio, es una orden. ¡Mátelo! y no fallé porque, si me entero de que ese imbécil sigue vivo, me encargaré de que ocupe su lugar en el infierno. Por su culpa he perdido un tiempo valioso, y ahora toda la nobleza está pronta a retirarse al campo, lo que dificulta más mi objetivo —siguió diciendo con tono implacable y frío, amedrentando al empleado.

—Sí, señor, me retiro; pues..., eh..., esperaré su mensaje —dijo desesperado por salir de ese lugar opresivo.

Como el noble no le respondió, hizo una inclinación de cabeza a la figura sumida en las sombras, y se apresuró a salir.

—Tal parece que Hamilton tiene más vida que un gato; por lo que, como se dice, si quiero que esto salga bien, deberé ocuparme yo mismo como sea, pero me encargaré de que ese maldito termine muerto —dijo pensativo, mientras en su mente ya comenzaba a urdir su próximo movimiento.

—Madre, por favor... —dijo Clarissa con tono lastimoso, obligándose a subir la infinidad de escalones que adornaba la entrada de aquella mansión.

—No vuelvas a lo mismo, hija. Has estado una semana encerrada en casa; eso sin contar las anteriores, donde te dedicaste a cuidar del conde —adujo Honoria con tono reprobatorio.

—Pero madre, no estoy de ánimos para fiestas, y Steven deb... —alegó Clarissa, cansina, pero debió interrumpirse para saludar a sus anfitriones. —Hija, escúchame: tú no eres la esposa del conde. Es más, ni siquiera eres su prometida todavía; no puedes seguir encerrándote y marchitándote en casa. Por favor, hoy promete que olvidarás la situación con Steven y te divertirás —la apremió la duquesa con cariño y preocupación, tomando su mano.

—Está bien, lo intentaré, madre —claudicó, finalmente, la joven con un suspiro. Su madre sonrió en respuesta y juntas ingresaron al salón de fiesta.

El baile todavía no había comenzado, pero ya se habían congregado en el lugar varias decenas de personas. Ni bien entraron, su madre se acercó a saludar a sus amistades. Clarissa se mantuvo

al margen, intentando poner una sonrisa en su rostro, pero lo cierto era que estaba destrozada por dentro, pues hacía siete días que no veía al conde ni tenía noticias suyas.

Luego de esa conversación, donde ambos se habían sincerado sobre sus sentimientos, vino el desconcertante y doloroso silencio. Ella había recibido una nota en la que Steve le pedía que no volviese a su mansión: le decía que necesitaba tiempo para recuperarse y reflexionar. De más estaba decir que esas palabras le sentaron como una puñalada en el estómago, pero lo que la había desgarrado finalmente fueron sus últimas palabras:

...Clarissa, por mi parte, quedas liberada del compromiso, ya que no puedo amarrarte a un hombre enfermo en cuerpo y alma, como lo soy yo. Por supuesto que, si algún rumor pone en peligro tu reputación, tendrás mi inmediata protección. Solo te pido un favor...: no me odies, Clarissa, no me odies. Nunca quise esto para ti, pues tú mereces lo mejor, dulce Rissa; y aunque me cueste la vida, me ocuparé de que lo obtengas. Olvídame y sé feliz.

Steven

Sólo de recordar sentía que las lágrimas volvían a inundar sus ojos. Steve no quería saber nada de ella, y eso dolía tanto...: dolía como nada. «¿Acaso no sabes que me pides un imposible, Steven? Yo no puedo olvidarte, como no

puedo olvidar mi nombre. Y ¿odiarte?, tan improbable como la posibilidad de volar, si te amo tanto que con cada inspiración me arde el alma por amarte de esta manera», pensó una vez más, mientras veía a las parejas pasar bailando frente a ella.

En esos momentos deseaba no ser la hermana e hija de un duque. A duras penas lograba no maldecir a la humanidad por su triste desventura pues, gracias a que las tres personas que habían sido testigos de su encuentro clandestino con Steven eran no solo amigas de su madre, sino que sus esposos eran deudores de su hermano Nick, el escándalo no había salido a la luz.

El compromiso con el conde se había suspendido. Nadie hablaría de lo que habían visto en ese mirador; las amonestaciones para el matrimonio no habían salido y el estado de salud de Steven no permitía avanzar en ese sentido. Por lo que se decidió que ella continuaría en el mercado de matrimonio y, solo en caso de que se produjera un rumor, ellos se casarían. En un momento se iba a casar con el hombre que amaba y, al siguiente, su sueño máspreciado quedaba destruido, y nadie consideró siquiera preguntar su opinión al respecto.

Un lacayo pasó ofreciendo refrigerios y ella rápidamente aceptó uno. Deseó beberlo de un trago y así calmar la ansiedad que le corroía por las entrañas, pero por supuesto se contuvo: eso no era propio de una damita decente, y ella era una completa cobarde.

—Ay, Clarissa, eres tan mojigata. Siempre haciendo tu papel de niña buena y correcta —le dijo su yo malicioso, viéndola beber de su copa de a pequeños sorbitos.

Ella se negó a escucharlo: la última vez que le había dado rienda suelta, no había salido nada bien, todo lo contrario.

—Pero valió la pena cada segundo entre sus brazos, ¿no crees? —Volvió a inmiscuirse esa descarada que vivía en su mente y que tenía su mismo rostro, pero iba con antifaz y vestido escarlata.

—Sí que lo valió... —respondió inconscientemente, sonriendo como boba, para luego esconder la cara tras su copa cuando su madre y sus amigas le vieron perplejas.

Algo avergonzada, giró la cabeza hacia la concurrencia distraída: la asistencia era la habitual. Su mirada recayó en una mujer vestida de púrpura: lady Randall Que, a pesar de rondar los cincuenta años, conservaba su belleza y esbeltez, pero su mirada apagada y sus ojos tristes siempre le intrigaban. Su historia era muy conocida en Londres, pues su libertino esposo se había

encargado de eso. Todos sabían que su matrimonio había sido un trato comercial: ella se había casado con lord Randall por su título, luego de que su anterior prometido rompiera su compromiso. Nadie sabía el motivo, pero se evidenciaba que, por las continuas infidelidades de la pareja y por su rostro amargado, ella no era feliz.

Terminó de beber su trago y con él dio por inaugurada su próxima estrategia. Por fin lo había comprendido, y llegar a ese profundo entendimiento la llenaba de desbordante dicha y de nuevas esperanzas.

Había dos tipos de personas en este mundo, o por lo menos en el mundo noble: las que se rendían y se conformaban con vivir infelices por la eternidad, y las que luchaban hasta su último aliento por un «felices por siempre». La otra alternativa sería afrontar la perspectiva de vivir toda una vida sin Steven, lo que era no solo angustiante y desgarrador, sino también tremendamente injusto; además, sería un futuro triste y sin amor, pues el amor no puede gozarse en la injusticia. Y ella se negaba a formar parte del primer grupo. Ya no tal como su cuñada le había aconsejado, pelearía y no renunciaría. Después de todo, dicen que en el amor y en la guerra todo vale.

Bien, la guerra ya había comenzado y tenía una desafiante batalla que librar. «Misión “conquistando el corazón de un conde”, allá voy».

Capítulo 12

El amor todo lo espera...

1 Corintios 13:4

Dos días más tarde, Daisy Hamilton, junto a las gemelas, daba un paseo por Hyde Park. La tarde era muy calurosa, pero corría una suave brisa que aliviaba el sofoco de la concurrencia noble del parque. Las hermanas caminaban saludando con la cabeza, pero no se detenían a conversar con nadie, pues no les estaba permitido hasta que fueran presentadas en sociedad oficialmente.

Debido a esto, no eran muchas las posibilidades en las que podían codearse con sus pares. Sus salidas estaban limitadas a salir al parque, visitar museos o ir de compras a Bow Street. Por lo que, mientras caminaban, las seguían decenas de ojos curiosos e intrigados.

—Esto es realmente renovador, ¿no creen? —dijo Rose con su habitual tono suave, suspirando feliz.

—Ya lo creo; me estaba desesperando estar encerrada en esa casa. Extraño el campo, no me acostumbro a esta apestosa ciudad —respondió Violetta enérgica y ofuscada.

—Violetta —advirtió Daisy severa—, debemos disfrutar de nuestro poco tiempo de libertad. En otoño, cuando comience la temporada y seamos presentadas en sociedad, todo cambiará.

—Eso es cierto, aunque, por mi parte, no puedo evitar sentirme emocionada. Además, Londres tiene un innegable encanto —adujo Rose con los ojos brillantes, ignorando el bufido incrédulo que había soltado Violetta.

Daisy negó con la cabeza. Sus hermanas no tenían remedio; una era una soñadora incurable y la otra, una escéptica empedernida.

Eso sí: nadie podía negar su belleza ni su encanto. Rose estaba especialmente guapa con su vestido de muselina rosa, y su capelina rosada envuelta por una cinta de seda color crema. Por su parte, Violetta derrochaba hermosura embutida en un vestido verde manzana, con su capelina y su sombrilla a juego. Después estaba ella que, si bien presentaba un aspecto inmejorable, no podía competir con el encandilador atractivo de las gemelas. Y tampoco aspiraba a ello, pues estaba muy orgullosa de sus hermanas. Las gemelas eran la razón por la que había seguido de pie, tras la muerte trágica de sus padres. Eran sus pequeñas lucecitas, su paz y felicidad.

—Daisy, ¿crees que Steven se repondrá del todo? —le interrogó Rose, nerviosa, volviéndose a mirarlo cuando llegaron hasta La Serpentine.

—Debería, teniendo en cuenta que el médico dijo que su cuadro es netamente mental, pues sus globos oculares no presentan anomalías —intervino Violetta, sacando de su bolso una hogaza de pan y comenzando a dejar caer migas en el agua artificial, viendo a los patitos comer presurosos.

—No se preocupen, Steven recuperará su visión. Solo necesita descansar y estar calmado —las tranquilizó Daisy.

Sin embargo, no fue del todo sincera con ellas, puesto que tenía muchas sospechas sobre el cuadro de Steven. Más bien tenía la certeza de que su hermano había recuperado la vista, si no en su totalidad, lo suficiente como para robarse su pudín favorito de la bandeja que subían para ella cuando permanecía a su lado cuidándolo.

El conde veía desde hace tres días, por lo menos. Pero, al parecer, él quería ocultar este hecho

y ella no lo delataría; debía esperar a que decidiera admitirlo y respetar su voluntad aunque la curiosidad sobre los motivos de su encierro y la negativa a confesar su recuperación la estuvieran matando. Claro que Daisy podía hacerse una idea, ya que estaba claro que Steven tenía problemas con determinada dama.

—¡Ohh, miren!, por allí viene lady Clarissa. ¡LADY CLARISSA, AQUÍ! — gritó contenta Violet, alzando la mano en un gesto nada femenino, pese al susurro enojado de Daisy y el rostro sonrojado de Rose.

—Hola, qué alegría encontrarlas aquí —las saludó sonriente, dándole un beso en la mejilla a cada hermana.

—Oh, lady Clarissa, qué hermoso atuendo —dijo Rose, admirando el vaporoso vestido color durazno de la joven rubia.

—Gracias, pero ustedes no se quedan atrás. Están hermosas las tres; Londres les sienta perfecto —respondió ella, apretando sus manos.

—Lady Clarissa, la hemos extrañado, ¿por qué no volvió a la casa? —la interrogó Violet con su acostumbrado modo directo.

—¡Violet!, no seas impertinente... Lady Clarissa debe hab... —la reprendió Daisy tartamudeando, incómoda.

—No se incomode, lady Daisy, somos amigas. Yo también las extrañé, pero su hermano necesitaba un tiempo a solas —la interrumpió amablemente.

Por supuesto que no podía reconocerles que por dentro se sentía desesperada y angustiada, ya que esa agonizante espera la estaba enloqueciendo. Tampoco podía contarles que su tiempo de aguardar caducaría ese día, puesto que el plan que venía urdiendo desde hacía dos días sería llevado a cabo esa misma noche.

La gemela iba a contestar, pero un graznido enojado la interrumpió. Todas voltearon hacia el lago, donde la mamá pato y una larga fila de patitos exigían a Violet más alimento. Cuando la joven, solícita, les acercó el pan, un ansioso patito se lo arrebató, haciendo sobresaltar a la joven, y soltar un pequeño gritito alarmado; esto hizo prorrumpir a todas las jóvenes en divertidas e hilarantes carcajadas.

En otro sector de Hyde Park, un elegante carruaje se detuvo para dejar descender a sus nobles ocupantes.

—Puede regresar a la mansión con el coche, volveremos a pie —dijo el hombre más joven con un ademán elegante a su cochero.

—Entonces, estimado amigo, ¿fue benevolente la travesía? —preguntó el acompañante, mientras iniciaban la caminata y se quitaban sus sombreros para saludar a las damas que cruzaban y los miraban boquiabiertas y ruborizadas.

—Puede decirse que sí. El barco ancló a la madrugada en el puerto, y agradecí poder pisar por fin algo que no se moviera bajo mis pies —respondió el serio joven, escudriñando con la vista el terreno del parque.

—Es bueno tenerte de vuelta. Yo regresé hace poco de Francia, todavía no he asistido a ningún evento, por lo que agradezco tener una cara amiga entre las fieras que se lanzarán sobre nosotros —bromeó el hombre más maduro.

—No me lo recuerdes, Preston. Ni bien me vio la cara, mi madre me comprometió para el baile de lady Tiger, así que hui de allí antes de que me entregara en matrimonio —arguyó molesto el conde, recordando su escapada al club, donde se había reencontrado con su amigo.

—No lo dudo, camarada, toda madre sueña con ver atrapados a sus hijos en la prisión del matrimonio. De más está decir que las masas debutantes y las damas en edad casadera serán implacables con nosotros por ser una novedad nuestro regreso al redil —respondió con una mueca divertida, viendo al joven vizconde estremecerse ante su augurio.

—No puedo esperar, Preston —contestó sarcástico el joven—. Por ahora disfrutaré de la compañía de la única mujer con la que viviría gustoso y feliz —siguió diciendo, observando cada grupo en busca de la dama—. Si la encuentro, claro.

—Lady Clarissa, ¿no? No tengo el placer de conocerla, pero puedo imagin... —comenzó el otro, pero se detuvo al ver que su amigo ya no lo escuchaba, pues su rostro, siempre serio, miraba algo a su izquierda, inmóvil.

Un grupo de jóvenes reía estrepitosamente, lo que no era propio de una dama, pero tampoco tremendamente escandaloso como sí lo era encaramarse a un tronco y equilibrarse peligrosamente sobre el profundo lago artificial, tal como lo estaba haciendo una regordeta joven, vestida de color azul cielo.

—Pero, ¿qué está haciendo! —siseó furioso el vizconde, arrugando aún más su ceño, mientras la mujer se tambaleaba sobre el tronco, se estiraba hacia adelante y pinchaba algo dentro del agua con una larga rama, animada por las demás jóvenes, todas altas delgadas y rubias.

—¿Ella es lady Clarissa? —interrogó a su amigo, que se dirigía hacia ellas airado. Pero el grito alegre que se había oído respondió por él.

—¡Andy!, volviste. No lo puedo creer —dijo alegre y emocionada la joven más alta y de cabello más claro, alejándose un poco de las demás cuando las vio acercarse.

—Buenos días, hermana —respondió todavía tenso, pero correspondiendo el beso de su hermana menor—. Déjame presentarte a un querido amigo. Viene de América; allí lo conocí. Sir Brandon Preston, ella es mi hermana lady Clarissa Bladeston.

Clarissa estaba tan feliz por el regreso de Andrew que no se había percatado de la presencia del hombre castaño. El caballero se inclinó sobre su mano galantemente, clavando en ella sus ojos marrones muy claros. Por un momento ella se quedó sin aliento, pues su rostro era increíblemente apuesto. A pesar de que debiera tener más detrás treinta años, sus rasgos eran extremadamente perfectos, varoniles y masculinos.

—Un placer, lady Bladeston —le dijo, dedicándole una sonrisa y enderezándose ágilmente.

—Gracias, sir. Y Andrew, como ves, estoy con nuestras viejas vecinas. Todavía no pueden departir en sociedad, pero, puesto que ya las conoces, podemos prescindir del protocolo social —dijo, señalando a las tres jóvenes; la más baja seguía sobre el tronco y las otras intentaban infructuosamente acercarlo a la orilla, riendo sin parar.

—Sí, ya las vi —dijo el vizconde con acritud, mientras regresaba el gesto hostil a su cara.

—Ven, debes auxiliarla antes que caiga al lago —contestó, caminando ansiosa hacia ellas.

—Ohh, lady Clarissa, Daisy logró librar al patito de las ramas, pero el tronco se alejó de la orilla y no puede bajar —explicó preocupada la joven de cabello rubio dorado y ojos verdes, mientras su hermana, ligeramente más delgada, asentía con su rostro asombrosamente idéntico, salvo por un lunar sobre su labio superior, que la diferenciaba.

—Yo me ocuparé —intervino adusto Andrew, dando grandes zancadas hacia la joven de pelo rojizo.

Las gemelas agrandaron los ojos al verlo, y lo saludaron con una reverencia rápida. A su lado, sir Preston carraspeó, gesto que llamó la atención de Clarissa.

—Lady Bladeston, por favor, discúlpeme con su hermano. Debo retirarme a atender un compromiso —le dijo, mirando a su alrededor; parecía incómodo.

—Claro, sir. Fue un gusto conocerlo, lo excusaré con Andrew —respondió al americano, enrojeciendo involuntariamente bajo su mirada intensa.

—Es usted encantadora, milady. Espero sepa disculpar mi atrevimiento yanqui, como ustedes nos llaman, pero espero con ansias verla esta noche en el baile de lady Tiger —siguió diciendo él, sonriéndole pícaramente, y, luego de levantar su sombrero y saludarla, abandonó el prado.

Confundida, Clarissa se volteó hacia el lago. No sabía qué le ocurría, pero la presencia de sir Preston la alteraba considerablemente, pues había algo desconcertantemente familiar en él; cosa, en demasía, imposible, ya que era la primera vez que veía a ese hombre. Pero eso no impedía que se sintiera intrigada y tal vez atraída por ese americano. Un grito de Rose, alarmada por la situación de Daisy, la distrajo de sus pensamientos. En ese momento, la hermana mayor se volvió hacia ellos y vio al conde yendo hacia ella.

Clarissa vio en los ojos de Daisy, abiertos por la sorpresa, el reconocimiento inmediato. Pues, si bien hacía por lo menos cuatro años que ellos no se veían, de niñas ellas habían jugado con Andy a menudo; y si bien había crecido y sus formas eran más definidas y masculinas, su cara no había cambiado mucho: seguía siendo endemoniadamente apuesto.

Llevaba su pelo castaño claro algo largo, y su piel estaba bastante tostada, seguramente por sus viajes en alta mar, lo que hacía destacar sus ojos azules, enmarcados por gruesas pestañas rubias. Sin mediar palabra, Andrew se quitó su sombrero y se arremangó las mangas de su chaqueta gris, las del pantalón, y se sumergió con las altas botas de caña en la fangosa agua.

Daisy, que estaba en precario peligro, se puso evidentemente tensa y nerviosa al verlo abrirse camino hacia ella, por lo que comenzó a tambalearse justo cuando el vizconde alcanzaba el tronco.

—No, no, ¡no se mueva! —gruñó Andy impaciente

Él comenzó a arrastrar despacio el tronco hacia la orilla; cuando llegó a tierra, estiró su mano hacia ella que, inestable y ruborizada, la aceptó y saltó torpemente al suelo, soltando al vizconde. Pero al descargar su peso del tronco de golpe, este se elevó y salió impulsado hacia adelante, y golpeó con fuerza, de improviso, en la parte posterior de la cabeza de Andrew, quien, visiblemente desconcertado, se llevó la mano a la nuca; en su cara se leyó que no esperaba ese infortunio. Acto seguido, las cuatro jóvenes, desde la orilla, soltaron una exclamación horrorizada al ver hundirse boca abajo el cuerpo desmayado del vizconde de Bradford.

Capítulo 13

El amor no hace nada indebido...

1 Corintios 13:5

La oscuridad que la envolvía le dificultaba ver dónde ponía los pies al caminar. Una vez superada la puerta de hierro, fue fácil acceder por la entrada trasera de la mansión. Hasta allí su plan iba a las mil maravillas, pero no contaba con que el patio del servicio estaría en completa penumbra; lo que, por un lado, era bueno, pues garantizaba el éxito de su expedición, pero, por el otro, no lo era tanto, pues su cuello corría riesgo de romperse en una caída.

Por fin llegó a la pared de la casa, y a tientas la rodeó, palpando hasta dar con la esquina de esta y así al lateral de la mansión. Una vez allí, caminó hasta el alto árbol; sus grandes y largas ramas alcanzaban casi el techo. Lanzando un suspiro, Clarissa se puso las manos en las caderas, ladeando la cabeza y analizando la estrategia por seguir. Una de las ramas estaba casi pegada a la pared del segundo piso, que era el que le interesaba a ella, pero la ventana de la habitación de Steven quedaba un poco más arriba de esta, por lo que tendría que saltar e intentar llegar al borde de la misma.

—Después de esto, no puedes negar que el amor enloquece a las personas, Clarissa, pues tú estás totalmente lunática, y esta demente operación, «Conquistando el corazón de un conde», es la prueba definitiva de tu demencia —le dijo su «yo» sensato y coherente.

Cómo negarlo: aquello era un acto temerario y peligroso. Estaba poniendo en riesgo no solo su reputación y su virtud, sino su integridad física, porque de seguro se rompería la crisma al subir a ese árbol. Sin embargo, sentía que todo eso valía la pena. Sí que estaba loca, pero de amor, y la cura y antídoto tenía nombre: Steven Hamilton.

Más determinada, Clarissa dio un pequeño brinco y trepó hasta la primera rama con facilidad, agradeciendo la educación que había obtenido en su infancia, nada convencional, junto a su hermano Andrew. Se puso de pie para seguir subiendo, y entonces oyó el fuerte sonido que hizo la tela de su vestido al rasgarse. Bufando miró hacia abajo y vio el bajo del vestido enredado en la punta de una rama; con un tirón intentó liberarlo, pero solo logró otro fuerte desgarró.

—¡Diablos! —susurró, frustrada. «¿Qué hago?», pensó frenéticamente, mirando hacia arriba. A pesar de que se había puesto un viejo vestido, no había tenido en cuenta la dificultad que supondría trepar aquel árbol.

Exasperada por el tiempo valioso que estaba perdiendo, sopesó las opciones por seguir. Hasta que un ladrido de perro, no muy lejano, la impulsó a la acción. Comenzó desprendiendo los botones superiores ubicados en la espalda de su vestido; luego, los inferiores, hasta lograr abrir el vestido lo suficiente como para quitárselo. Agarrándose al tronco, salió del vestido y este quedó colgando, sin encanto, de la rama. Avergonzada, lo enrolló para ocultarlo de la vista de cualquiera que se le ocurriera mirar hacia ese punto. Con las mejillas ardiendo, prosiguió con la tarea de trepar por el árbol, tratando de ignorar el hecho de que iba semidesnuda.

Después de todo, Steve estaba ciego: no se percataría de su descarado atuendo. A los ojos de la sociedad, lo que hacía podría considerarse un error, pero si miraba con los ojos del amor, tenía la certeza de que eso no era indebido, sino lo correcto. Ella ingresaría a su alcoba; necesitaba verlo, hablar con Steve, saber que estaba bien y, sobre todo, hacerle entender que su petición de

que lo olvidara era un error.

La noche era muy calurosa, algo esperable en aquellos días tan próximos al verano. Recostado en su cama, Steven intentaba concentrar su mente en la lectura que tenía en sus manos, pero sus pensamientos parecían tener otra idea, pues insistían en desviarse por otros derroteros. Por supuesto que el encierro y la soledad que se habían autoimpuesto tampoco ayudaban.

Sabía que estaba siendo un maldito cobarde, escondido tras su supuesta ceguera, evitando enfrentarse al mundo, a la realidad. Evadiendo asumir la verdad que le esperaba detrás de los muros de su casa: una verdad que lo lastimaba, pero, sobre todo, lo atemorizaba como nunca nada lo había hecho. La realidad de un mañana sin alegría, sin esperanzas, sin paz: una vida sin Clarissa.

Sabía que ya no podría seguir dilatando más aquella situación. Una situación en la que él mismo se había puesto al decidir alejar a Clarissa de él y romper el compromiso, ya que en un principio lo había hecho motivado por la desesperación de saberse irreversiblemente ciego y enfermo. Pero cuando comenzó a recobrar la vista de a poco, sostuvo esa decisión porque consideraba que era lo mejor para ella, pues, a pesar de que la luz había vuelto a sus ojos, la oscuridad seguía entenebreciendo su alma; y esa penumbra que vivía en su interior terminaría destruyendo a Clarissa, por lo que solo quedaba resignarse a vivir un futuro, triste, oscuro y desolado. Mientras supiese que la joven estaba bien y era feliz, él podría seguir adelante. No obstante, sabía que ella no renunciaría tan fácil a ese amor que decía sentir. De ahí que su engaño para con todos era lo mejor: fingir que seguía ciego mantendría a la dama segura y alejada. Aunque eso doliese, no se rendiría en su empeño de proteger a Clarissa. No sentiría remordimientos, porque desear su bienestar no era indebido, pese a estar ocultándole su reciente recuperación, solo rogaba que su sacrificio valiese la pena y que al menos ella lograra encontrar la felicidad. En aquel tiempo de encierro había comprendido que amar, a veces, no era permanecer, sino pertenecer; y a pesar de que él no podía estar con ella, su corazón siempre le pertenecería, hasta su último aliento.

De repente, un sonido extraño interrumpió su reflexión. Frunciendo el ceño, Steven se incorporó y caminó hacia la puerta de su cuarto. La abrió y revisó el pasillo, pero este estaba desierto. Sacudiendo la cabeza, regresó a la cama, pensando que estaba demasiado nervioso últimamente. Tomó de nuevo su libro, intentando tranquilizarse.

Casi de inmediato el ruido volvió a repetirse, pero aquella vez pudo localizar su procedencia. Con todo el cuerpo en alerta, miró hacia fuera. Las cortinas se mecían por la suave brisa que se colaba por la gran ventana abierta. Sin dilación, Steven se estiró y sacó la pequeña pistola que mantenía oculta en la mesa ubicada junto a su cama. Comprobó que estuviese cargada, y apagó las velas que iluminaban la habitación.

A continuación, la escondió bajo su almohada y se tumbó nuevamente de costado, observando, alerta, la ventana. Podía escuchar los bufidos y jadeos que estaba soltando el intruso. Al parecer, le estaba costando trepar el árbol, lo que le daba una idea de sus aptitudes, que serían nulas, pues él podría subir a ese árbol estando ciego.

Probablemente debería dar la alarma, pero no quería perder la oportunidad de encontrarse cara a cara con ese malnacido, y ver el rostro del hombre que quería asesinarlo con tanta insistencia. Podía sentir en los oídos los latidos de su corazón acelerado, mientras esperaba la aparición de ese maldito con gratificante anticipación.

Cuando por fin Clarissa alcanzó la rama que la llevaría hasta la ventana de Stev, se detuvo

unos segundos a recuperar el aliento. Luego se arrastró a horcajadas por la rama hasta llegar a la punta; la gruesa rama se dobló un poco hacia delante, haciéndole soltar un jadeo asustado. Esperó a que el balanceo se detuviera y, evitando mirar hacia abajo, se paró sobre la rama, sosteniéndose de la pared, en precario equilibrio. Después de armarse de valor, saltó con ambos brazos estirados y se agarró al canto de la ventana con todas sus fuerzas.

Con los pies momentáneamente en el aire, Clarissa se impulsó hacia arriba hasta que pudo apoyar los codos en el borde. Jadeando por el esfuerzo, se arrastró vientre abajo pisando la pared, hasta que su torso quedó recostado en el alfeizar de la ventana. Soltando un suspiro de alivio, se sentó y sonrió cuando comprobó que estaba abierta. Rápidamente pasó las piernas y saltó y cayó con suavidad en el piso alfombrado. Con los nervios a flor de piel, observó el cuarto sumido en la oscuridad. Su pulso corría acelerado por sus venas, mientras escudriñaba el lugar en busca del conde. Las cortinas de la inmensa cama estaban corridas, dejando ver la figura de un hombre dormido de costado en el colchón.

De repente el temor la sobrecogió, no solo por la situación de irrumpir en la habitación de un hombre, sino por hacerlo en ropa interior. Sabía que, estando sin su visión, Steve no se daría cuenta, pero eso no hacía menos incómodo el asunto; después de todo, estaba invadiendo su privacidad. Había esperado encontrarlo despierto y no en íntimo sueño. Con aprensión y paso vacilante, se dirigió a la cama.

La luz de la luna alumbraba los pies de la cama, mas no el resto. Con precaución, comenzó a arrodillarse junto a ella, sintiendo la respiración dormida de Steven cuando, con un rugido feroz, este levantó su cuerpo por el aire y lo hizo aterrizar en la cama bruscamente boca arriba; Clarissa sintió la fuerte anatomía del conde aplastarla con violenta fuerza contra el colchón.

—Quieto, malnacido —gruñó la voz de Stev, peligrosa y letal. Y el agresivo chasquido del arma amartillada, que apuntaba directo a su estómago, rebotó por toda la habitación.

—Stev —dijo una suave voz en un graznido amortiguado. —¿Clarissa? —soltó Steven incrédulo, luego de una pausa estupefacta.

Paralizado y sintiendo el pulso completamente acelerado debido a la adrenalina, Steve pegó su cara a la del intruso y comprobó su identidad. La respiración de la joven estaba tan alterada como la suya y, aunque no podía ver sus rasgos en la penumbra, era obvio que se trataba de Clarissa. Si no hubiese estado tan concentrado en atacar al que creía un delincuente, se hubiese percatado antes de que, cuando había levantado al intruso, su peso era mínimo y de que el cuerpo, al que tenía amenazado y reducido, era todo menos masculino. Eso sin contar su maldito perfume a jazmín, que tenía grabado a fuego en sus fosas nasales y que lo enloquecía.

—¡Oh, por Dios!, ¡eres tú! —dijo atónito a la mujer, que no parecía reaccionar.

—Por favor, ¿pue... puedes apartar eso? —respondió finalmente ella, tartamudeando agitada.

Por un momento Stev no comprendió su petición, pero, cuando ella se removió incómoda bajo él, recordó el revólver y, soltando un juramento airado, apartó el arma y, volviendo a trabarla, la depositó lejos de ellos.

—Gracias —dijo Clarissa, suspirando aliviada, aunque pudo sentirla tensa bajo su cuerpo. Y eso logró que el poco autocontrol que peleaba por conservar empezara a desbordarse.

—¿Gracias? ¿Gracias? ¿Acaso te has vuelto loca? ¡Casi te disparo, Clarissa! —la increpó Stev ofuscado, separándose con brusquedad de ella, antes de que notara cómo le afectaba su presencia allí y, espantada, le pidiera que apartara otra cosa.

—Lo siento, no quise asustarte. —Le oyó decir apenada, y en su voz pudo percibir su nerviosismo.

—No puedo creer la locura que has cometido; pudiste haberte partido el cráneo trepando ese árbol, y podría haberte matado cuando irrumpiste aquí. ¿¡Qué diantres estabas pensando!?! —le reclamó furioso, intentando calmar el temblor de sus manos y de su corazón al imaginar que podría haberla lastimado, o algo peor.

—Lo lamento, Stev. Sabes que tengo mucha experiencia trepando árboles y, la verdad, nunca pensé que esto ocurriría —le respondió ella, apretando su mano, mientras se incorporaba hasta quedar sentada junto a él.

—Eres una insensata. Nick no te cuida como debería; no puedo creer los peligros a los que debes estar expuesta. Te juro que, si fueras mi hermana, ya me hubiese encargado yo de darte una buena tunda que no olvidarías en tu vida. Y te mantendría encerrada bajo... ¿Qu... qué haces? —lo interrogó aturdido, cuando la joven interrumpió, escolarizada diatriba, abrazándolo con fuerza.

—Shh..., tranquilo. Estoy bien, estamos a salvo —le dijo ella en un suave murmullo ahogado en su ancho hombro.

De inmediato Stev olvidó su reprimenda, su enojo y su enfado. Y su estómago se apretó al sentir su esbelto cuerpo abrazado a él, su exquisito aroma y su suave cabello rozándole la barbilla. Sin capacidad de reacción, solo pudo corresponderle, rodeando su femenina espalda con sus brazos.

—Clarissa..., umm..., yo... esto... —soltó alterado, repentinamente consciente de la situación en la que se encontraban. Estaban a solas, en su habitación y en su cama. ¡Maldición, que era solo un hombre!, y uno que solo llevaba una bata de seda negra como única barrera entre ellos.

—Por favor, no me apartes. Yo... te he extrañado tanto, Stev —le respondió ella en un apremiante ruego, transmitiéndole con sus palabras tanto anhelo, necesidad y amor que sintió su corazón comprimirse en su pecho.

Incapaz de reprimirse, Steven la apretó contra sí y pudo sentir cómo el corazón de la joven latía acelerado, acompasándose al suyo.

—Yo también, Rissa, no sabes cuánto —confesó él, rendido, susurrando en su oído, lo que provocó un estremecimiento en la joven.

Estando tan cerca, amparados por la oscuridad, sus sentidos parecían sentir todo con más intensidad todavía, logrando que sus reticencias y cada defensa que había erigido para mantenerse lejos de Clarissa se derrumbaran estrepitosamente, cayendo rendidas cual castillo de naipes, ante la demoledora profusión de emociones, sentimientos y sensaciones que le despertaba la cercanía de la joven. Mandando al demonio a su voz interior, que insistía en recordarle la firme decisión y la determinante resolución de mantenerse lejos de la joven, Stev soltó del todo las riendas y cedió, por un momento, su voluntad a la irrefrenable atracción que sentía por Clarissa, y a la que ya no podía reprimir si quería mantener la cordura.

—Pero ya que estas aquí, no me importa demostrártelo —siguió diciendo, alzando una mano y tomando su barbilla para elevar su cara hacia arriba, deteniendo su boca sobre la suya, hasta quedar separadas solo por un suspiro.

—¿Demostrármelo?, ¿qué cosa? —lo interrogó confundida ella, cuya respiración se percibía alterada.

—Esto —contestó Stev con voz ronca.

Y le cubrió la boca con sus labios, recorriendo cada rincón y diciéndole con ese acto todo lo que con palabras no podía. La besó poniendo todo de sí: su deseo, su anhelo y su necesidad de ella. La besó dejando libre la pasión que tanto había reprimido. Y sentir la respuesta de la dama, su entrega y su demanda fluyendo de cada centímetro de su precioso ser, por poco lo desquicia salvaje y primitivamente. Con la sangre bombardeando en sus venas y el pulso acelerado, despegó

sus labios de los de ella.

—Clarissa..., esto... no... Debemos frenar ahora —dijo mientras su pecho subía y bajaba en busca de aire, sintiendo el suyo rozarle al respirar ella tan agitada como él. «Stev, serénate, no puedes seguir. Debes pensar en ella y no buscar satisfacer tus deseos», se dijo, temblando y sofocando sus ganas de abalanzarse sobre la joven. Tambaleante se apartó de ella y se puso de pie junto a la cama.

—Stev... —comenzó a decir ella con su voz transformada por las sensaciones experimentadas.

—No, es mejor parar ahora que podemos. Esto es una locura. Gracias a Dios que mis hermanas salieron al teatro con una amiga y sus padres...; si no, estaríamos en un problema —la cortó el conde, tanteando en la mesa junto a la cama, hasta dar con el candelabro, levantar la tapa, encender la yesca y así iluminar el cuarto.

—¿Cómo... cómo encendiste la luz en tu estado? —le preguntó Clarissa, a su espalda, con tono asombrado.

Steven se paralizó un segundo, maldiciendo en silencio su distracción. Había olvidado que la joven creía que él seguía ciego. Su beso lo había afectado de tal manera que su mente seducida no había reparado en ello. Dudoso, se volteó hacia ella, evitando deliberadamente encontrar su mirada. Y cuando sus ojos dieron con la figura femenina recostada en su cama, por poco se cae de bruces en el suelo alfombrado.

«¡Oh..., demonios! Ella es la visión más atronadoramente bella jamás vista», pensó, cerrando un momento los ojos, para tratar de camuflar el excitante caos que esa imagen había desatado en su interior, y así evitar ver esa exquisita fémica cubierta solo por un corsé color piel y unos calzones de fina seda apretados hasta la rodilla.

—Stev... Steven, ¿qué te sucede? Tu rostro está colorado —dijo alarmada Clarissa, comenzando a incorporarse.

—¡No!, no te acer... Digo, no te aceleres. Estoy bien, solo me... me hace calor y... y es un mareo, nada más —le dijo con tono elevado, tartamudeando por haberse casi delatado al ver su intención de acercarse.

—Está bien..., si tú lo dices —respondió ella vacilante.

—Puedo usar tu..., es decir, ¿me permites? —continuó ella y se dirigió al biombo, ubicado en el rincón de la habitación, donde se ubicaba el orinal y una vasija de agua.

Steven solo atinó a afirmar con su cabeza y, sintiendo su cuerpo dolorido, siguió con la vista a la joven que, de espaldas al conde, no se percató de la intensa mirada que taladraba su espalda.

«¡Jesús...! Esto es demasiado para cualquiera. ¡Esta mujer va a acabar conmigo!», pensó totalmente enfebrecido. Desesperado, dio un paso hacia la cama, pero en ese instante un objeto frío le presionó en la nuca.

—Un paso más y eres hombre muerto, Baltimore —le dijo una voz tosca y amenazante.

Su brazo rápidamente intentó alcanzar su arma, apoyada sobre la mesita, junto a la cama.

—Yo, que usted, lo pensaría dado que, si toma eso, me enfadaré; y si me enfado, mi compañero no dudará en acabar con su perrita rubia, posterior a catar su delicioso cuerpo, por supuesto —le advirtió su captor con crueldad y con voz sarcástica. Y en la habitación resonó el grito de terror amortiguado de Clarissa.

—¡No!, escuche, déjenla ir. Ya me tiene a mí, no opondré resistencia —rogó aterrorizado Steve, al saber que la tenían.

—¡Steve, no le hagas caso, acaba con... —intervino angustiada la joven, que había logrado librar su boca del agarre fuerte del malhechor, pero un golpe seco la silenció rápidamente.

—¡Noo, Clarissa! —gritó desesperado Steven y, perdiendo la cordura y sin importarles su vida,

buscó salvar la de la joven. Impulsó su cabeza hacia atrás, impactando con fuerza en su atacante. Momentáneamente libre, corrió hacia el cuerpo de ella, despatarrado e inmóvil. Pero antes de lograrlo, algo golpeó en su nuca con brutal intensidad y, mientras caía hacia adelante y su cuerpo aterrizaba boca abajo sin fuerzas, pudo ver el rostro pálido de Clarissa, y en su mente explotó una agónica súplica.

—Dios..., por favor..., tómate a mí, pero sálvala a ella... —Y un segundo después, la oscuridad lo envolvió.

Capítulo 14

El amor es benigno...

1 Corintios 13:4

El traqueteo del carruaje avanzando por las atestadas calles de Londres despertó a su ocupante. Asomándose por la ventanilla, comprobó que recorrían ya la exclusiva Mayfair Square. Probablemente debería dirigirse a su residencia primero, pero le urgía ir directamente a la del duque de Stanton. Tenía un mal presentimiento, y hacía mucho había aprendido a seguir su instinto.

Cuando el vehículo frenó frente a la mansión, descendió exhausto. No había enviado aviso de su llegada, por lo que no lo estarían esperando; podría ser que los duques se encontraran en casa. El mayordomo lo atendió con una expresión lúgubre en su rostro, lo que ocasionó un nudo de aprensión en su estómago. Luego de entregar su tarjeta, fue guiado al despacho del duque sin dilación. Al ingresar se sorprendió de ver tantas personas allí reunidas, pero no tuvo tiempo de detenerse a observar, pues de inmediato una pequeña figura se abalanzó sobre él, abrazándolo con fuerza.

—¡Sebastien!, no te esperaba —le dijo Lizzy efusivamente, sonriéndole, pero en su bello rostro pudo notar su angustia.

—Hola, hermanita, decidí adelantar mi regreso. Stanton —saludo Sebastien, separándose de su hermana, para aceptar la mano que su reciente cuñado le ofrecía.

—Bienvenido, Gauss —respondió el duque, volviendo a su puesto, tras el escritorio, con postura tensa.

Elizabeth le presentó a un hombre alto y con un increíble parecido con el duque, como vizconde de Bradford. Sebastien lo saludó con su rostro impávido, a pesar de que, si bien nunca se habían cruzado, conocía su importante trabajo para la Corona inglesa; aunque dudaba de que el serio joven parado junto a la ventana supiese algo sobre él. Después de todo, su verdadera ocupación era solo conocida por Wellington y por el rey; por nadie más.

Después le fueron presentadas las tres jóvenes, que permanecían sentadas en un rincón. Las damas se ruborizaron con intensidad cuando Gauss se inclinó a saludarlas y les dedicó una sonrisa. Dos de ellas, bellezas rubias idénticas; y la otra, castaña y tímida. Una lloraba en silencio, mientras la otra gemela se mordía las uñas nerviosa. Por el contrario, la que parecía mayor se mantenía serena intentando consolar a sus hermanas, a pesar de que su rostro estaba pálido y preocupado. Esta última, si bien no era para nada el tipo de mujer que solía atraerle, llamó su atención por su entereza y por ser la menos parecida a su hermano, el conde de Baltimore.

—¿Qué está sucediendo, Lizzy? —preguntó finalmente, aceptando la taza que su hermana le había ofrecido, frunciendo el ceño al ver que sus manos le temblaban al servirle.

—Ohh, Sebas, no sabemos qué sucede a ciencia cierta —contestó apesadumbrada.

—Mi hermana y Hamilton han desaparecido —intervino el duque al ver que Lizzy no seguía hablando.

—¿Fuga? —se atrevió a preguntar Gauss.

—No lo creo; Clarissa me hubiese dejado por lo menos una nota. Además, no hay motivos para fugarse —respondió negando Nick, pesaroso. Al verlo desorientado, Lizzy lo puso rápidamente al

corriente de todo lo que había sucedido en su ausencia.

—Entonces, no creen que hayan decidido escaparse a Gretna Green — inquirió Sebastien, creyéndola la opción más viable, pero suponiendo que el duque deseaba ser benigno con la pareja.

—No, por múltiples motivos: no falta ni el carruaje ni ningún caballo de Steven, mi hermana no se llevó ninguna pertenencia, y tampoco el conde — respondió Stanton con acritud.

—Además, estando ciego el conde, no se arriesgaría a viajar — reflexionó Sebastien, que ya se había implicado en el asunto.

—Mmm..., yo... esto... Steven recuperó la vista hace unos días — interrumpió una voz ronca y melodiosa, que hizo que todos miraran a la regordeta hermana del conde, que se encogió ante el intenso escrutinio.

—¿¡Qué!? Y hasta ahora lo dice. ¿Es que no escuchó cuando mi hermano le pidió que dijese todo lo que sabía? — la increpó airado el hermano menor del duque, separándose de la ventana y fulminándola con la mirada.

—Andy, cálmate — lo cortó Stanton, más calmado—. Lady Daisy, ¿estás segura de eso? — le preguntó el duque dirigiéndose a la joven.

—Sí, excelencia. Es decir, no lo conversé con mi hermano, pero pude comprobar que veía, aunque él parecía querer mantenerlo en secreto y yo lo respeté — contestó mirando hacia abajo, acomodando tímidamente los lentes sobre su pequeña nariz. En su postura podía verse cuánto quería y defendía a su hermano: para Sebastien, un gesto muy benigno y digno de admirar.

—¿Por qué Stev haría eso? ¡Maldito necio! ¡Dios, todo se complica! — dijo frustrado el duque, tirando de su cabello negro.

—¿Por lo menos sabemos la hora aproximada de su desaparición? — preguntó Gauss queriendo distraer la atención de la joven, a la que se le habían enrojecido las mejillas.

—No con seguridad, pero fue durante la noche; Clarissa se negó a acompañarnos al baile y debió ir a casa de Stev cuando nos marchamos con mi madre. Cuando el ayuda de cámara de Steven acudió a asear al conde, se encontró con el cuarto revuelto; había sangre en el suelo alfombrado, junto a la cama, y el arma de Stev estaba cargada en su mesa de noche. Además, la ventana estaba abierta de par en par. Debieron haberlos bajado por la ventana; de lo contrario, la servidumbre se hubiese percatado — relató Nick con rapidez.

—¿Y cómo llegaste a la conclusión de que lady Clarissa estaba con Baltimore? — interrogó Sebastien, sopesando todo en su cabeza.

—Estábamos desayunando cuando la doncella de Clarissa nos interrumpió muy nerviosa, arguyendo que ella no estaba en su cuarto y no parecía haber dormido en la casa. Casi simultáneamente arribaron ellas con la noticia de su hermano y, cuando fueron a revisar la habitación de Stev, hallaron un vestido enganchado a la rama de un árbol, junto a la ventana del cuarto. La ropa era, sin dudas, de Clarissa; su doncella la reconoció — explicó angustiada su hermana, señalando a las jóvenes Hamilton.

—Entonces, no es una huida: los han secuestrado. La pregunta es quién y por qué. Deduzco que los delincuentes no se han comunicado — contestó Sebastien con agudeza, viendo los ojos de su hermana y los del duque abrirse con sorpresa al ver el cambio en la actitud del conde, que siempre se mostraba despreocupado e indolente.

—No, no hemos recibido ninguna noticia. Antes de que llegaras le pregunté a mi hermano si Steven tenía algún enemigo o alguien del que podamos sospechar — respondió Andrew, mirando penetrantemente a Sebastien, quien no se intimidó.

—Lo único que sé es que Stev recibió un disparo, pero no quiso levantar rumores sobre el

asunto, y todo quedó como un accidente; el atacante no fue hallado —contestó Stanton, pensativo, frunciendo el ceño.

—Pues parece que no era ningún infortunio, sino que alguien quiere deshacerse del conde —vaticinó Sebastien con sequedad, escuchando la exclamación aterrada de todas las mujeres presentes.

—¿Qué sugieres, Gauss? —interrogó su cuñado, descansando su cuerpo hacia atrás y levantando una mano para frenar a Bradford, que se había alterado con su pregunta; parecía que no se fiaba de él.

—Creo que no pedirán un rescate por ellos. Deberíamos analizar la posibilidad de que alguien quiera quitar del camino a Baltimore y esté lo suficientemente desesperado como para secuestrar a un conde. A Clarissa debió habérsela llevado por estar en el lugar y momento equivocados, pero no creo que esté en sus planes liberarla; de lo contrario, la habría dejado atrás — contestó Gauss con cautela, ignorando la actitud hostil de Bradford y tratando de hablar con tacto, en deferencia a las damas.

—Debo coincidir contigo, Gauss; y quien sea ese malnacido no solo está desesperado, sino que se cree impune en su clandestinidad. Y temo que se salga con la suya, pues, por más que pienso, no se me ocurre nadie que calce en el papel de enemigo, ya que Stev es muy apreciado y no es precisamente la clase de persona que se granjea rivales; él siempre cae bien donde sea que vaya —alegó el duque, más desquiciado a cada momento.

—Sí, he escuchado de su legendario encanto; aun así, evidentemente se ganó un enemigo. ¿Deudas de juego?, ¿problemas de faldas?, ¿competencia con algún par?, ¿una dama despechada?, ¿algún exsirviente rencoroso? — inquirió Gauss, incansable, cada vez que Nick y las hermanas del conde negaban enfáticamente.

—No a todo. Steven tiene una gran fortuna, no necesita apostar ni beber; tampoco es hombre de excesos. Es un jefe justo y generoso, y todo su personal le es leal. Con respecto a sus pares, es admirado y respetado, y no suele caer en rencillas ni en conflictos. No frecuenta damas que puedan traerle problemas, ni casadas ni solteras. En definitiva, tanto hombres como mujeres lo estiman —respondió el duque, encogiéndose de hombros ante la expresión incrédula de su cuñado.

—Bien, eso es digno de admiración. Si todo es cierto, siempre queda la opción de un pariente codicioso, alguien que esté deseando ocupar su puesto de conde —especuló el conde, esperanzado, mirando a los presentes.

—Imposible, milord, mi hermano es el último Hamilton. Todos los condes anteriores fueron hijos únicos menos mi padre, quien tuvo dos hijos varones; pero mi tío falleció muy joven. Cuando mi padre murió, a su vez, dejó a Steven como el último de su estirpe. Si mi hermano no logra tener un heredero, el título y las tierras volverán a la Corona —interrumpió, hablando por primera vez, la gemela rubia que parecía más extrovertida.

—Entiendo. Aun así, alguien le disparó y, teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos, no se trató de un accidente —rebatía Sebastien, viendo cómo los hombres asentían ante sus palabras.

—Por lo tanto, nos encontramos igual de desorientados que al principio. Y si no logramos dilucidar este acertijo, solo habrá un final para ellos —afirmó contrariado Bradford, mesando su pelo como solía hacerlo el duque.

—¿Cuál? —preguntó, con su barbilla temblorosa, la gemela rubia, que no paraba de llorar.

Nadie en el despacho se atrevió a responder, pero las diferentes emociones que cruzaban por sus rostros decía más que mil palabras. El gran reloj que adornaba la chimenea, ahora apagada,

dio la hora interrumpiendo el sombrío silencio que se había avecinado sobre el angustiado grupo. El tiempo seguía su curso, y el de la pareja corría peligro de agotarse, pues, si no daban con ellos pronto, aquel enemigo desconocido no sería benigno y lograría su propósito. Y Steven y Clarissa morirían.

Capítulo 15

El amor todo lo soporta...

1 Corintios 13:4

El sonido de unas fuertes carcajadas se filtró en el inconsciente de Clarissa, logrando que despertara finalmente. Sintiendo un fuerte dolor de cabeza y el suelo girar debajo de su cuerpo, abrió sus ojos parpadeando con dificultad.

La oscuridad era absoluta, el miedo aceleraba su corazón a cada segundo. Intentando calmarse, cerró los ojos y trató de recordar qué le había sucedido. Los recuerdos llegaron a su mente en tropel. Se vio subiendo a un árbol, ingresando al cuarto de Steven y observando su cara de sorpresa, iluminada por las velas; después... el horror de sentir un arma apuntando a su espalda, y ver a Stev amenazado por un hombre con el rostro cubierto. Luego recordaba su propio grito y hasta ahí llegaba su memoria.

«Oh, Dios mío... ¿dónde estoy?». De a poco la sensación de sentir sus extremidades había vuelto, por lo que, haciendo acopio de fuerzas, movió sus piernas entumecidas y a continuación, sus brazos. ¡Rayos!... Sus pies y sus manos estaban fuertemente atados. Tiró de sus muñecas y sintió algo extraño rozándolas. Reprimiendo un grito, tanteó como pudo todo a su alrededor. Se encontraba acostada sobre su estómago, y debajo sentía algo blando, lo que le decía que no era el suelo de aquel lugar.

Con mucho esfuerzo, reguló su agitada respiración y el atronador golpe de su corazón en el pecho; y agudizando los sentidos, que le serían útiles en esa penumbra, entonces la oyó:

—¿Stev?... Oh, Dios, Stev, eres tú —dijo en un angustioso susurro. Podía escuchar el suave sonido de su respiración; apoyó su cabeza sobre el pecho del conde, y le alivió sentir su corazón repiqueteando normalmente. Sus captores habían atado sus manos a las del conde, al igual que los pies de ambos, por lo que estaba acostada sobre Steven y él, boca arriba sobre el suelo.

—Steve, Steve, despierta —lo apremió desesperadamente.

El conde seguía inconsciente. Palpándolo con cuidado, no encontró heridas o algún líquido cayendo, lo que la tranquilizó de momento. Tal vez se limitaron a golpearlo en la cabeza como a ella, y no le habían disparado de nuevo; aunque debió haber sido un gran golpe como para haber logrado que un hombre grande como el conde se rindiera sin dar más lucha.

Las risas que la habían despertado se volvieron a escuchar. Parecían venir de no muy lejos, pero estaban definitivamente fuera de donde sea que los tuviesen encerrados a ellos. Las risotadas no eran solo masculinas; también oía risas de mujeres y gritos de fingida alarma. El movimiento de Stev despertando interrumpió su investigación improvisada. Su cuerpo se había tensado y de su boca salió un gruñido dolorido.

—Stev, no te muevas —le dijo temiendo que se dañara.

—¿Clarissa?, pero ¡qué diablos! —respondió el conde con la voz ronca. —Shh, espera, no deb... —intervino ella, nerviosa, cuando el levantó la voz.

—¿Estás bien? ¿Dónde se supone qu... —la interrumpió alterado.

Las risas de afuera cesaron de golpe, por lo que, sin posibilidad de mover sus manos, Clarissa hizo lo único que podía para enmudecerlo: lo besó con precipitada fuerza. Sus labios apretaron los del conde, y lo hizo callar rápidamente. En un principio Steven no respondió, pero al segundo

su desconcierto y su sorpresa quedaron en el olvido, y sus labios, que estaban algo fríos, le correspondieron con apasionada y vehemente premura. Su boca envolvió y exploró la suya, bebiendo todo de ella, hasta lograr que su cuerpo se estremeciese y el del conde se endureciera a su vez.

El jolgorio en el exterior se había reanudado, pero en la enloquecida mente de la joven no cabía otra cosa que no fuese este hombre... y aquel estremecedor beso que compartían. Sin aire en sus pulmones, ella separó su boca de la del conde, levantando la cabeza.

—Stev, no grites. Ellos... ellos están cerca —le advirtió con la respiración acelerada.

—Clarissa.... —respondió muy bajo, con voz ronca de deseo y con su pecho respirando tan agitado como el de ella—. Ohh, esto es demasiado. No puedo soportarlo... Yo debo hacerlo... —siguió diciendo él con tono anhelante y ronco.

Ella no comprendió sus palabras, hasta que sintió la boca del conde sobre la de ella nuevamente. Y el fuego que sus labios prendían juntos regresó con ese abrasador beso.

—No sé qué me haces, pequeña, pero me encantas, me desquicias y me enloqueces, dulce Rissa —le dijo, separando sus labios, y besando su barbilla y su cuello; finalmente reposó su cara ahí, junto a su clavícula.

—¿Pequeña, yo? —respondió ella con una burbujeante risa, movilizada y conmovida por su beso y por su romántica confesión.

—Sí, pequeña, mi pequeña —contestó él, divertido y rudo al mismo tiempo.

Clarissa rio nerviosa. Era probablemente más alta que la mitad de los hombres de la nobleza, y aun así algo en su interior reaccionó correspondiendo a su posesivo apelativo.

—Demonios, esos malnacidos nos ataron —continuó él, cayendo en cuenta de su apurada situación.

—Sí, y ellos están fuera, de seguro, custodiando la salida; por eso quise impedir que te oyeran —le contestó bajito.

—Sí, mejor que no se enteren de que despertamos. Créeme que estoy extasiado con tu táctica, y alguien que no te diré parece tan encantado como yo —le dijo Stev con picardía.

Clarissa sintió su sonrisa y, estando tan pegados, su comentario cobró sentido, lo que produjo que soltara una exclamación y sus mejillas se sonrojasen furiosamente.

—Um..., ¿estás bien?, ¿no estás herido? —preguntó con timidez y con la risa de Stev rebotando en su pecho.

—Estoy bien, Rissa, ¿tú? —contestó él, usando el apodo que le había puesto cuando era una niña y no había vuelto a usar.

—También, solo me duele la cabeza. Desperté un rato antes, y me asusté cuando recordé todo —respondió ella tranquilizándolo.

—Debemos intentar desatarnos ahora, que estamos sin vigilancia —le indicó Stev, tirando de sus muñecas. Las ataduras estaban muy apretadas, y pronto cayeron en cuenta de que, con esa acción, hacían que el nudo se ajustara más todavía.

—Clarissa, tus manos son más finas y delgadas; intenta deslizarlas fuera de la cuerda —la instó él.

Ella, obediente, empujó su mano hacia abajo, pero no logró nada. Volvió a insistir, pero solo se raspó con la áspera sogá.

—No, no puedo, Stev —resopló frustrada.

—Para, te lastimarás. Bien, se me ocurre algo: cierra tus manos como puños y trata de juntarlos lo más que puedas —la apremió Steven.

Cuando lo hizo, sintió que las manos del conde rodeaban las suyas hasta tocar su pecho.

—Umm, ¿qu...qué estás haciendo? —lo interrogó ella tartamudeando, tensándose, cuando las manos masculinas tantearon su corsé, rozando el nacimiento de sus pechos.

—Shh..., quieta, pequeña —le advirtió el conde, con la respiración algo agitada.

Paralizada, lo dejó hacer y sintió sus largos dedos colándose en el interior de la ropa. Con dificultad, alcanzó las ballenas del corsé y, rasgando la costura del forro, extrajo lentamente la vara de metal.

—Ya está. Cuidado con tu cabeza, Rissa —dijo él y empezó la tarea de cortar las cuerdas con la varilla.

Pasado el momento de roce íntimo, se limitó a soportar en silencio el dolor que le producían los rasguños accidentales del metal en sus manos.

—Listo pequeña, lo logré —anunció, bufando por el esfuerzo, sacudiendo las manos de ambos hasta desprenderse de las cuerdas.

—Ohh, por fin —suspiró aliviada, girando sus muñecas doloridas lentamente.

—Apóyate en mí y trata de ponerte de rodillas; debemos pararnos para desatar nuestros pies — le pidió el conde con su característica calma y su tono optimista.

Clarissa apoyó sus palmas abiertas sobre el pecho de Stev y, empujando hacia abajo, se impulsó hasta posicionar, tambaleante, sus rodillas en el cuerpo del conde.

—Ay..., espera. Cariño, mueve tu rodilla izquierda —la interrumpió él, con la voz convertida en un quejido dolorido.

—Ohh..., disculpa —exclamó avergonzada y violenta, al percatarse de que su rodilla estaba aplastando sus partes pudientes.

—Así; ahora, sostente de mi cuello —siguió el conde, y sus manos se deslizaron por su cintura hasta posicionarse en las caderas femeninas.

Clarissa se afirmó en su cuello y Steve, impulsándose, se sentó haciendo que sus posaderas quedaran apoyadas sobre sus pies y sus torsos, apretados. Ella no pudo impedir que su piel se erizara, debido a la proximidad y a la postura íntima de sus cuerpos, pero el intenso quejido de sufrimiento que salió del conde la distrajo al instante.

—¿Qué pasa? ¿Te estoy lastimando?, ¿puedo ayudarte? —le dijo ella preocupada al oírlo murmurar algo como: «Esto ni un santo lo soportaría, ¡por Dios!».

—No, pequeña, la ayuda que necesito no está en tus posibilidades, aunque estés en posición de hacerlo —respondió con la voz tan ronca que la alarmó, pero su posterior risa la calmó.

A continuación, sus brazos la rodearon y, estirándose al máximo, el conde desató sus pies. Sintiéndose libre, se puso de pie, tambaleante, y no tardó en arrodillarse nuevamente para empezar a desanudar los pies del conde. Luego de unos minutos, ambos estuvieron libres; Clarissa tomó las manos de Steven y juntos se pusieron de pie.

—¿Dónde crees que estamos? —preguntó ella que, con los ojos acostumbrados a la oscuridad, podía vislumbrar lo que parecía la forma de unos barriles desperdigados por el sitio.

—No lo sé —contestó Steve, y algo en su voz pareció comunicar su inquietud e incomodidad.

—Oh, Stev, lo siento, por un momento olvidé tu condición —se disculpó, maldiciéndose por dentro el haber olvidado su ceguera—. No te preocupes, te diré lo que la penumbra me deja ver —siguió diciendo ella, pensando que debía estar muy alarmado por saberse ciego e impotente, lo cual lo mantenía tan callado—. Bien, veo muchos barriles y lo que parecen mesas apoyadas contra la pared —continuó, moviéndose a tientas por la habitación y caminando hasta dar con una puerta de madera maciza—. No hay ventanas y la puerta está cerrada por fuera —terminó ella, tirando infructuosamente de la puerta y volviéndose hacia él, que seguía parado en el rincón.

—Por lo que me dices, creo que estamos en alguna especie de bodega o almacén. No se siente olor nauseabundo y, teniendo en cuenta el ruido, puedo deducir que está en uso y no abandonada. Puede que se trate de una taberna o una posada —le respondió el conde acercándose a ella con lentitud, llevando las cuerdas agarradas en su mano.

—¿Qué haremos? —preguntó con inquietud cuando la alcanzó.

—No te preocupes, pequeña, tengo un plan. Solo debemos esperar a que quien sea que nos retenga aquí venga por nosotros. Cuando eso suceda, tú solo haz lo que te indique y todo saldrá bien —la tranquilizó, apretando su mano en la suya.

—Stev, tengo miedo. No puedo soportar la idea de que algo te pase, no quiero que salgas herido. Sé que me pediste que te olvidara..., pero... yo lo intenté y no pude —le dijo, apoyando su cara en su pecho.

—Lo sé, lo sé. Me alegro de que no hayas podido; olvida eso, lo que escribí en esa carta fue una estupidez. Yo solo quería protegerte, pero mira dónde estamos —respondió compungido el conde, rodeándola con sus fuertes brazos.

—No es tu culpa. Yo tomé mis propias decisiones, y no me arrepiento; lo haría mil veces si eso me garantizara estar así, en tus brazos. Debes entender que este es mi sitio, el lugar donde quiero estar para siempre, junto a ti, porque te amo —alegó apasionada.

—Dulce Rissa, no te merezco; pronto sabrás cuán culpable soy. Yo quería evitar que sufieras y que algún día tus bellos ojos perdieran ese brillo, pues no soportaría verlos mirarme con odio y dolor. Pero con todo esto, para mi eterna dicha y, puede que al final, para tu pesar, te amo. Te amo, Clarissa, con cada fibra y latido de mi negro corazón —confesó apremiante el conde, levantando la barbilla de la joven y dándole un suave beso.

—Ohh, Stev..., yo no... —barbotó emocionada y aturdida por escuchar la tan ansiada confesión.

—No digas nada ahora, solo promete que, cuando llegue el momento, recordarás lo que te dije —la cortó rogando, cuando percibió su duda y vacilación.

—Umm...Está bien, lo prometo si quieres —aceptó, algo consternada de que él creyese que podría olvidar su amor.

El ruido de alguien que introducía una llave en la puerta los puso en alerta y en repentina tensión.

—Clarissa, corre y acuéstate en la postura en la que nos dejaron. ¡Vamos, rápido! —la apremió él cuando ella protestó, empujándola a moverse.

Mientras ella se acostaba, lo vio moverse hacia un costado y apretarse contra la pared en posición de ataque. La puerta se abrió de golpe. Ella cerró los ojos, rogando a Dios para que ambos soportaran lo que vendría y para que salvara sus vidas.

Capítulo 16

Sentirás que el mundo, su caos y lo que te rodea, desaparece cuando logras mirarte en los ojos del amor...

Capítulo veintiséis del libro Consejos para un romance exitoso

Sabrás que tu voluntad ha logrado ceder ante el amor cuando por fin tu boca pueda confesar lo que tu corazón siempre supo.

Capítulo veintisiete del libro Consejos para un romance exitoso

El sonido de unos pesados pasos resonó por el lugar. Su secuestrador, o quien fuese, avanzó adentrándose más en la improvisada prisión. Con el corazón desbocado y el vello erizado, Clarissa se esforzó por permanecer inmóvil; el hombre dejó de caminar, y soltó una retahíla de improperios. Desde el suelo, abrió apenas un ojo, justo para ver una enorme figura parada en medio de la habitación, mirándola desconcertado.

En ese momento todo pareció detenerse; aquel tipo gigantesco pareció caer en cuenta de lo que estaba sucediendo, y a continuación se desató el caos. El secuestrador emitió un rugido furioso y comenzó a girarse en el preciso instante en que Steven se lanzaba a su espalda. La emboscada logró desestabilizar al hombre, que cayó al suelo, pero volteó rápidamente y esquivó un puño de Steven.

Impactada, observó cómo el cuerpo del conde y el del malhechor se volvían un revoltijo de extremidades. Tan pronto como Steven lograba hacerse con el control y dominar asestando golpe tras golpe, el otro giraba, aplastando al conde contra el piso y comenzaba a ahorcarlo con ambas manos sobre el cuello del noble. La cara del conde se estaba poniendo violeta por el esfuerzo que hacía por intentar respirar, mientras golpeaba las costillas del hombretón, que parecía no sentirlo, pues apretaba el cuello de Stev con más saña. Desesperada, miró en todas las direcciones, buscando algo para ayudarlo.

Frenética, intentó levantar un barril, pero le resultó imposible moverlo por el peso de su contenido; por lo que, sin más opciones, se trepó a la espalda enorme del malviviente y, utilizando las cuerdas con las que los habían atado, lo atacó. El tipo bramó enloquecido y se sacudió violentamente, intentando sacársela de encima.

El tipo, viéndose atacado por los dos frentes, soltó apenas su agarre sobre el conde, y eso fue suficiente para que Stev lo golpeará en la barbilla, mirándolo y debilitando su ataque. Entonces, cuando se encontraba en esa precaria posición sobre la espalda del atacante, lo supo. Sus ojos se encontraron con los de Steven; solo una fracción de segundo, y en ellos pudo verlo todo: adrenalina, furia, temor, preocupación por ella. Amor... y... culpa. Atónita, ella se sintió caer en un abismo de dolor y traición; todo a su alrededor se silenció y desapareció, hasta que solo pudo mirarlo incrédula, sintiendo el atronador latido de su corazón desgarrándose en su pecho.

—¡Clarisa, corre! —gritó Steven, y el sonido regresó como un zumbido a sus oídos, arrancándola del aturdimiento en el que había caído.

Conmocionada, soltó el cuello del hombre y se bajó de su espalda, trastabillando y retrocediendo hacia atrás. Cuando llegó a la puerta, Steven había logrado vencer al gigante y se encontraba sobre él, abatiéndolo con puños sangrantes. Tambaleante, se giró y salió a un pasillo lúgubre y vacío. Con el corazón en la garganta, corrió por el lugar, sin saber hacia dónde iba o

dónde se encontraba.

Todas las puertas del largo pasillo estaban cerradas y apenas veía dónde pisaba, pues la iluminación era escasa. Al llegar al rellano de una escalera desvencijada, vio a un grupo de hombres de aspecto temible subiendo por ellas; por lo que retrocedió espantada y aterrorizada. Los hombres se acercaban y estarían en segundos a su altura. Desquiciada, intentó abrir las puertas a su alcance, pero resultaron estar cerradas. Frenética, golpeó una puerta de color azul brillante, y se volvió hacia la escalera apretándose contra ella. Cuando los pasos de los hombres se oyeron cerca, la puerta a su espalda se abrió repentinamente y una mano la jaló hacia adentro con brusquedad. El impulso la hizo caer desparramada sobre un suelo alfombrado.

La puerta se cerró, dejándola momentáneamente fuera del camino de esos hombres, y se encontró mirando la esbelta espalda de una mujer escasamente vestida con una bata blanca de seda. Su cabello rubio y rizado se sacudió cuando ella giró sobre sus pies. El cuarto estaba iluminado de forma tenue, por lo que no podía vislumbrar los rasgos de la desconocida.

—Puedes levantarte, no te haré daño —dijo una voz melodiosa, que al instante le pareció familiar.

Ella se alejó de la entrada, pero no se le acercó, sino que se dirigió caminando con elegancia hacia un rincón, donde el escaso mobiliario de la habitación se limitaba a una pequeña mesa y dos sillas. Frunciendo el ceño, se puso de pie y miró a su alrededor: una cama, un biombo y un pequeño ropero completaban la modesta, pero pulcra, estampa del lugar.

La extraña mujer se había sentado y la miraba en silencio. Aún nerviosa y a la defensiva, le devolvió la mirada alerta.

—Creo que debo agradecerle, señora —dijo, observando a su salvadora con disimulo.

Ella asintió y luego encogió un hombro, despreocupada, en un gesto que le despertó una repentina sensación de familiaridad, que no podía identificar.

—No es necesario. Por tu aspecto puedo deducir que estás en problemas — respondió ella, señalando las cuerdas, que aún no recordaba sostener en sus temblorosas manos.

—Así es. Anoche fui secuestrada junto a ummm... un amigo. ¿Puede decirme dónde estoy y qué hora es? —le preguntó esperanzada y más tranquila.

—Claro. Estás en una pensión, justo al límite de East End. Aunque no estamos en la zona roja propiamente dicha, no es seguro para una mujer sola, y menos para una dama. Y con respecto a la hora, está atardeciendo; puedes comprobarlo tú misma, mi ventana da al exterior —contestó la rubia mujer y ella, estupefacta por esa inquietante información, no pudo evitar abrir los ojos.

—Ohh..., estoy muy lejos de casa, ¿qué voy a hacer?... Yo... ¡Oh, Dios y Stev! —dijo Clarissa, acelerada. Cuando se asomó y vio el sol cayendo, recordó que el conde todavía no estaba a salvo; ni siquiera sabía si vivía. Y ese pensamiento logró que las lágrimas retenidas terminasen de resbalar por sus mejillas pálidas.

—¡Oye, detente! —dijo la voz de la mujer, frenando su cuerpo, que inconscientemente iba hacia la puerta—. No puedes volver, es demasiado peligroso. Lo mejor será que huyas antes de que tus captores te descubran — siguió diciendo, levantándose para abrir un baúl y rebuscar en él.

—Pero... pero no puedo irme. No sé dónde estoy ni cómo volver. Además, mi amigo me necesita —respondió con voz trémula, apoyando derrotada la frente sobre la puerta, y abrazándose a sí misma, pues de pronto era consciente de su semidesnudez, y el frío le producía temblores violentos

—Te ayudaré. Y créeme: debes salir de aquí pronto, tu amigo sabrá arreglarse. Y serás más útil si vas en busca de ayuda —contestó la joven, girándose con una gruesa capa en las manos.

—¿Crees que lo lograré? Mientras estuve cautiva, pude oír mucho jaleo proveniente del piso

inferior. Y nada más salir, casi me doy de bruces con un grupo de hombres que parecían matones —dijo dudosa Clarissa.

—El ruido se debe a que abajo, por las noches, el salón se transforma en un improvisado antro donde se bebe, se realizan apuestas y se alquilan mujeres. Por allí no podrás salir ya que, si no te interceptan los que te trajeron aquí, lo hará cualquier cliente —explicó ella, señalando la capa y haciéndole un gesto para que la tomara.

—Ohh, y entonces, ¿cómo saldré? —la interrogó; mientras aceptaba su ofrecimiento, se escondía tras el biombo y se aliviaba algo avergonzada.

—Eso es fácil. Usarás la ventana que da a los establos; allí te esperará un joven mozo, que es de mi confianza y te ayudará a llegar a tu casa —explicó rápidamente, yendo hacia otra ventana y asomándose a ella con discreción. Luego de soltar un suave silbido, comenzó a anudar las sábanas de su cama.

—Ponte la capa y la capucha, y pásame las cuerdas. La bajada no será peligrosa; solo estamos en un tercer piso —continuó la mujer, tomando las

sogas, haciendo un lazo bastante ancho con ellas, el cual aseguró al extremo de la larga tira que había formado con la tela.

Algo aturdida, la observó atar la otra punta a la pata de la pesada cama. Después de colocarse la capa, aceptó la cuerda de su mano.

—Pasa el lazo por tus brazos y amárralo a tu cintura —indicó y lanzó la sábana por la ventana.

Con piernas temblorosas, se encaramó al borde de la ventana y se volvió a mirar a su salvadora.

—Yo... no sé cómo agradecerte. Ni siquiera sé tu nombre —dijo, tratando de distinguir sus rasgos, pero, como ella se mantenía a distancia, no pudo hacerlo.

La mujer abrió la boca para responderle, pero unos fuertes golpes en la puerta la interrumpieron. La madera tembló bajo el violento llamado y se oyó un gran alboroto en el pasillo. Asustada, se deslizó hacia el exterior, y quedó suspendida en el aire, sosteniéndose de la tela.

—¡Vamos, apresúrate! —habló acelerada la mujer, asomándose para verla. Con rapidez descendió y, cuando sus pies tocaron el suelo de tierra, un joven alto se acercó y le quitó la cuerda con prisa.

—Gracias, te debo mi vida —dijo agradecida Clarissa, levantando la cabeza hacia la mujer.

Ella tiró de la sábana, jalándola hacia arriba, y la luz de las farolas externas alumbró por un instante su rostro ovalado.

—¿...Emily...? —inquirió sin aliento y pasmada, chocando sus ojos azules con unos verdes brillantes.

La respuesta no llegó, y la ventana se cerró al mismo tiempo que el mozo de cuadras tiraba de su brazo y la alejaba de ese lugar.

—Vamos, ayúdenme a levantarlo.

Una voz grave y profunda se coló en la cabeza de Steven, regresándolo de la negra inconsciencia, trayendo consigo un agudo dolor que le recorría todo el cuerpo y que lo mantenía inmóvil y pegado al frío suelo, sin poder abrir los ojos.

Varias manos masculinas rodearon sus hombros, levantándolo del piso, lo que en su, todavía vigente, estado defensivo lo hizo reaccionar con violencia y apartar esas manos.

—Hamilton, Hamilton, tranquilo, soy Gauss. No te resistas, estás muy herido, te ayudaremos —le dijo la voz que finalmente reconocía, frenando sus movimientos violentos.

—¿Gauss?, ¿qué haces aquí? —preguntó Stev todavía confuso, aflojando la tensión de sus

músculos y aceptando su ayuda.

—Nos enteramos de su secuestro esta mañana. Hemos estado buscándolos todo el día; yo los encontré y envíe a avisar al resto, que se encuentra rastreando otra zona —explicó Gauss cuando él estuvo sobre sus pies.

—¿Nos encontraste?... ¡Oh, por Dios!, ¡Clarissa! —inquirió el conde, recordando todo de golpe.

Gritando con desespero, Steven miró a su alrededor y rastreó la habitación hasta dar con el gran bulto que formaba el cuerpo de su secuestrador, el cual yacía boca abajo junto a la pared, contra la que lo había estampado.

Hacia allí se dirigió el conde, ignorando las advertencias de Gauss. Enfurecido, levantó la cabeza del delincuente y lo sacudió con fuerza.

—¡Maldito!, ¡despierta! ¡Maldita escoria!, ¡dime quién te paga! ¿Para quién trabajas? —espetó fuera de sí, jalando al hombre con vehemente ira, pero sin obtener respuesta ni reacción alguna de aquel sangrante amasijo golpeado.

—Baltimore, está muerto. ¡Baltimore, no sigas! —gritó Gauss, sosteniendo sus manos.

—Suéltame, Gauss —contestó amenazante. Y cuando estuvo libre, soltó con desprecio el cuerpo del otro, que rebotó con un ruido seco—. ¿Dónde está Clarissa?, ¿está resguardada ya? —siguió el conde, volviéndose a mirarlo.

—No. Cuando llegamos no estaba. Los agentes requisaron todo el lugar y comprobaron que no se encuentra aquí —negó Gauss, luego de estudiar el rostro de Steven un segundo, ignorando el hecho de que Steven lo mirara a los ojos abiertamente y evitando preguntarle desde cuándo podía ver.

—¡Maldición!, no puede ser. Si le sucede algo, no podré perdonármelo —dijo el conde con agonía, tapando su cara golpeada con sus manos—. Ella... Yo le dije que corriera y pidiera ayuda abajo: era la única opción que tenía en el momento. Pensé que, con suerte, el posadero se percataría de su procedencia noble —siguió Steve, observando cómo un agente fornido y alto entraba en la bodega donde los habían retenido.

—No estamos en una posada, Baltimore; esto una casa de juegos y un prostíbulo nocturno. Las dependencias del piso superior se usan para atender a la clientela masculina y algunas habitaciones se arriendan a prostitutas y damiselas con protectores poco adinerados —aclaró Sebastien con acritud, viendo cómo el rostro del conde se ponía blanco con cada palabra suya.

—Milord, hemos terminado de revisar todo el edificio: no hay rastros de la dama —dijo el agente de Bow Street a Gauss, al hacerle señas para que hablara.

—¿Interrogaste al propietario? —preguntó Gauss, evitando la mirada sorprendida de Steve, que parecía no creer su actitud resuelta, sagaz y profesional, pues siempre lo había visto en su papel de juerguista despreocupado.

—Sí, milord. El tipo está muy asustado, dice que no tiene nada que ver con el secuestro, que este hombre le alquiló ayer la bodega para, según él, montar una juerga; y como le pagó muy buena moneda, no hizo más preguntas —contestó rápidamente el oficial, señalando al gigante muerto.

—¿Y qué hay de lady Clarissa?, ¿no la vio bajar? Alguien tuvo que haber visto algo, ya sea cuando nos subieron inconscientes, o a ella salir corriendo —interrumpió Steven, tratando de contener su angustia y su desesperación.

—El dueño dice que el tipo usó la puerta de atrás al ingresar, y por eso no se percató de que subían dos bultos desmayados. Con respecto al otro asunto, jura estar seguro de que absolutamente ninguna joven bajó, puesto que todas las prostitutas estaban con sus clientes habituales y solo quedaba una inquilina en el edificio —terminó el hombre de la ley.

—¿Y quién es ella?, ¿dónde está? Tengo que hablar con esa inquilina. Tiene que saber algo, no puede haberse evaporado —respondió Steven, saliendo apresurado del cuarto y haciendo un ademán al oficial para que lo guiara.

El agente caminó por el pasillo y se detuvo frente a una puerta azul. Al llegar, se volvió para mirar a los nobles que venían tras él.

—La inquilina abandonó hace una hora la habitación. Según el posadero, le abonó y se fue sin dar pistas sobre su siguiente destino —informó el agente, abriendo la puerta y apartándose para dejarlos entrar.

—Sí, no hay nadie aquí. Parece que la partida fue intempestiva —comentó Gauss, investigando el cuarto, tomando del tocador un cepillo abandonado, y frunciendo el ceño al observar la hebra de un cabello enganchado entre sus cerdas.

Steven miró por una de las ventanas pensativo, y al girar algo llamó su atención.

—¡Qué diablos! —dijo contrariado, agachándose junto a la cama y sacando un manojo de cuerdas de debajo—. Ella estuvo aquí. Estas son las cuerdas con las que nos mantuvieron atados —declaró el conde frustrado y tendiéndoselas a Gauss.

—Ya veo... Creo que, por lo menos, podremos llegar a una conclusión gracias a tu hallazgo —contestó Sebastien, deteniéndose a observar el lazo que formaba una parte de la cuerda.

—Ya dime cuál es, Gauss. No tengo paciencia para las adivinanzas. Y si no te importa, necesitare tu abrigo —respondió impaciente el conde, señalando su bata negra, convertida en un harapo sucio y manchado de sangre.

—Pues es obvio que la vía de escape de la dama fue una de las ventanas. Me juego por la que da al establo, ya que es más factible que haya huido usando la cara trasera del edificio, lo que confirma el hecho de que nadie la vio salir —declaró Gauss extendiéndole su largo saco.

Cuando Steven y toda la comitiva abandonaron el antro, la luna brillaba en el cielo. Gauss subió primero al carruaje que los aguardaba y él se preparó para hacer lo propio, pero un tirón brusco se lo impidió.

—¡Dónde está mi hermana! —lo increpó un airado Nicholas, estampando la espalda del conde contra el vehículo y pegando su rostro amenazante al suyo.

—¡Contesta, Steven! —siguió gritando el duque, colérico, sacudiéndolo. —No lo sé. Suéltame, debo buscarla —respondió suplicante. —¡Malnacido!, ¡esta es tu maldita culpa! Te juro que, si algo le pasa a mi hermana, te mataré. Te lo aseguro: acabaré conti... —siguió Nicholas increpado y desencajado, sacudiendo sus hombros, cuando su hermano Andrew trató de separarlo del conde, pero la reacción de su amigo lo interrumpió.

—¿¡Crees que no lo sé!? ¡Maldición!, yo mismo terminaré con mi miserable vida si ella se daña uno solo de sus cabellos —lo cortó Steven con ardor, logrando que el otro frenara su enfurecida diatriba—. Sé que es mi culpa, ¿está bien? Pero Dios sabe que nunca quise esto, que tu hermana representa todo lo bueno, lo noble, lo puro, lo dulce...; ella... lo es todo... y daría mil veces lo que fuera, mi fortuna, mi apellido, mi honor, mi maldita vida... por una sola de sus sonrisas. Sí, Bladeston, lo haría mil veces y otras mil... porque yo amo a Clarissa —terminó el conde con la voz convertida en un angustiado jadeo, pues sus heridas y golpes amenazaban con dejarlo sin respiración.

Sin embargo, sus ojos verdes, que despedían destellos de ese amor, anhelo y pasión, no se despegaron de los azules sorprendidos del duque. Entonces, Steven pudo leer en la mirada de su amigo la comprensión y el reconocimiento de ese amor; más aún, pudo vislumbrar la tan esperada aceptación. Y por fin su mente y su corazón le permitieron claudicar a su cuerpo apaleado y

devastado. Aliviado por su confesión, sucumbió dejándose llevar al reino de las sombras. Sonriente, se sumergió en ese pacífico lugar, susurrando: «No me dejes, dulce Rissa».

Capítulo 17

Conocerás que amar y ser amado es un regalo que solo obtienen quienes están dispuestos a luchar hasta el final...

Capítulo veintiocho del libro Consejos para un romance exitoso

Cuando de conquistar al amor se trata, lo más efectivo es utilizar el factor sorpresa...

Capítulo veintinueve del libro Consejos para un romance exitoso

—El conde no presenta ninguna herida de gravedad, su excelencia. Está débil porque los puntos de su herida en el hombro se abrieron, y por los múltiples golpes que sufrió. —Esa voz algo nasal se coló lentamente en la conciencia de Stev que, sintiendo su cuerpo arder, volvía a estar consciente.

—Doctor, ¿y qué sucede con su ceguera? —preguntó un hombre al que, aún sin poder abrir los ojos, pues su cabeza dolía como el infierno, identificó como el desgraciado de Gauss.

—He revisado sus globos oculares, milord, y la actividad en sus pupilas parece normal; por lo que con seguridad puedo decir que el paciente ha recobrado su vista —respondió con celeridad el médico.

—Bien, lo acompañaré hasta el pasillo, doctor; allí lo escoltaran hasta la puerta. Gracias por venir con tanta premura —dijo a su vez la voz del duque, que se alejaba de su lado.

—No hay de qué, excelencia, estoy a su disposición. Recuerde que el conde debe descansar y colocarse el unguento para los morados —siguió el hombre y la puerta se cerró; la respuesta de Nick fue inteligible.

Su mareo comenzaba a remitir, así que abrió los ojos cautelosamente. De inmediato frunció el ceño, desorientado. «¿Dónde diablos estoy?», pensó perplejo, examinando la amplia y decididamente masculina alcoba.

Por un momento su vapuleada cabeza lo había llevado a creer que seguía en su mansión, guardando su reclusión autoimpuesta. Pero esa no era su casa, tampoco la de Nick. «Rayos, ¿qué me pasó?... Lo último que recuerdo es estar en mi casa ley...».

—¡Demonios, Clarissa! —exclamó aterrorizado, y acelerado saltó de la cama.

Pues su bloqueo momentáneo se esfumó y los recuerdos de su indeseada aventura llenaron su mente. Algo tambaleante, dio unos pasos por la habitación, decidido a ir por su dama Y, luego de ponerla a salvo, terminar con el bastardo que se había atrevido a tocarla. Sin embargo, no llegó muy lejos, porque la puerta volvió a abrirse, dando paso al duque de Stanton que, al verlo en pie, frenó en seco.

—Steven, no puedes levantarte. El médico dijo que deb... —comenzó a decirle Nicholas, pero el rugido que salió de la boca del conde lo interrumpió.

—¿¡Acaso estás demente!? ¡Debo buscar a Clarissa! —bramó fuera de sí Stev fuera de sí, cortando sus palabras y rodeándolo, acelerado hacia la puerta —Detente, Steven, escúchame. En primer lugar, no creo que puedas llegar demasiado lejos con ese atuendo —señaló lacónico el duque, después de que él, frenándose, se volviese a mirarlo.

Su tono sarcástico le hizo bajar la vista, y casi avergonzado comprobó que dicho atuendo no era otro que su piel desnuda. «Maldición, ¿quién me desvistió?», pensó contrariado, girándose y

cubriendo su desnudez con la sábana.

—En segundo lugar, ¿realmente crees que estaría aquí tan tranquilo si mi hermana estuviese en peligro? —lo interrogó, caminando hasta la ventana, dándole la espalda y contemplando el exterior soleado.

—¿Es de día?, ¿cuánto dormí?, ¿dónde estoy? —preguntó más confundido a cada segundo.

—Sí, es media mañana; dormiste desde la tarde noche de ayer. Y estamos en la casa de mi cuñado —contestó Nick con sequedad, sin mirarlo todavía.

—¿Por qué me trajeron aquí? No entiendo, ¿qué sucedió? —dijo el conde, tratando de encontrar respuestas al acertijo en el que se había convertido su vida.

—No podíamos llevarte a mi casa, y la tuya no es una opción, ya que es obvio que quieren matarte —respondió Nicholas, encogiendo los hombros.

—Nicholas..., yo..., por favor, necesito saber. Dime que ella está bien — le suplicó Stev, dejando de lado el orgullo.

—Mi hermana está bien, está a salvo y sin daño. Anoche llegó un mensajero, trayendo noticias tuyas —siguió el duque; su voz y su postura declaraban su furia al hablar de ella.

—Bladeston..., no es su culpa... Umm... esos bastardos nos tomaron por sorpresa... Yo tuve la culpa de... —empezó a decir el conde, preocupado, pero su amigo levantó una mano para silenciarlo.

—No, ni lo intentes. Sé que no es tu culpa, lo sé todo; Clarissa misma me lo confirmó. Estoy al tanto de que se hizo pasar por otra persona y de que se coló en tu habitación anoche —lo cortó colérico, girándose y clavando sus ojos azules en el conde.

—Eso no es justo del todo, no sabes cómo pasó todo con exactitud. Las cosas son más complicadas, no puedes juzga... —alegó alarmado Stev, pues conocía al duque y sabía que, cuando se enfurecía, podía actuar impulsivamente.

—Ya está bien, no intentes justificarla. Ella es responsable y, mientras esté bajo mi cargo, no permitiré que siga arriesgándose —interrumpió airado Nick.

—¿Qué quieres decir?; mejor habla claro, Bladeston —respondió tenso. —Me refiero a que ahora soy yo el que no quiere que te acerques a mi

hermana. Clarissa ha sobrepasado todos los límites, y ha llegado al punto de poner en riesgo su vida —contestó Nick con voz dura, y en su mirada brillaba la advertencia.

—¿Insinúas que yo soy peligroso para ella? —lo desafió, apretando los puños y la mandíbula.

—Para nada, pero los hombres que están detrás de ti, sí lo son; y el amor que dice sentir por ti, también. Temo que esos fuertes sentimientos que tiene hacia ti terminen siendo no solo peligrosos, sino mortales —declaró el duque con seriedad.

—Nicholas..., yo... yo nunca le haría daño —dijo dolido Stev.

—Lo sé, no con intención. Pero Clarissa se vuelve una muchacha alocada e insensata cuando de ti se trata. Además, su vida corre riesgo a tu lado. Lo siento, Steven, olvídate de ella —le dijo cortante Nick.

—Eso no lo decides tú; solo nos concierne a tu hermana y a mí. Yo rompí el compromiso porque neciamente creí que era lo mejor, pero tu hermana me demostró cuán equivocado estaba. Ahora que lo comprendí, no pienso renunciar a ella —declaró desafiante Steve, y de inmediato vio las señales del enfado del duque en su cara.

—Te equivocas, su futuro lo decido solo yo. Ella es menor de edad y, como su tutor, no consentiré una unión contigo —afirmó con dureza el duque.

—Nicholas, no hagas esto. Me conoces, no aceptaré esto. Yo amo a Clarissa y no lograrás alejarme de ella; no te interpongas, te lo advierto. Y dime dónde está —exigió con voz letal y con

la ira apenas contenida.

—Y tú me conoces de sobra: nada me hará desistir de mi propósito de proteger a mi hermana. Ni siquiera el hecho de que seas mi mejor amigo. Es mi única hermana, Steven; si la tocas, acabo contigo —respondió amenazante Nicholas y se dirigió a la puerta, dispuesto a salir.

—Nick..., no te conviertas en mi enemigo. ¿Dónde está? —dijo, logrando que el duque se detuviera de espaldas, sosteniendo la puerta con una mano.

—Eso dependerá de ti. Y no te diré su paradero; ella no quiere volver a verte. En su carta me lo pidió especialmente, no quiere que lo sepas. Descubrió que le mentiste sobre tu visión y te odia por ello —afirmó en tono frío.

Su respuesta paralizó al conde de tal manera que solo pudo ver cómo su amigo abandonaba el cuarto sin mirar atrás. Tambaleante, se sentó en la cama y escondió la cara entre sus manos, sintiéndose derrumbado, derrotado y miserable.

«Te odia..., te odia..., te odia»: esas dos palabras se repetían dolorosamente, arrasando con todo a su paso. Ahora, que por fin se había sincerado consigo mismo, que no negaba que Clarissa era su razón de ser..., ella lo odiaba...

¡No! Se negaba a aceptar eso. Y si así era, tendría que decírselo con sus propios labios. Su amor lo había salvado: era un regalo que ya no podía rechazar y tampoco quería hacerlo. No la perdería, así tuviera que luchar hasta su último aliento. Esa historia no acabaría así...; de eso se aseguraría él. Algo más tranquilo, bajó sus manos y se irguió.

«Oh, sí... Prepárate, Clarissa Bladeston, porque voy por ti...», pensó, y en su rostro se formó una gran sonrisa. Steven Hamilton y su legendario encanto estaban de vuelta.

Dos días después de su terrible experiencia, Clarissa bajaba la escalera de Stweet Manor para dirigirse al comedor diurno.

El día estaba precioso y quería despejar su agobiada mente dando un agradable paseo. Un lacayo le abrió las puertas del comedor, donde ya se encontraba desayunando su hermano Andrew.

—Buenos días, hermana, veo que has decidido madrugar —la saludó Andy levantándose con educación.

—Oh, siéntate, Andy, no interrumpas tu desayuno por mí. Parece que te has olvidado de que nuestra familia no sigue las estrictas reglas de etiqueta, y menos en el campo —respondió, tomando un plato y comenzando a llenarlo con todo lo que se le antojaba apetecible.

—Cómo olvidarlo, hermanita —dijo sarcástico Andy, arqueando las cejas al ver la cantidad de comida que atiborraba su plato.

—¿Qué?, tengo hambre —disparó a la defensiva.

—No he dicho nada —se defendió su hermano, con una mueca que pareció divertida; aunque no lo podía asegurar, pues rápidamente su rostro retomó su habitual gesto serio.

—¿Me dirás por qué has llegado antes? Podrías haber viajado junto a Nick y a Lizzy —le preguntó luego de un momento de silencio, mirándolo con detenimiento.

—Decidí partir ni bien supe dónde estabas —comenzó a decir su hermano, apoyando su tasa sobre la mesa y fijando sus rasgados ojos azules en ella—. Clarissa, estoy preocupado por ti; dime qué está sucediendo entre Steven y tú, porque no comprendo nada en absoluto —siguió Andy, frunciendo un poco su ceño.

La joven suspiró derrotada, bajando la vista hacia su plato a medio comer. —Clara..., sabes que puedes hablar conmigo. No hace ni una semana que

regresé y las sorpresas no cesan de golpearme. Primero me encuentro con Nicholas, al que había dejado siendo un soltero empedernido, casado y embobado por una pequeña joven. Luego

mi hermanita menor es secuestrada del cuarto de un hombre que, hasta hace unos meses, era como un hermano mayor. Y para completar este caos familiar, Nick se negó a comentar nada al respecto, por lo que ya no sé qué pensar —dijo con sequedad el vizconde, pero en sus ojos se veía la inmensa inquietud que sentía por ella.

—Lo siento. Sé que en la última carta que te envié no mencioné nada de esto. Pero es que... ni yo sé lo que sucede con Steven y conmigo —respondió apenada Clarissa.

—Hermanita, a mí no me engañas: siempre supe acerca de tus sentimientos por el conde. Pero creo que en algún momento pensé que eran deseos de una niña convertida en jovencita que, cuando tuviera acceso a la sociedad, se olvidaría y se enamoraría de algún joven lord —contestó Andrew sin ambages.

—Yo... Eso nunca sucedió. Sí conocí muchos caballeros; sin embargo, no pude enamorarme de ninguno —dijo ruborizada.

—Eso está claro. Lo que me interesa saber es cómo terminaste enredada con Steven.

—Es una larga historia —inició procediendo a contarle todo a su hermano, evitando mencionar el encuentro que había tenido con Stev en los jardines y los detalles más explícitos.

—Si no supiese que es real, creería que me estás relatando una obra de William Shakespeare —dijo incrédulo Andrew—. Entonces, resultaste comprometida con el conde; luego él quedó ciego y te liberó del compromiso, y ahora Hamilton quiere casarse contigo, pero tú no deseas nada con él —inquirió confundido.

—Sí, aunque no sé si el conde quiere casarse conmigo. Yo fui a verlo para hacerle entender que debíamos estar juntos y que su incapacidad no me importaba, pero nos secuestraron. Estando cautivos logramos acercarnos... Allí... con él, me sentí plena y feliz, hasta que... —le respondió pesados, sin poder terminar la frase, debido al nudo de tristeza que le atravesaba la garganta.

—Hasta que descubriste que ya no estaba ciego. —Su hermano terminó por ella, mirándola con simpatía.

—Él me mintió descaradamente —contestó ella, tragándose el llanto.

—Tal vez..., no sé..., deberías escuchar su versión de los hechos —le aconsejó Andy, apretando su mano.

—Puede, pero no por ahora. Su engaño me ha dejado muy dañada —negó ella con una mueca.

—Bien, por lo menos tendrás con qué distraerte, puesto que madre me dijo que está todo preparado para la celebración —la animó Andy.

—No me lo recuerdes. Ni bien llegué, Honoria me arrastró por toda la casa para que la ayudara con los preparativos. Si no fuera porque el baile es en honor a la nueva duquesa, y también para conmemorar su cumpleaños, habría huido de aquí —respondió ella con malhumor.

—Pues no tienes elección. Además, vendrá el amigo que te presenté hace unos días, Brandon, quien se quedó muy impresionado contigo y no ha parado de atosigarme con su interés por ti —bufó Andrew, apartando su plato y dejando la servilleta sobre la mesa.

—No sabía que sir Preston estuviese entre los invitados —contestó sorprendida.

—No lo estaba, yo lo invité; espero no te moleste.

—Por supuesto que no, Andrew. Hoy llegarán Nick y Lizzy, y esta noche será la primera velada de esta semana —le informó ella con poca emoción.

—Espero que sobrevivamos, hermanita —bromeó y ella rió, muy contenta de escucharlo más relajado.

Ella también lo estaba. Haber hablado con Andrew la había aliviado ya que, por tener edades más cercanas, siempre habían estado muy unidos. Él era su confidente y eterno compañero de

juegos y travesuras. Aunque de pequeños, a menudo, peleaban como gato y perro, cuando se hicieron más grandes, terminaron siendo inseparables. Con nadie podía estar tan a gusto como con Andy, a pesar de ser tan opuestos en personalidad y temperamento. Pues tanto Nicholas, a quien también adoraba, pero —por ser diez años mayor y por la muerte del anterior duque— lo veía más como a un padre sustituto, como ella habían heredado el carácter de su padre.

Lord Clayton era de sonrisa fácil, alegre y encantador. Tal como ella, Nick era una combinación de sus dos progenitores: sabía divertirse y sonreír cuando la ocasión lo ameritaba. Pero cuando no, de seguro sentirías su mal humor y no se caracterizaba por su paciencia o afabilidad. En cambio, Andrew había heredado no solo el cabello castaño claro de la duquesa viuda, sino su temperamento agrio. Parecía estar tenso, preocupado y rígido la mayor parte del tiempo, pero, tras esa máscara seria e imperturbable, había un corazón bueno y noble.

—Estoy muy contenta de tenerte de nuevo en casa. Te extrañé y me hiciste falta —le dijo ella, abrazándolo, cuando llegaron a la puerta del comedor.

—A mí también me alegra, Clara —contestó él, usando el diminutivo con el que solo Andy continuaba llamándola.

—Pues díselo a tu cara, que parece no enterarse —lo pinchó ella y luego salió disparada del salón, antes de que él se vengara de algún modo.

—Vaya, estás bellísima, cuñada —la halagó Lizzy con una sonrisa de aprobación, entrando en su alcoba y admirando el vaporoso atuendo de seda y brocado rojos, el vestido tenía un escote alto, pero detrás dejaba su espalda al descubierto, y terminaba en un moño en la parte baja. Su cabello rubio estaba recogido con rodete alto, algo suelto, que le permitía verse elegante y sensual.

—Gracias, tú lo estás más —la halagó ella, observando su espectacular vestido de encaje y seda color púrpura, que hacía juego con sus hermosos ojos violetas.

—Oh, es el collar el que me da un efecto favorecedor —replicó Lizzy con humildad, acariciando las elegantes perlas que adornaban su cuello.

—Supongo que son un regalo de mi hermano. Esta vez se ha lucido —comentó pícaro Clarissa.

—Sí, mi cumpleaños es a medianoche. Hoy será la cena en mi honor y mañana será el baile, donde festejaremos mis veinte años —respondió, y en su tono se notaba su nerviosismo.

—Todo saldrá bien, Lizzy. No te preocupes, mi madre es una experta en estos eventos sociales. Nada que esté en sus manos saldrá menos que perfecto —se apresuró a tranquilizarle ella.

—Lo sé, amiga, no es eso. Pero... umm. —contestó dudosa e inquieta la duquesa.

—Entonces, ¿qué te sucede? Estás muy nerviosa, dime —inquirió curiosa Clarissa, colocándose un poco de perfume tras sus orejas.

—Escucha, sé que dijiste que no quer... —empezó a exponer su cuñada, pero un toque en la puerta la interrumpió.

—Su excelencia, su esposo requiere su presencia, los invitados comenzaron a llegar —informó una de las doncellas cuando le autorizaron la entrada.

—Vamos, Elizabeth, no te preocupes; luego continuamos nuestra charla —dijo Clarissa, tomando a su cuñada de la mano y saliendo del cuarto con ella.

A pesar de ser un acontecimiento íntimo y limitado, la concurrencia era bastante numerosa. El salón de eventos de la mansión se encontraba ocupado por varias docenas de personas.

Disculpándose con el grupo de mujeres con el que departía, se dirigió hacia el rincón donde se había dispuesto la bebida. Normalmente, no se le estaba permitido circular sola por el salón, pues las reglas dictaban que para desplazarse una dama soltera debía contar con la presencia de un

caballero o familiar masculino. Pero estando fuera de la ciudad, entre familia y allegados, todo se flexibilizaba bastante. Mientras bebía, vio acercarse a su hermano Andy, junto al americano que había conocido en el parque. Pronto llegaron a su lado, y el castaño la saludó galantemente.

—Milady, es un placer volverla a ver. Déjeme decirle que está usted en extremo bella esta noche —la aduló sonriendo el hombre castaño.

—Gracias, sir Preston. Espero haya tenido un viaje sin contratiempos — respondió ella con amabilidad, ruborizándose ante su penetrante mirada.

—Oh, sí, lady Bladeston. Además, la perspectiva de lo que me esperaba valió el esfuerzo de viajar hasta aquí —contestó clavando sus ojos dorados en ella.

—Disculpen, regreso en un momento —intervino Andrew y, sin esperar respuesta, se alejó de ellos.

Ella quiso que la tierra la tragara, pese a que intentó no transmitirlo con su expresión. El caballero pareció percatarse de su nerviosismo, ya que sonrió de lado, y ese gesto le pareció extrañamente familiar.

Los músicos, ubicados en la otra punta, comenzaron a tocar una suave melodía, a la que identificó como un vals.

—Lady Bladeston, ¿me concede esta pieza? —solicitó sir Preston extendiéndole su mano enguantada.

—Claro, será un... —quiso responder la joven, pero su comentario murió en sus labios, al escuchar una voz de barítono interrumpirla groseramente.

—Será imposible, caballero —dijo el recién llegado tras ella, y su respiración le voló los mechones que caían de su recogido.

—¿Perdón?, ¿acaso le prometió a usted la pieza? —interrogó con arrogancia el americano que, tras un segundo de estupor, parecía haberse recuperado.

—No, no solo me otorgó este baile, sino que todos y cada uno me pertenecen —aclaró el otro, y en su voz quedó más que clara su advertencia.

—Lady Bladeston, no creo entender lo que este caballero intenta decir — cuestionó sir Brandon dirigiéndose a ella, que estaba paralizada; tan conmocionada y sorprendida que su cuerpo parecía no reaccionar.

—Intento decir que busque otra compañera de baile, pues lady Clarissa no está disponible —lo cortó el hombre, impaciente, a su espalda.

—¿Ah, sí?, ¿y desde cuándo? Porque hasta que usted llegó a interrumpir, no me lo parecía — rebatió desafiante el americano.

—Oh, eso es fácil: desde hace once años, cuando esta hermosa dama me pidió en casamiento, y yo accedí a ser su esposo —afirmó el inglés con brutal sinceridad.

Y fue suficiente para que su mundo colapsara, y se arrastrara por el significado de esas palabras.

Capítulo 18

Conocerás que un corazón que no se rinde ante los obstáculos obtiene la rendición que solo un corazón enamorado puede dar...

Capítulo treinta del libro Consejos para un romance exitoso

Descubrirás que el sabor de lo inesperado puede debilitar la resolución más férrea...

Capítulo treinta y uno del libro Consejos para un romance exitoso

Steven arribó a la propiedad campestre de los duques de Stanton, justo cuando la cena en honor a lady Elizabeth comenzaba. Casi que esperaba que lo expulsaran a patadas al pisar Sweet Manor, pero eso no sucedió; el mayordomo de Nicholas lo recibió con su acostumbrada hospitalidad y fue guiado con presteza.

Al ingresar se encontró con más personas de las que supuso que habría. Ni bien traspasó las puertas del gran salón, su mirada se chocó con la de Nicholas. Su amigo departía con un grupo de caballeros, pero al verlo apretó los dientes con furia y pareció disculparse del grupo, y comenzó a dirigirse airado hacia él.

Steve se preparó para el inevitable enfrentamiento. Aquella vez estaba dispuesto a todo por Clarissa; nada lo podía alejar nuevamente de ella y acabaría con quien se atravesase a intentarlo. Aunque tuviese que arremeter contra su mejor amigo, nada se interpondría entre su mujer y él.

Si Nick no lo entendía, armaría un buen jaleo y ¡al diablo las consecuencias y el escándalo que de eso saliera! Lo único que interesaba era recuperar el amor de la joven. Y no se rendiría; sería mejor que nadie se cruzara en su camino. El duque se aproximaba rápido, pero, cuando estaba a corta distancia, la figura pequeña y curvilínea de lady Stanton lo interceptó con disimulo. La duquesa enlazó su brazo al del duque; este se detuvo en seco, y bajó la vista hacia su esposa. Ella se puso de puntillas y susurró algo en su oído. Nick enarcó ambas cejas al oírla y desde la distancia pudo ver cómo, increíblemente, sus mejillas se coloreaban. ¡Él se había sonrojado!

Después de que Lady Elizabeth terminara su comentario, miró en su dirección y lo saludó con una sonrisa amable. Steven le devolvió el saludo, inclinando su cabeza galantemente. Después, la dama volvió a mirar a su esposo y frunciendo el ceño se alejó de su lado; Nicholas parecía derrotado y se giró para ir tras ella, lo que causó que Steven le hiciese un gesto de burla y el duque lo fulminara con los ojos en respuesta, sin dejar de seguir a su esposa, apresuradamente, con evidente reticencia.

Libre de presiones, el conde se dedicó a buscar a su dama. Caminó por el salón, saludando, ya que prácticamente todos los presentes eran amigos. No tardó en localizar la rubia y brillante cabellera de Clarissa.

Ella estaba junto a la mesa de bebidas, conversando con un hombre alto y fornido. Se encontraba de espaldas a él y componía una visión subyugadora. Iba embutida en un sensual vestido rojo, que dejaba ver la belleza de su esbelto cuerpo. Nunca la había visto con un atuendo como aquel; tan audaz y atrevido, de ese color vibrante y llamativo. La hacía parecer mucho más madura y misteriosa, muy lejos de la dulce apariencia que le daban sus bonitos vestidos color pastel. Y esta imagen le recordaba irremediablemente a la mujer del antifaz. Estaba tan preciosa y magnífica que logró que con solo mirarla su cuerpo se despertase y tuviese que contenerse, para

no formar un charco de baba bajo sus pies.

Con el corazón palpitando con violencia en su pecho, caminó hacia ella. Entonces, sus ojos dieron con su acompañante, y su alarma interior se prendió. «¿Quién rayos es ese mequetrefe?», pensó molesto, mientras se detenía detrás; no se había percatado de su presencia.

El tipo le sonreía con demasiada confianza y la miraba muy intensamente, algo que no le agradaba para nada y que le hizo apretar sus puños con ira apenas contenida. El caballero de pelo castaño era solo un poco más bajo que él, pero igual de fuerte, y sus sonrientes ojos dorados le parecían familiares, pese a que estaba seguro de que nunca los había visto antes.

Dio un paso más hacia la joven, en el momento que los músicos daban la primera nota de lo que sería un vals, y oyó cómo ese desgraciado le solicitaba bailar la pieza. «Ni en tus sueños, malnacido», declaró en su interior, decidido a intervenir.

Steven supo cuál fue el momento en el que Clarissa reconoció su voz, pues toda ella se estremeció y la porción de piel que el seductor escote en su espalda dejaba a la vista se erizó completamente. Pero la joven no se volvió hacia él, sino que su figura se inmovilizó y se tensó visiblemente.

Más aún al escuchar sus últimas palabras, que no eran sino una declaración de que ella le pertenecía. Ya podía aquel tipejo animarse a tocar lo que era suyo y conocería su puño Hamilton, el cual era tan célebre como su afamado encanto.

—¿Lady Bladeston?, ¿es cierto que usted es su prometida? —indagó sorprendido el yanqui.

—Así es. Y usted es... —respondió por ella el conde con arrogancia.

—Sir Brandon Preston, y usted es lord Hamilton, ¿verdad? —respondió el otro, que no podía disimular su molestia.

—Lord Baltimore para usted —le dijo el conde con petulancia, sin importarle el jadeo amortiguado que había salido de Clarissa, que seguía en medio de ellos—. Ahora, si no le importa, debo tratar un asunto con mi dama —continuó el conde con frialdad, poniendo especial énfasis en sus últimas palabras, por si no le había quedado claro al tal Preston cómo iban las cosas allí.

Preston se quedó boquiabierto al oír cómo Stev lo despachaba sin miramientos y, aturdido, desvió su vista hacia Clarissa quien, luego de un segundo de incomodidad, asintió imperceptiblemente con su cabeza, por lo que con su rostro, rojo de furia, se alejó de ambos.

Cuando por fin se quedaron solos, él se acercó un paso más, y sus fosas nasales se inundaron con la exquisita fragancia a lilas de la joven.

—Buenas noches, dulce Rissa, es un placer volver a verte, milady —susurró junto a su oreja, aprovechando que la mayoría de las personas se dirigían hacia la pista de baile. Y disfrutó del sobresalto que su cercanía le ocasionó.

—Qué lástima que no pueda coincidir con usted, milord —contestó, y en su voz se transmitía el enojo que sabía que hallaría. Estaba preparado para ese recibimiento, aunque su frialdad le impactó igualmente y no pudo evitar sentir que su corazón se encogía un poco en su pecho.

Clarissa se movió hacia el costado y, rodeándolo sin mirarlo, lo esquivó y comenzó a alejarse con la gracia y la postura majestuosa de una orgullosa reina. Steven se quedó atónito ante su manifiesto desplante; no imaginaba que la joven pudiese actuar con tan explícita furia, pues ella siempre era correcta y, en demasía, educada. Pero no tardó en recuperarse y una sonrisa de depredador se extendió por su cara ante el desafío que la dama le lanzaba.

De verdad pensaba que él se quedaría ahí y la dejaría ir, lo que tenía sentido, pues el conde hasta el momento solo le había mostrado su lado cauteloso y precavido. «Oh..., no sabes lo que te espera, pequeña...», pensó Stev con divertida anticipación, mientras giraba para ir tras ella.

Traspasó las puertas abiertas del cuarto donde se servían las bebidas y vio a Clarissa caminando por el borde de la pista, dirigiéndose hacia su madre. En pocas zancadas la alcanzó y, sin malgastar un segundo, tiró de su brazo y se sumergió entre las parejas danzantes, ejecutando sucesivas vueltas al compás vertiginoso de la música. La joven, que había impactado contra su pecho, lanzó un grito de espanto mientras Steven la envolvía entre sus fuertes brazos, y la apretaba contra su cuerpo.

—¿¡Cómo te atreves!?! —exclamó rabiosa, tirando de su mano y empujando la que tenía libre contra su pecho para lograr separarse—. ¡Suéltame ahora mismo!, estás provocando un escándalo —siguió con enojo, mirando a su alrededor y dejando el forcejeo cuando vio que muchas parejas los miraban curiosos y boquiabiertos.

—Así me gusta, pequeña: rendida entre mis brazos —respondió el conde con voz ronca en su oreja.

—Steven, ¿qué estás haciendo? —preguntó conmocionada, sin levantar la cabeza hacia él, respirando agitada.

—¿No lo adivinas, Rissa? —la provocó el conde, haciéndola girar y acercándola a él nuevamente. Sus curvas, que lo rozaban, lo enloquecían, y su aroma lo enardecía más y más.

Entonces, ella elevó su rostro y sus ojos azules brillantes se encontraron con los suyos, después de semanas de ceguera y separación, y su pulso se aceleró, al igual que sus pulmones dejaron de respirar. Así de cautivado, embelesado y fascinado se sintió al mirar su hermoso rostro. Ella soltó un suspiro y su expresión dejaba ver cuán conmocionada y aturdida estaba.

—No —dijo ella en un susurro que apenas oyó, respondiendo su pregunta—. Yo... yo... no sé qué pensar de ti. No entiendo qué estás haciendo aquí ni qué pretendes apareciendo de repente y diciendo todas esas cosas —inquirió confundida, bajando su vista con evidente dolor y desazón.

—No pretendo hacer nada que te dañe, Clarissa, todo lo contrario. Solo vine con una intención, y es recuperar lo que siempre ha sido mío, a pesar de que fui tan ciego y estúpido como para no haberme dado cuenta antes — declaró rotundamente Stev, y en su voz resonaban la pasión y la necesidad que no podía disimular.

—¿Qué quieres recuperar, milord? —le preguntó con la duda y la inquietud reflejadas en su cara.

Steven no contestó de inmediato, pero sonrió enigmático, haciendo girar por última vez a la joven, siguiendo las últimas notas de la melodiosa canción.

—Creía que lo sabías ya. Lo que vine a buscar y con lo que no me iré, no sin antes tener conmigo indefinidamente y al precio que sea, tiene solo dos letras —respondió él con seductora seguridad.

—¿Y es? —soltó jadeando nerviosa, levantando la cabeza para mirarlo perpleja.

—Tú —sentenció el conde, y esa única palabra, acompañada de la sonrisa más devastadora que alguien hubiera visto, bastó para obtener lo que deseaba con la más inaudita rapidez que podía haber soñado: a lady Clarissa Vivian

Bladeston rendida, dócil, suave, tierna, dulce... y suya, desvanecida entre sus brazos.

—Gracias a Dios, está despertando. —La voz de Honoria fue lo primero que escuchó Clarissa al abrir los ojos con parsimonia.

—¿Qué me sucedió? —preguntó, y su voz sonó rasposa. Su madre apartó las sales que había colocado bajo su nariz y se alejó un poco.

—Te desvaneciste en la pista de baile, hija —respondió la duquesa viuda y, al ver que ella hacía esfuerzos para incorporarse en el diván, se inclinó para ayudarla—. Y caíste en los brazos

de lord Baltimore, querida; quien, déjame decirte, quedó anonadado y se apresuró a sostenerte, como si tu cuerpo fuese una frágil figura de cristal —agregó Elizabeth, algo risueña al verla repuesta: estaba parada detrás de su madre.

Sin saber cómo contestar a ese comentario, ella se limitó a apretar sus ojos con las manos, todavía temblorosas, y rogó que ellas no se fijaran en el rubor que sentía quemando sus mejillas.

—Ahora, jovencita, me explicarás qué fue ese espectáculo que dieron tú y lord Steven y por qué no me dijiste que estabas indispuesta —intervino enojada Honoria, y en sus ojos avellanas se deslucía su reprobación y preocupación.

—Madre, no me sentía para nada mal; solo creo que el calor sofocante que hacía en el salón, más el hecho de no haber ingerido nada desde el desayuno, lograron que me desmayase —apuntó con inquietud, evadiendo con deliberación dar alguna explicación sobre lo que había sucedido durante su vals con Steven.

La duquesa viuda entrecerró sus ojos, mirándola con sospecha, y Clarissa aguantó el escrutinio, intentando no delatarse ante la expresión desconfiada e inquisitoria de su madre que, cuando sospechaba que alguno de sus hijos le ocultaba algo, se convertía en un perro rastreador, agresivo e implacable.

—Está bien, te dejaremos para que te repongas, hija; pues, como sabes, esta noche solo está programado un baile de apertura y luego, la cena. Los invitados ya están ubicados en el comedor de gala y están esperando a Elizabeth —continuó Honoria y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Nick insistió para que te revisara un médico, Clara; no tardará en llegar. Si quieres, puedes retirarte luego de que te examine o unirse a la comida. Nos has dado un susto, hermana, pero es un alivio verte bien —dijo a su vez Lizzy y, tras apretar su mano con cariño, ambas salieron.

Clarissa soltó un suspiro de alivio, y dejó vagar sus ojos por el lugar. La habían instalado en el verde salón de visita, el que estaba comunicado con la biblioteca por una puerta lateral. Recostándose hacia atrás, miró hacia el techo y luego se tapó los ojos con un brazo. ¿Qué había sucedido en esa pista de baile? ¿Por qué Steven se había aparecido de improviso allí?

Su corazón se había detenido con solo oír su voz y esas palabras descaradas y provocadoras. Ni decir las sensaciones que su cuerpo experimentó al girarse y verlo tan increíblemente apuesto, vestido con una camisa azul noche, acompañada de un elegante chaleco y de una chaqueta gris perla; con su cabello sin peinar, algo revuelto y con un mechón cayendo pícaramente sobre su frente, como si unas manos cariñosas se hubiesen entretenido con sus dorados mechones. Pero lo que la dejó paralizada y sin aliento había sido la intensidad y el fuego con los que esos ojos verdes y dorados la miraron. Para completar el brutal ataque a sus sentidos, su apetecible y sensual boca formaba la sonrisa más cautivadoramente excitante que había visto. ¡Dios!..., ella no podía con esa sonrisa; era demasiado vulnerable y débil para aguantar el encanto sin igual del conde.

Si el Steven correcto y protector, enfurruñado y esquivo la había enamorado sin remedio, aquel Stev conquistador y devastadoramente atractivo, frente a ella, era demoledor y ocasionó que sus rodillas temblaran y terminara mareada y tan débil como un flan.

¿Qué iba a hacer? Se suponía que ella estaba resentida, dolida y furiosa con Steven por su descarado engaño, pero, mientras estuvo entre sus brazos, su aturdida mente no pudo recordar ese hecho. ¿Cómo haría para resistir al Steven romántico y adulador? ¿Cuántas veces lo había observado conquistar y sonreír a otras mujeres y anhelado estar en su lugar?

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe, e interrumpió sus pensamientos caóticos. Esperando ver al médico, se enderezó y bajó su brazo, abriendo sus ojos. Sin embargo, el hombre que entró y se giró para cerrar con el pestillo la puerta no era el viejo doctor.

—¿Qué... qué crees que haces? —tartamudeó ella, bajando sus pies al suelo alfombrado y abriendo los ojos como platos al verlo acercarse con una mirada de depredador peligroso.

—Para empezar, quería asegurarme de que estuvieras bien —anunció Steven, deteniéndose frente a ella y mirándola de arriba abajo.

—Pero... pero el médico está pronto a llegar, no puedes estar aquí —contestó estupefacta ante el cambio en la actitud del conde.

—Oh, no te preocupes por eso. El doctor no vendrá, ya que yo me ofrecí a llamarlo; pero antes esperé a enterarme de tu estado y, ni bien supe que no tenías nada grave, me limité a no avisarle —explicó sonriendo y, a continuación, se sentó pegado a ella con descarado atrevimiento.

—Aun así, mi madre..., los demás se darán... —comenzó a decir inquieta, arrastrándose hacia atrás en el diván, para poner un poco de distancia entre ellos, ya que su cercanía la ponía sumamente nerviosa.

—Shh..., no te preocupes, nadie aparecerá por aquí. Tu madre cree que estás con el médico, pues no le dije que no lo había llamado. Pero para ser precavido, cerré la puerta que da al pasillo por fuera; la llave estaba puesta. Estamos solo, y ahora podremos seguir lo que iniciamos en la pista, pequeña —interrumpió Steven, poniendo un dedo enguantado sobre sus labios y arrinconándola con la parte superior de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo, Steven?, ¿por qué actúas así de repente? Dime qué pretendes apareciendo aquí, y encerrándome contigo —lo increpó, y su voz salió amortiguada y sin aliento, pese a que deseaba parecer fuerte y distante. Pero su esencia a sándalo y su respiración con olor a menta, pegada a ella, la desestabilizaban.

—Creí que la respuesta a eso había quedado clara: vine por ti y quiero tenerte conmigo para siempre. Pretendo que seas mía, Clarissa. Puede que no lo merezca, y es seguro que, si lo logro, seré un bastardo afortunado, pero aun así te tendré, y no solo eso: esta vez te conservaré, te atesoraré y te veneraré el resto de mi vida —respondió, clavando sus ojos en ella, con un brillo repleto de determinación y pasión, y con su voz reducida a un gruñido posesivo y feroz.

—¿Y qué te hace creer que yo accederé a eso? Tú me mentiste, me lastimaste, me rechazaste y te alejaste una y otra vez. En este momento ya no sé si todavía siento lo mismo por ti... Puede que mi corazón finalmente haya terminado por olvidarte milord —mintió con desenfado, intentando mantener su férrea resolución, pues su corazón latía desbocado y su pulso estaba tan acelerado que temía volver a desmayarse.

—¿Eso piensas? —contestó el conde levantando una ceja y alzando una mano para rozar con un dedo su mejilla, su barbilla, y descender con él por su cuello y su clavícula—. Bien, entonces, tendré que proceder a lo que vine a hacer en segundo lugar —siguió, sonriendo enigmática y sardónicamente.

—¿Qué quieres decir? Si crees que con unas pocas palabras olvidaré lo que... ¡Ohh!... —exclamó aturdida, cuando el conde la tomó por la nuca con una mano y con la otra, por la espalda baja, pegándola a él en un solo movimiento.

—No me dejas alternativa, dulce Rissa, más que comprobar si efectivamente tu corazón me ha olvidado —la cortó Steven. Sus labios se posaron a un milímetro de los suyos, mientras respiraba agitadamente, y a continuación su boca descendió sobre la suya con hambrienta necesidad y desesperado anhelo.

Capítulo 19

Comprenderás que, para un corazón que ama incondicionalmente, ningún sacrificio es demasiado...

Capítulo treinta y dos del libro Consejos para un romance exitoso

Clarissa sintió los labios de Steven, y su cuerpo vibró y tembló contra el suyo. Sus brazos se movieron autónomos y subieron hasta rodear el cuello del conde. Su cuerpo consentía y anhelaba aquel beso, pero su mente y su parte racional le gritaban a unísono su indignación.

En un arrebatado de orgullo y dignidad, había lanzado ese comentario de que, tal vez, su corazón ya lo había olvidado. Pero ¿a quién quería engañar? Por Dios, ni ella se lo creía, lo que en definitiva le molestaba e irritaba; pero no podía olvidar a Steven ni aunque pasaran cien años. Ni siquiera podría arrancárselo del alma, si de ello dependiera la supervivencia de la humanidad.

Así de poderosos y perpetuos eran sus sentimientos por ese hombre, por lo que, con perdón de las mujeres decididas, independientes y dignas, defensoras del género femenino, disfrutaría de aquel beso.

¡Por Cristo!, los labios del conde se volvían más tentadores y abrasadores con cada toque. Y ella... ella era una simple mortal. Era una mujer y no solo eso...: era una mujer enamorada. Completa, absoluta, e irremediabilmente enamorada.

Tan absorta se hallaba en su encuentro de labios y en las suaves caricias de Stev en su espalda que, por poco, cae hacia adelante vencida, cuando el conde se apartó abruptamente.

Aturdida, abrió los ojos y la boca, para lanzar una protesta, pero la mano enguantada del hombre la silenció con urgencia.

Clarissa lo miró parpadeando confusa, y Stev le hizo un gesto de silencio con su dedo índice. Luego de unos segundos de quietud, él quitó la mano de su boca.

—No hagas ruido; alguien entró a la biblioteca, he escuchado voces. No nos pueden encontrar aquí —le dijo él susurrando—. ¡Oh!... ¿qué haremos? —dijo ella, nerviosa, en voz baja.

—Tengo la llave de esta puerta; saldré yo primero y tú te quedarás aquí —contestó presuroso, señalando su bolsillo.

—De acuerdo, milord, me siento bien ahora. Te daré unos minutos y luego me sumaré a la cena con los demás —aceptó acompañándolo hasta la puerta y viendo cómo él, muy sigilosamente, ponía la llave en la cerradura.

—No creas que esto se termina aquí. Tú y yo tenemos un asunto pendiente. Te recomiendo, milady, que busques otro pretexto para alejarme, porque eso de que ya me olvidaste no funcionará conmigo, pequeña —le advirtió Steven mirándola con intensidad y acariciando su mejilla con un dedo, desde la sien hasta su labio superior.

Luego, lo vio abrir la puerta con cautela y, después de asomarse furtivamente al pasillo, lo observó salir ágilmente, dejándola estupefacta y acongojada.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció totalmente despejado y soleado. Junio llegaba casi a su fin, y su despedida traía la llegada del verano. La temporada social estaba prácticamente terminada y, aunque todavía la gran mayoría de las familias nobles se encontraba en Londres disfrutando de la última semana de fiestas, muchas otras ya se habían retirado a sus propiedades campestres, como ellos que, aprovechando el aniversario de lady Elizabeth, habían decidido

festejar con un fin de semana en compañía de amigos y familia.

Cuando Clarissa se levantó, la imagen que le presentó su ventana hizo que su humor mejorara y una sonrisa se pintara en su rostro. Ataviada con su traje de montar color azul brillante, y con su cabello recogido en un moño, tomó su sombrero de terciopelo azul, el cual llevaba en la punta una elegante pluma negra, y salió de su cuarto, rumbo al salón de desayuno.

En la mesa se hallaban sentados todos los invitados más jóvenes, pues los mayores, al parecer, no habían madrugado. El grupo que se hospedaba en la casa era pequeño, ya que el resto de los invitados vendrían por la noche, para asistir al baile en honor a los recién casados.

Al ella ingresar precedida por un lacayo, los caballeros se pusieron de pie educadamente, y la saludaron inclinando sus cabezas. En la punta de la mesa estaba sentado Nicholas, y Elizabeth, a su lado derecho. A la izquierda del duque, estaba ubicado lord Pearson, conde de Hall y buen amigo de su hermano y de Steven.

Lord Pearson era, además, vecino y había sido invitado, junto a su esposa y sus dos hermanas, ambas solteras; ellas, sentadas junto a Hall, la saludaron con una sonrisa. También estaban en la mesa Andrew y sir Preston. El amigo yanqui de su hermano la miró con fijeza y admiración mientras ella hacía su entrada, hecho que no pasó desapercibido ante el conde, que apretó los dientes, enfadado, y cuyas manos rodearon con fuerza la taza que sostenía; tampoco se le escapó a Nick, aunque este solo se limitó a arquear su ceja, hilarante.

Intentando evadir aquella incómoda situación, comenzó a comer lo que le habían servido, iniciando una conversación con lady Lilian Pearson.

—Clarissa, buenos días, justo le comentaba a todos que decidimos iniciar el día realizando una cabalgata. Iremos hasta el lago y allí almorzaremos, para aprovechar el buen clima —le dijo Elizabeth, quien también llevaba un elegante traje de montar color ciruela.

—Es una maravillosa idea. Extrañaba el aire limpio y renovador del campo —respondió ella feliz, y sintió la mirada de Stev quemándola, pero se negó a mirar en su dirección por temor a que sus ojos la delataran.

Apenas entró al comedor, su vista había buscado al conde y había comprobado que estaba muy apuesto: vestido para cabalgar con un ajustado atuendo verde, color que hacía lucir sus ojos tan verdes como la más brillante esmeralda.

Tan pronto como todos terminaron su desayuno, se dirigieron a las caballerizas para elegir sus monturas. Ella no perdió tiempo para ir en búsqueda de su yegua; el animal seguía estando tan precioso como la última vez que había estado allí.

—Hola, Elisa. —Le habló acariciando su suave pelaje blanco, a lo que la yegua replicó relinchando y moviendo la cabeza en su dirección.

Una vez que cada uno estuvo sobre su montura, emprendieron el paseo en grupos de dos personas. A la cabeza iban los duques; más atrás iban lord Pearson y su esposa, lady Janice Pearson; los seguían lady Lilian Pearson y sir Preston, secundados por Andrew y lady Carol Pearson, lo que dejaba a Steven y a ella para cerrar la comitiva.

Ambos cabalgaron unos minutos en silencio, simplemente disfrutando de las vistas de las tierras de Nicholas: verdes praderas e insinuantes colinas se extendían por doquier.

—¿No piensas dirigirme la palabra, Rissa? —preguntó el conde muy cerca de su oído.

Ella se volvió a mirarlo y lo vio inclinado en la silla. Sonreía pícaramente, y su pelo dorado brillaba bajo el sol, pues era el único caballero que no llevaba sombrero.

—Parece que te comieron la lengua los ratones, o tal vez la visión que presento es demasiado apabullante para ti —siguió él, provocándola y guiñando pícaramente sus ojos hacia ella.

—Te das más importancia de la que tienes, milord. Puede que simplemente no tenga nada que

valga la pena decir —adujo ella, encogiéndose de hombros y tratando de parecer indiferente. Pero sabía que sus mejillas ruborizadas la delatarían indefectiblemente.

—Ohh..., tú no quieres decir eso, pequeña. Tal vez tu cabeza lo deseé, pero las palabras no siempre comunican lo que nuestro corazón demanda. Sin embargo, el lenguaje del deseo y el amor no se sirve de palabras solamente; a veces, tan solo se necesita mirar a los ojos, oír la respiración y apreciar el dulce rubor en las mejillas, y sabrás lo que esconde el alma más esquiva y misteriosa —contestó él recorriendo su rostro con la vista, logrando que su respiración se cortara y su pulso se acelerara en sus venas.

—Steven..., yo quiero entenderte, pero no lo logro. Tal como dices, desde que esto comenzó me has dicho algo, pero has demostrado sentir y pensar lo contrario con tus acciones —respondió ella, olvidando la sutileza y deseando fervientemente comprender lo que sucedía entre ellos.

—Tienes razón, querida: no he sido claro ni sincero contigo. Yo... yo... me negaba a aceptar mis sentimientos, no quería asimilar ni reconocer que la pequeña a la que había visto crecer me había encandilado, subyugado y conquistado completamente —confesó el conde bajando un poco la voz.

—Stev..., yo... ¿Estás seguro? —interrogó desconcertada y temerosa Clarissa, bajando sus ojos a sus manos, sin saber si el fervor y la necesidad que veía en sus ojos eran lo que anhelaba que fuesen.

—Dulce Rissa, mírame —respondió él, y su tono fue como la más tierna de las caricias, como el amor que su mirada verde desbordaba—; no solo estoy seguro, estoy irrevocablemente convencido de que te amo con cada fibra de mi ser. Y lo sé, porque este sentimiento lleva germinando dentro de mi corazón toda una vida —siguió diciendo él, conmoviéndola con cada frase dicha.

»Sé que lo arruiné, que te lastimé y te rechacé, hasta te mentí intentado alejarte; pero lo hice por cobarde, porque temía amarte, y me aterrorizaba la idea de no ser capaz de albergar ese amor tan puro y noble que veía en tus ojos. Tenía miedo de ser vulnerable y arriesgarme a dar amor y ser traicionado como mi padre —le confesó Stev, y el dolor y la fragilidad de su expresión ocasionaron que su pecho se estrujase.

»Pero cuando estuve ciego y luego recuperé la visión, me di cuenta de que todos estos años había vivido en la oscuridad y en un desolador vacío, hasta que pude verte a ti y tu luz iluminó mi alma. Me reviviste, Clarissa, y solo quiero que me des una última oportunidad para poder demostrarte que amarme no es un error —terminó el conde, mirándola con inquietud.

—Oh, Stev..., yo... —empezó a decir, pero el relinche desesperado que había soltado el caballo de Steven la interrumpió.

El semental comenzó a encabritarse con violencia y a cabecear frenéticamente. Horrorizada, detuvo su montura viendo cómo el animal, agitado, se sacudía desoyendo las órdenes que el conde le gritaba para calmarlo. Desesperada, miró hacia los demás integrantes del grupo, que habían avanzado y que, alarmados por el jaleo que protagonizaban ellos, se habían frenado más adelante.

El grito de Steven hizo que ella girara, y lo que vio la hizo gritar espantada. El caballo del conde, ya fuera de control, se había alzado sobre sus dos patas traseras, intentando deshacerse del peso de Steven, que a duras penas lograba sostenerse en la silla, lo que pareció enfurecer más al animal que, parándose sobre sus cuatro patas, salió disparado galopando velozmente. El conde solo pudo agarrarse del cuello del corcel para impedir salir despedido por el aire como un muñeco de trapo.

Desde su posición, vio que el caballo se dirigía a una empinada pendiente, corriendo desbocado. El llamado alarmado del duque se oyó a la distancia, pero estaba demasiado alejado

para hacer algo por su amigo.

En segundos, el semental alcanzó la pendiente, y sin detenerse encaró hacia la depresión pedregosa que tenía enfrente. Ella clavó los talones en su yegua y salió rápidamente tras Stev.

Entonces, cuando el conde comenzaba a resbalar de su caballo, Clarissa, que había logrado alinearse junto a él, cruzó a su yegua, atravesándose en el camino del otro caballo, y de inmediato sintió el impacto del pesado animal colisionando con violenta fuerza contra ella.

—¡Noo! —gritó Steven con desesperada agonía.

La expresión de terror del conde fue lo último que los ojos azules de la joven vieron.

Capítulo 20

En medio del caos, experimentarás la paz que da la certeza del amor correspondido...

Capítulo treinta y tres del libro Consejos para un romance exitoso

Con el corazón paralizado y sus oídos zumbando, Steve recuperó el equilibrio sobre su caballo y saltó al suelo, todo en el mismo movimiento. Desesperado, corrió hacia la pendiente de la colina y lo que vio le provocó múltiples sensaciones.

Un alivio abismal invadió su pecho cuando comprobó que la joven estaba entera y en buen estado. Y casi inmediatamente, una cólera atronadora recorrió sus venas y llegó hasta su cabeza, haciendo que la vista se le tornase roja.

—¿Puede moverse, milady?, ¿siente algún dolor? —Le escuchó decir a sir Preston, que la sostenía entre sus brazos. El castaño estaba sentado en el césped, y ella permanecía inmóvil, recostada boca arriba, sobre las piernas del hombre.

Clarissa murmuró una respuesta, pero, aunque estaba acortando la distancia entre ellos, no logró oír lo que decía. Pronto llegó hasta la pareja y, tratando de reprimir sus ansias de arrancar a la joven de esos brazos, se agachó a su lado y tocó con suavidad su rostro.

—Clarissa..., ¡por Dios!, dime que estás bien —le dijo, todavía vulnerable y asustado, ignorando al otro hombre y desistiendo de ocultar el tumulto de emociones y el temblor en su voz.

—Steven..., no te preocupes, solo estoy un poco mareada. El choque con tu caballo me sacudió bastante, pero no aterricé sobre el suelo. Afortunadamente, sir Preston llegó a tiempo para impedir el impacto —respondió ella con voz débil, abriendo sus ojos azules pestañando; su mirada estaba algo empañada—. Gracias, sir, no sé qué hubiese sucedido si no llegaba usted a sujetarme.

¿Cómo podré agradecerle? —siguió diciendo Clarissa, dedicándole una sonrisa amplia y brillante al otro hombre.

Steven, furioso, apretó la mandíbula tan fuerte que por poco la quiebra. Ella... ¡le sonrió! a ese tipejo que, para más mal, la miraba embobado y chorreando baba; sus asquerosos ojos se clavaron en ella con evidente deseo...

—Estoy muy contento de haber tenido los reflejos suficientes, milady, y concuerdo con que usted está en deuda conmigo, pero no seré muy riguroso al respecto. Me consideraré satisfecho si me llama por mi nombre, Brandon, y si acepta ser mi pareja en el baile de esta noche —contestó el americano sonriéndole cómplice y actuando como si estuviesen solos y no hubiera alguien fulminándolos con la mirada.

«Maldito yanqui... y maldita la hora en la que Inglaterra decidió colonizar a la maldita América», pensó rabioso Stev.

—Oh..., sir Pre..., perdón, sir Brandon, es usted muy amable... Yo creo que pue... —comenzó a responder repentinamente nerviosa, mirando de reojo al conde y pareciendo ver su expresión siniestra, porque se mostró dubitativa.

—Tu petición llega tarde, Preston. Lady Clarissa ya tiene acompañante para la velada —intervino mordaz el conde, mirando al castaño con una expresión mortal que advertía, sobre mi cadáver, iras con ella—. Así que puedes darte por satisfecho con las palabras de agradecimiento de la dama y nada más —finalizó Stev, y nadie pasó por alto su expresión letal y su patente amenaza.

Ambos hombres se observaron con desagrado y ninguno se amilanó. Ella miró a uno y al otro y temió que en cualquier momento se trenzasen a golpes, por lo que se obligó a moverse y a detener el inminente enfrentamiento.

«¡Hombres!, sin importar el origen o procedencia, siempre tan elementales y básicos», pensó la joven, contrariada y a la vez divertida.

—Sir Preston, necesito ponerme de pie —dijo interrumpiendo el combate silencioso, y esas palabras bastaron para que comenzase otra escaramuza de machos territoriales.

Por supuesto, ganó el conde, arrancándola sin miramientos de los brazos del americano, y ayudándola a afirmarse sobre sus pies. Clarissa observó que su traje de montar estaba hecho un asco y no quería imaginar el aspecto que presentaba en ese momento. Había perdido su sombrero y su cabello, lacio y fino, caía suelto sobre sus hombros. Tratando de recomponer su apariencia, la joven elevó sus ojos hacia arriba y se encontró con la mirada verde de Stev clavada en ella.

Él todavía sostenía su brazo derecho y su mano la apretó ligeramente, mientras ella se sentía confundida ante el fuego y la intensidad de aquellas pupilas verdes y doradas. El conde examinaba su rostro con tanta fijeza que le provocó un estremecedor escalofrío y un cosquilleo le recorrió sus extremidades.

—Casi me matas... Juro que verte salir despedida de tu montura hizo que mi corazón se detuviera y dejara de bombear literalmente. Volví a vivir cuando te vi a salvo, pequeña. Tú vas a terminar conmigo..., dulce Rissa —le susurró el conde, aprovechando que sir Brandon se había levantado y hacía seña al resto del grupo, que los llamaba con gritos preocupados.

—Stev, yo... no sé por qué lo hice —respondió la joven, con el corazón latiendo alocado en su pecho.

—Shh..., más tarde terminaremos esta conversación. Estoy muy molesto contigo y quiero demostrarte cuánto. Pero ahora no puede ser; tenemos compañía y... y tú estás... tan tentadora justo ahora... que temo no poder reprimir el impulso que arde dentro de mí —la cortó con voz seductora y aterciopelada—. Prepárate, pequeña: la próxima vez no te escaparás tan fácilmente. —Terminó hablando en su oído y rozando sutilmente su cabello largo, que caía sobre la mano con la que él la sostenía.

Clarissa estaba lo suficientemente paralizada y atónita como para reaccionar, por lo que, con sus mejillas ardiendo y su cuerpo temblando, se limitó a esperar que sus hermanos se pusieran frente a ella y la reprendieran ofuscados. Nicholas le recriminó su comportamiento durante todo el camino de regreso a la casa, donde fue obligada a volver para ser revisada por el doctor y comprobar que no tuviese ninguna lesión. Pese a que le aseguró que estaba en perfecto estado de salud, le ordenaron recostarse, impidiendo que participara de la excursión hacia el lago. Ya en su cama, una idea se repetía en su mente, llenándola de una indescriptible calidez y paz. En medio del caos que había experimentado en la pradera, tuvo la increíble certeza de que esa vez Steven no la dejaría ir, que por fin él había venido por ella: por fin su conde se había rendido ante el amor. Y con ese último pensamiento, se durmió con una sonrisa.

Más tarde...

Steven recorría el largo pasillo que daba al despacho del duque. Luego de haber almorzado al aire libre, sin la presencia de Nick ni la de Clarissa, todo el grupo había emprendido el regreso a Sweet Manor. Él no se había podido concentrar en nada que no fuese la imagen del suave, hermoso y devastador pelo suelto de ella. La visión de ese manto rubio cayendo libre y desordenado por sus hombros y por su espalda por poco casi lo hace caer de bruces sobre el césped.

Su pulso se había agitado tanto en sus venas que todo había dado vuelta en su interior. Entonces, solo tuvo ojos para la joven; sabía que había hecho el ridículo mirándola como un perro devoto, pero no le importaba, ya que se había dado a sí mismo la autorización para dar rienda suelta a los sentimientos que ella despertaba en él. Y ya era hora de que el mundo entero lo supiera también. No estaba dispuesto a que ningún hombre volviera a poner las manos sobre lo que consideraba como suyo.

No, era necesario hacerle saber al mal nacido yanqui, y a todo aquel mequetrefe que osara poner los ojos sobre esa mujer, que Clarissa tenía dueño y que el conde de Baltimore acabaría con el que pensara lo contrario. Y para eso necesitaba hablar con el propietario de la casa.

Nicholas lo autorizó a pasar, al oír su llamado a la puerta. Cuando ingresó, vio que estaba inclinado sobre un libro de cuentas, garabateando algo con su ceño fruncido. No obstante, al levantar la vista y ver quién había entrado, dejó la pluma sobre el escritorio y se echó hacia atrás en su silla.

—Vaya..., sabía que aparecerías por aquí, pero lo has hecho con más premura de la que creía —dijo su amigo, haciéndole un ademán para que tomara asiento.

Steven observó al duque con detenimiento. Parecía relajado, pero a él no lo engañaba, pues era consciente de que Nicholas era un experto en ocultar sus pensamientos: podía parecer tranquilo en un momento y al segundo explotar en ira.

—No creí que esperar hiciera alguna diferencia. Sabes a lo que vine Nick —contestó él con serenidad y con determinación.

—Y tú ya escuchaste mi opinión al respecto. Te advertí que te mantuvieras lejos de mi hermana, Steven —dijo a su vez el duque con acritud y, tras su enorme escritorio color bronce y el masculino mobiliario ocre, pareció más poderoso e intimidante.

—Y yo te dejé claro que no podrás alejarme de Clarissa. Escucha, ya he perdido demasiado tiempo: voy a casarme con ella. Pienso hacerle una propuesta formal esta noche, y confío en que me aceptará —rebatí decidido el conde, redoblando la apuesta, sin permitir que la frialdad en los ojos azules de Nick lo hiciera retroceder.

—Entonces, estás decidido y no te importa lo que pueda decir —vaticinó el duque, arqueando una ceja.

—Sí. Aunque me encantaría contar con tu aprobación, por lo menos, ya que no tengo esperanzas de obtener tu apoyo —respondió seguro transmitiéndole con la mirada lo que su boca no lograba decir.

—Lo siento, no cuentes con eso —contestó el duque tras una tensa pausa, negando con su cabeza y endureciendo el rostro.

Steven sintió su negativa como una bofetada, pero no quiso seguir exponiéndose frente a su mejor amigo. Amigo hasta ese día porque, pese a que no se consideraba una persona rencorosa, no creía que su relación de amistad resistiera esa afrenta; por lo que, con su cara pálida y sombría, se puso en pie y se giró para abandonar el despacho. Pero una potente carcajada frenó en seco su retirada junto a la puerta. Incrédulo, se dio vuelta, para encontrar al duque desternillándose de risa. Sus ojos brillaban y las lágrimas de diversión caían por su rostro.

—Oh..., Hamilton..., no creo haberme divertido así en años. Tu expresión no tiene derroche —dijo entrecortadamente, temblando por la fuerza de las carcajadas.

—No le encuentro lo divertido, Bladeston. Si puedes volver en ti, hazme el favor de explicarte —lo cortó con acritud, volviendo sobre sus pasos y dejándose caer en la silla nuevamente.

—Está bien, te diré. Aunque antes déjame usar una frase de tu propio repertorio: «Eres la prueba de que el amor vuelve estúpida a la gente» —dijo hilarante Nick, moviendo su cabeza con

fingido pesar.

—Recuerdo haberte dicho eso alguna vez, pero ¿qué tiene que ver? —interrogó más perplejo ante el extraño comportamiento de su amigo.

—Oh, tiene mucho que ver. Recordarás que aquella vez tú me hiciste ver cuán estúpido era al no intentar recuperar al amor de mi vida —comenzó a explicarle Nicholas, levantándose para acercarse al aparador, servirse una copa, y luego invitarlo una a él—. Ese día lo que me dijiste me ayudó a salir de mi estupor y, gracias a tu consejo, hoy soy un hombre muy feliz. Por eso consideré devolverte el favor, Steven —continuó el duque, acomodándose en su asiento y mirándolo con franqueza y camaradería.

—Sigo sin entender, Nick —adujo desorientado, dando un sorbo a su brandy.

—Nunca fue mi intención que te apartaras de mi hermana, Steven, todo lo contrario —dijo el otro, mirándolo con abierta sinceridad.

—Pero... pero tú..., en la casa de Gauss, me amenazaste..., me... —balbuceó asombrado el conde.

—Sí, lo sé. Ese fue mi gesto de amistad para ti; lo hice para asegurarme de que esta vez sí vinieras en busca de Clarissa y no volvieres a dejarte llevar por tontos planteos de caballeridad —lo interrumpió Nick, lo cual le dejó más aturdido todavía.

—Es decir, ¿me hiciste creer que te oponías, y diste un ultimátum para que yo reaccionara, haciendo justo lo opuesto?—dedujo Stev, indignándose por momentos.

—De nada, querido amigo. Ahora, aclarado este punto, debemos hablar sobre otro asunto igual de importante, pero más urgente —prosiguió con sorna Nicholas, borrando su sonrisa; su expresión se tornó seria.

—Lo sé... Siento haber puesto en peligro a tu caballo y a tus invitados —respondió preocupado el conde, con tono culposo.

—Ya no interesa. No puedes continuar solo con esto ni tampoco seguir ignorando el hecho de que hay alguien intentando asesinarte —dijo Nick, desechando sus disculpas con una mano.

—Sí. He contratado a detectives, pero no han encontrado nada, ni tengo alguna idea de la identidad del malnacido —alegó molesto y frustrado.

—También lo sé; seguí la investigación y el magistrado me ha mantenido informado —contestó, sorprendiéndolo de nuevo, pues no sabía que el duque lo había estado ayudando desde la sombra—. Por otro lado, la catástrofe que casi sucede hoy me ha hecho llegar a una inquietante conclusión.

—¿Cuál? —interrogó curioso.

—Pues que en esta casa, entre los invitados o, llegado el caso, entre la servidumbre, encontrarás a tu asesino —vaticinó el duque con rotundidad.

Su sagaz conjetura flotó en el cuarto como si se tratase de una letal premonición.

Capítulo 21

Sentirás el amor y la entrega como la suave caricia de un pétalo de rosa...

Capítulo treinta y cuatro del libro Consejos para un romance exitoso

Mirando su reflejo en el espejo, Clarissa acomodó el alto recogido que su doncella le había hecho. Luego pasó las manos por el corpiño de seda y por el brocado color bordó del atuendo que estrenaría esa noche.

El vestido era absolutamente precioso. El cuello bote era abierto y dejaba ver la piel de sus hombros; las mangas, algo abullonadas, envolvían sus antebrazos. El talle era apretado hasta la cintura y caía vaporosamente a la altura de su cadera. Aun así, no podía evitar sentirse nerviosa e inquieta. Las cosquillas en su estómago no cesaban, y le daban la sensación de que algo importante ocurriría en el baile. Un toque en la puerta interrumpió su examen, por lo que, mirándose por última vez, salió del cuarto.

—¡Vaya, estás hermosa, hermanita! —la halagó Andrew con su habitual gesto serio, ofreciendo su brazo para bajar a la fiesta.

—Y tú, muy apuesto, aunque no pareces animado —comentó ella sonriendo, mientras iniciaban el descenso por la amplia escalinata.

—Porque no lo estoy. Ya sabes que lo mío no son las celebraciones, ni mucho menos la cháchara social —respondió su hermano gruñendo.

—Oh, no... lo tuyo es vagabundear por el mundo, buscando pedazos de papel escritos en idiomas que ya nadie usa —bromeó, riendo al ver la expresión que ponía él.

—Esa es una manera muy despectiva de describir mi profesión, ¿no crees? —contestó ofendido Andy, con el ceño y la nariz fruncidos.

—Ay, hermano..., con esa cara eres el fiel retrato de madre. ¿Nunca aprenderás a bromear?, o mejor dicho: ¿no volverás a hacerlo? ¿Qué sucedió con ese joven irreverente, alegre y ocurrente, ese que bromeaba y sonreía todo el tiempo? —lo interrogó, volviéndose a mirarlo, cuando llegaron al pasillo que iba hasta el gran salón.

—Pues ese joven creció, Clarissa, maduró. Tal vez deberías reflexionar al respecto, ya que tus últimas acciones han demostrado carecer de ello —replicó algo molesto Andy, después de unos segundos de silencio, desconcertado.

—Qué lástima —replicó ella, tirando de su brazo para proseguir la marcha—. Porque yo extraño al viejo Andy; casi no reconozco al serio caballero en el que te has convertido. ¿Y sabes qué?: a veces lo necesito. Me hace falta mi confidente y cómplice, mi compañero de risas y aventuras: el simple Andy. Pero solo encuentro al estirado y frío lord Bradford —siguió diciendo ella con voz suave, sintiendo cómo su hermano se tensaba con cada palabra—. Aun así, no perderé la esperanza: sé que mi Andy está por algún lugar, allí dentro, y solo es cuestión de tiempo para que alguna dama valiente lo traiga de regreso. Esperaré hasta entonces —terminó, justo cuando llegaban a las puertas abiertas del salón de baile, donde comenzaron a saludarlos, por lo que Andrew solo pudo mirarla con sorpresa y aturdimiento.

Cuando Steven hizo su entrada a la mansión, lo recibieron los duques y la duquesa viuda. Una verdadera multitud estaba ingresando por las puertas, ya que el baile se celebraba en honor a los recién casados. La nobleza local había sido invitada, además de los conocidos y los parientes de

Londres; también estaban presentes las personas ilustres del lugar, como el vicario, el doctor y el magistrado, puesto que el pueblo pertenecía a las tierras del ducado de Stanton.

Al llegar a los anfitriones, Stev saludó primero a la esposa de su mejor amigo, quien estaba radiante, embutida en un vestido color azul brillante, y después intercambió unas palabras con Nicholas, que vestía en composé con su mujer.

—¡Sí que te han domesticado, Bladeston! —exclamó risueño el conde, en cuanto las dos mujeres se volvieron a saludar al siguiente de la fila.

—Cállate, Hamilton. Y no cantes victoria antes de tiempo —refunfuñó Nicholas, tirando de su apretado pañuelo azul—. Si no fuese porque no has cesado de meterte conmigo insufriblemente desde que apareció Lizzy, me compadecería de lo que te espera junto a mi hermana —continuó, fingiendo una mueca de pesar.

—Ya veremos quién termina más sometido, amigo —lo desafió él divertido.

—Pero si tú te llevas el trofeo: mi hermanita te tiene bailando alrededor de su dedo. Solo mírate: es la primera vez que te veo peinado y pareces todo un dandy con ese lindo atuendo —rebatió implacable el duque, mirándolo de arriba abajo y estallando en carcajadas cuando el conde tocó su cabello en un acto involuntario.

—Oh..., tú... me... las... pagarás —lo amenazó Steven, bajando su brazo. —Ya es suficiente, niños. Nicholas, las personas esperan por ti —dijo la voz de Honoria, quien los miraba ceñuda.

—Te veré dentro, Steven. Debo comentarte algo importante —se despidió Nick, poniéndose serio.

Steven asintió en respuesta y se adentró en la casa. Esperaba que su amigo tuviera las respuestas que necesitaba con tanto desespero. Habían pasado prácticamente toda la tarde sopesando la situación y confirmaron que el episodio sucedido con su caballo no era un accidente ni una casualidad. El examen del veterinario y el testimonio del jefe de establo terminaban de descartar cualquier duda que pudiesen haber albergado. Los clavos hallados en su silla de montar, y que fueron la causa que hizo encabritar a su montura, lo hacían asegurar de que habían intentado asesinarlo por quinta vez. Y todavía no tenía ni una maldita idea de quién podía estar tras los ataques.

El salón donde se llevaba a cabo la velada estaba repleto. Los grandes candelabros de oro que colgaban del techo le daban al lugar un brillo dorado especial; al igual que los hermosos jarrones rebosantes de rosas rojas, ubicados estratégicamente en cada rincón, que teñían de magia y de romance el espacio.

Ni bien entró, buscó con la vista a Clarissa. Estaba ansioso por verla, pues no lo hacía desde la mañana. Todavía sentía la cadena de sentimientos encontrados que había tenido cuando se interpuso entre él y la pendiente. Y aún no sabía cómo reaccionar al respecto: con agradecimiento, con enojo o con alivio. Lo que sí tenía claro era que sofocaría en su dulce boca el fuego que su temeraria reacción había encendido dentro de él. Realmente el amor que esa joven sentía por él lo atemorizaba, lo conmovía y lo desesperaba. Todo al mismo tiempo. Lo hacía sentir humilde y vulnerable, pero también fuerte y poderoso.

Luego de haber hecho un recorrido completo por el salón, corroboró que ella no estaba dentro. Seguramente había salido para intentar aliviar el sofocante calor que ya se percibía en el atestado sitio. Las altas puertas ventanas de cristal le dieron paso a la espaciosa terraza de Sweet Manor, donde había pasado una multitud de veranos y formaba parte de sus mejores recuerdos.

Al salir, vio algunos invitados paseando; ninguno era quien buscaba. Giró a la derecha, encaminándose hacia el recodo en el que finalizaba la enorme explanada y que terminaba en un balcón más pequeño; este daba al lateral de la casa y, a diferencia del anterior, no tenía como

adorno el jardín, sino el bello paisaje de Glouchester.

Ella se encontraba allí, y con solo verla su corazón se desbocó y su pulso se aceleró con desenfreno. Rodeada de ese marco, la visión que componía quitaba el aliento. Estaba de espaldas, con su preciso rostro perfilado, observando el horizonte. Una rosa roja descansaba en la mano que tenía tras la espalda, y su largo cuello, expuesto por el elegante vestido que llevaba, completaba el retrato más terriblemente tentador que había visto.

—¿Nadie te advirtió que eres demasiado bella para los ojos de los simples mortales? —dijo en un murmullo sensual.

La joven se sobresaltó ante su intromisión y giró la cabeza hacia atrás. —¡Steven, me asustaste! —respondió, llevándose la mano libre a su pecho agitado.

—Mmm..., no puedo decir que lo siento, porque el aspecto que presentas ahora mismo es enloquecedoramente magnífico —contestó el conde, terminando de acercarse y acariciando con un dedo su mejilla sonrojada.

—Ya basta de tanto halago, milord. ¿Acaso intenta probar conmigo su arsenal de conquistador? —lo provocó juguetona, dando un paso hacia atrás, intentando poner distancia entre ellos.

—¡Ahh, no!, no te atrevas a dar un paso más. Por fin te tengo donde quiero y no permitiré que te me escapes esta vez —advirtió él con un ronroneo peligroso, siguiéndola hasta arrinconarla con su cuerpo contra la balaustrada de piedra.

—¿Stev?... —tartamudeó nerviosa e intimidada. Sus ojos azules brillaron cuando alzó la vista hacia él.

Steven no sabía qué había visto ella en su cara, porque abrió los ojos como platos y su labio inferior tembló. Pero tampoco le importaba en ese momento. Miró su boca y de inmediato sintió el familiar cosquilleo de deseo subiendo por sus venas como lava ardiente. Hasta ahí llegaba su plan de declararse con sutil romanticismo; pues lo dominaba la pasión y estaba tan sediento de esos labios que, si no los besaba en ese mismo momento, moriría deshidratado.

El jadeo sorprendido que había soltado ella quedó ahogado por la presión avasallante de su boca que aplastó suya. La besó con todas las fuerzas que le daba la hambrienta necesidad que venía conteniendo. Una y otra vez, abordó esos embriagadores labios hasta que ella gimió dulcemente y se puso de puntillas, rodeando su cuello con sus delgados brazos.

Su aroma a jazmín lo desquiciaba, y la manera en la que ella le devolvía el beso despertaba en él una sensación primitiva, arrolladora y salvaje. Aferrando su cintura con ambas manos, la apretó contra su pecho y gruñó de satisfacción. Hasta que un alarido femenino resonó en sus oídos; reacio, arrancó su boca de la joven, pero no la soltó.

Ella abrió los ojos despacio, y en ellos pudo vislumbrar lo que sentía: deseo, calor, necesidad, amor, aturdimiento y desconcierto por la abrupta interrupción, lo que llenó de satisfacción masculina a Steven, que se quedó prendado mirando a la mujer de su vida, sonriendo como un idiota enamorado. —¡Clarissa Bladeston!, ¿¡qué significa esto!?! —gritó horrorizada la duquesa viuda.

Clarissa dio un brinco espantada, tratando de separarse de inmediato, pero el conde no se lo permitió, y la retuvo a su lado. Tomándola de la mano, se volvió hacia Honoria y sus dos acompañantes, que los observaban con sonrisas disimuladas; eran las mismas amigas de la duquesa, que los habían hallado in fraganti en aquel mirador.

Sin embargo, nada era lo mismo. Casi sentía que había pasado toda una vida desde aquella noche. Él había cambiado: el amor de esa joven lo había transformado, lo había salvado.

—Madre, yo... yo... esto... —balbuceó temblorosa.

—Esto significa que se encuentra frente a un hombre perdidamente enamorado —comenzó a

decir Steven, girándose para clavar sus ojos en la joven—, un hombre que tontamente se creía incapaz de amar, hasta que una increíble mujer le hizo ver cuán ciego había estado y le demostró con su dulzura, su pasión y su generosidad lo que era amar —siguió Stev, mirándola con todo el amor que retenía dentro, atajando la lágrima que cayó por la suave mejilla de una conmovida y llorosa Clarissa—. Y hoy ese hombre ama. Ama con todas sus fuerzas, con cada partícula y cada fibra de su ser. Ama tan irreversiblemente que ya no puede vivir un solo segundo más si no tiene a la dueña de su corazón junto a él —continuó con ardor y pasión, apoyando una rodilla en el suelo y metiendo una mano en su bolsillo. El jadeo atónico que había emitido ella rebotó en el balcón, donde su audiencia los miraba en silencio estupefacto. —Por eso, aunque sé con certeza que no lo merezco, debes saber que mi futuro, mi felicidad, mis sueños y mis esperanzas... y no solo eso: mis malditas ganas de vivir dependen de ti, solo de ti. Un día me lo preguntaste, y recordarás que acepté. Ahora te lo preguntaré yo...: Clarissa Vivian Bladeston, ¿aceptas casarte conmigo? —terminó el conde, soltando la mano de la joven y abriendo la pequeña caja de terciopelo carmesí, para dejar ver un magnífico anillo enlazado.

Ella sofocó un grito, dejando caer la rosa que todavía sostenía, y rompió en llanto, apretando sus manos contra su boca.

—¿Clarissa?... —dijo patidifuso el conde, mirándola de hito en hito.

—Oh, Stev... —respondió ella entre hipidos, con sus ojos anegados en lágrimas—. Mi amor, ¡sí, acepto, acepto! —declaró, saliendo de su estupor, cayendo de rodillas frente a él, mientras lo abrazaba, riendo y llorando a la vez.

—¡Oh, por caridad, creo que me voy a desmayar! —dijo lady Carseley, tambaleándose levemente, con sus ojos desorbitados.

—¡Santo Dios!, no ahora, Cecily. No necesitamos que arruines este romántico momento con uno de tus vahídos fingidos —respondió lady Malloren con gesto de fastidio.

Steven escuchaba a medias la trifulca que habían comenzado las dos mujeres maduras, pues su atención seguía puesta en Clarissa, que acababa de terminar el abrazo. Sonriendo como hacía siglos no lo hacía, él se puso de pie y luego ayudó a la joven a hacerlo. Ella también tenía una sonrisa preciosa y radiante. Su nariz se había enrojecido un poco y tenía la piel irritada bajo los ojos, que estaban un tanto hinchados por el llanto. Pero... nunca le había parecido más hermosa que en ese momento.

Ella... era magnífica, brillaba, y de verdad no podía apartar la vista de su cara. Sus manos le temblaron ligeramente cuando sacó el anillo de su caja y, tomando su mano, lo deslizó en el dedo anular. Entonces, la joven lo acercó para observarlo y el alarido que soltó fue un poco aterrador. Y otra vez... rompió a llorar como si estuviera en un funeral.

—Vaya..., pequeña..., ¿qué sucede? —interrogó algo consternado el conde, palpando en su chaqueta hasta encontrar un pañuelo y ofrecérselo.

—Aah, Stev..., es que no pue... cre... qu... tú todav... guarda y aho... —respondió ella entre hipidos, aceptando el pañuelo y sonándose la nariz, ruidosamente, con nula delicadeza.

—Rissa, no entiendo nada de lo que intentas decirme —contestó enternecido y bastante divertido. Aunque, teniendo tres hermanas, sabía por experiencia que reírse cuando una mujer lloraba podía desatar una guerra, por lo que trató de ocultar su hilaridad para sí mismo—. Si el anillo no es de tu agrado, puedo encargar otro, no te preocupes —siguió diciendo, desconcertado todavía. Pero eso no pareció gustarle a ella, porque alzó los ojos de la sortija para mirarlo y su ceño se frunció. «Diablos, ¿y ahora qué dije mal?», se reprochó Stev.

—No, Steven, ¿cómo puedes pensar eso? El anillo es perfecto, es lo más bonito que he visto en mi vida. No puedo creer que todavía tengas esto y que lo hayas conservado. Es tan increíblemente

dulce y romántico —afirmó Clarissa, dejando de llorar de pronto y sonriendo de nuevo.

Steven, algo avergonzado, desvió la vista. «Demonios, no te atrevas a ruborizarte como un imberbe jovencito».

La alianza, que había mandado a hacer especialmente para su dama, eran dos anillos enlazados de oro blanco y en el centro tenía incrustado una pequeña esmeralda. La piedra pertenecía al pequeño anillo que ella le había puesto hacía doce años cuando, siendo una niña, le propuso matrimonio. Sí..., lo había guardado todo ese tiempo. Sin saber por qué, nunca se había podido deshacer del anillito. Cada vez que lo intentaba, desistía diciéndose que lo guardaría porque le recordaba los buenos tiempos, pues ella se lo había dado justo dos años antes de la trágica muerte de sus padres, cuando todavía podía creerse feliz y era un muchacho despreocupado. Para nada lo atesoraba simplemente porque ella se lo había dado. Qué iluso y estúpido había sido; era obvio que lo guardaba porque su corazón amaba a la joven, que se lo había entregado desde la pureza de su amor.

—Lord Steven, perdone a mi hija; creo que la sorpresa y las circunstancias la han impresionado bastante. Ya sabe cuán sentimentales solemos ser las mujeres a veces —interrumpió la duquesa al ver la expresión del conde.

—Madre..., no digas eso —contestó colorada.

—De acuerdo, solo puedo agregar...: ¡ya era hora! —rebató Honoria y, al ver la cara de horror de la hija, el conde ya no pudo reprimir las carcajadas.

Capítulo 22

Hallarás en el pasado la certeza que necesitas para enfrentar la incertidumbre del futuro...

Capítulo treinta y cinco del libro Consejos para un romance exitoso

El baile estaba en su apogeo cuando un lacayo se acercó a Stev para entregarle una nota. Cinco minutos después, estaba frente a la puerta del estudio del duque, llamando con sus nudillos enguantados.

—Entonces, ¿ya puedo felicitarte, viejo amigo? —bromeó Nicholas sonriendo de costado, al verlo entrar. El duque estaba sentado tras su escritorio.

Steven vio que no estaba solo, pues su cuñado, Gauss, estaba despatarrado sobre un diván tomando una copa, y su hermano pequeño hacía lo mismo, pero sentado frente al duque.

—Así es: eres oficialmente mi cuñado —contestó Stev y no pudo evitar alzar una ceja con indolencia, dirigida a Gauss, que no pareció nada sorprendido.

¡Maldición!, sabía que el hermano de Lizzy era de fiar: lo había demostrado cuando esa escoria francesa quiso matar a Nick y cuando colaboró en su propio rescate. Pero aun así, seguía sin agradarle del todo, ya que Gauss tenía la típica actitud arrogante y petulante que provocaba rivalidad en sus pares; siempre con esa expresión cínica y con actitudes carentes de escrúpulos. Además, no se le olvidaba que el maldito iba tras Clarissa.

—Pues felicidades, y no es necesario que me agradezcas. Solo recuerda que, si lastimas alguna vez a mi hermanita, te haré pedazos y luego me encargaré de que los cuervos disfruten de lo que cuelga entre tus piernas —lo amenazó el duque con una sonrisa, como si estuviera dándole sus mejores deseos.

Steven solo atinó a asentir en conformidad con su cabeza y a desviar los ojos para encontrarse con la mirada sorprendida de Andrew fija en él.

—Bueno, creo que yo también debo felicitarte. Sé que Clara anhelaba esto, así que no podría oponerme, pero de más está decir que adhiero a la advertencia que te hizo Nick —dijo Andy, viéndolo con intensidad y con su habitual cara de póker.

«¿Advertencia?, más bien era una amenaza», pensó él, dirigiéndose al aparador para asaltar la licorera de su amigo.

—Me sumo al dúo. ¿Quién diría que terminaríamos siendo familia? Nunca hubiese imaginado que te traía loco la dulce lady Clarissa —intervino sarcástico Gauss, levantando su vaso hacia él, que solo se limitó a fulminarlo con los ojos, negándose a caer en su provocación. El conde se rio en respuesta y extendió su brazo para que le sirviera más brandy.

Bastardo... Gauss se había dado cuenta, antes que él mismo, de la atracción que sentía por Clarissa, y había usado eso para molestarlo. Hasta que se percataba de su juego...

El conde pareció adivinar sus pensamientos, porque su sonrisa cínica se agrandó.

—Si ya se cansaron de meterse conmigo, ¿pueden decirme para qué me citaron? —interrogó, tomando asiento frente al rubio.

—Sí, Gauss trajo noticias —anunció Nick, poniéndose y haciendo un gesto a su cuñado para que tomara la palabra.

—Solo hace una hora que llegué. Sabrán que hace varias semanas lady Asthon, mi tía, me solicitó ayuda para encontrar a mi prima —comenzó Sebastien, enderezándose. Al ver que

asentían, prosiguió—: Para ello, he estado trabajando con investigadores privados. Y así fue, como por casualidad, que uno de mis hombres dio con una inquietante información relacionada contigo, Hamilton —terminó, señalando hacia Stev.

—¿De qué se enteró? —preguntó demasiado impaciente el conde. —Mientras investigaba una pista en una taberna de mala muerte, dio con un bandido de poca monta que dijo tener información sobre varios nobles.

Creyendo que tal vez podía enterarse de algo sustancial, le dio unas pocas monedas al borracho, que cantó como un gallo —explicó Gauss, al que todos observaban expectantes—. El tipo le dijo que hacía un par de meses un aristócrata se acercó buscando contratar algún mercenario, que necesitaba deshacerse de alguien y que les pagaría buena moneda por adelantado. Al malviviente le pareció arriesgado y rechazó el negocio, pero sus dos cómplices y colegas decidieron aceptar. Un mes después, uno de ellos apareció muerto y al poco tiempo el otro fue encontrado asesinado en una pensión. Cuando mi empleado le preguntó si sabía quién era el objetivo, deducirán qué nombre le dio —finalizó Gauss y en silencio se abatió sobre el resto, mientras asimilaban sus palabras.

—¿Sabes si pudo describir al noble que los contactó? —preguntó azorado. —Después de varias monedas más, dijo que era un hombre alto, delgado, de alrededor de treinta y pocos años, pero, como tenía sombrero, no pudo ver el color de cabello ni el de sus ojos.

—Pues en esa descripción entran la mitad de los nobles, y estamos como al principio —dijo pesaroso Nicholas.

—Lo peor es que ese malnacido está cerca; o, por lo menos, su nuevo cómplice. Pero por más que me devane los sesos, no logro imaginar quién puede ser —soltó frustrado Stev, vaciando el contenido de su vaso de un trago.

En ese momento, un fuerte golpe frenó lo que iba a responder Gauss. —Adelante —autorizó el duque, alzando un poco la voz.

La puerta del despacho se abrió y por ella entró la hermana del medio de Steven.

—¡Daisy!, ¿¡qué haces aquí!?! ¿Sucedio algo? ¿Rosie y Violet? —habló Stev, alarmado al verla entrar, corriendo hacia ella.

—No, todo está bien. Yo... yo solo tenía que verte con urgencia —respondió la joven, algo tartamuda, cuando se percató de que su hermano tenía compañía.

—Tome asiento, lady Daisy —intervino el duque, que se había puesto de pie al igual que el resto.

Ella se sentó ruborizada y acomodó los pliegues de su vestido marrón, al tiempo que afirmaba un pequeño baúl con aspecto antiguo y deteriorado sobre su falda.

—Dime, Daisy, ¿qué está pasando? —dijo Steven tomando asiento a su lado.

—Verás..., hace unos días iniciamos la limpieza general de la mansión; sabíamos que tú vendrías al campo a reunirse con nosotras —inició ella. Su rostro pálido y su tono denotaban aprensión—. Y así fue cómo descubrí este baúl, el cual llamó mi atención por tener el escudo familiar grabado y por estar escondido detrás del cuadro que decora tu alcoba.

—La antigua habitación del abuelo, puesto que nuestro padre no llegó a utilizarla. ¿Qué contiene el baúl? —respondió extrañado. Él tampoco había dormido allí; le traía pesadillas, pero la utilizaba para asearse y vestirse.

—Míralo tú mismo —contestó la joven, extendiendo el objeto.

Steven lo tomó y abrió el candado con la pequeña llave que este tenía ya colocada. Levantó la tapa y miró dentro. En el interior había dos pergaminos enrollados; con cuidado agarró uno y leyó su contenido. Se trataba de una misiva dirigida a su abuelo, donde su hijo, el menor, le solicitaba

o, más bien, suplicaba que le hiciera un préstamo, pues su esposa estaba encinta y enferma.

—¿¡Qué diablos!?! —reaccionó el conde, alterado y confundido.

Por lo que sabía, su tío había fallecido a los dieciocho años de fiebre, estando todavía en el internado. Sin embargo, esa carta tenía fecha posterior a su supuesto fallecimiento. Por la fecha, él debería haber tenido veinte o veintiuno al momento de escribirla.

El resto de los presentes esperaban con gesto interrogante, por lo que, todavía alucinando, le pasó la hoja a Nick.

A continuación, desenrolló el otro papel y fue allí cuando comprendió la actitud nerviosa de su hermana. La caligrafía era de su madre; su letra elegante le era inconfundible. Con el corazón palpitando atronadoramente, comenzó a leer. No era una carta cualquiera, pues tenía como fecha el día que la condesa había muerto. Parecía escrita con rapidez y descuido.

Cariño:

Como estas durmiendo tan plácidamente, me dio pena despertarte. Espero no te molestes cuando leas esta nota.

Hace unos meses decidí contratar a un investigador. No pensé que daría resultado, pero lo hizo. He recibido una carta y él está ahora en el pueblo. Adivina: ha hallado a tu hermano en las colonias. Sé que siempre tuviste remordimientos por la manera en que tu padre lo expulsó y desheredó; y por eso decidí encontrarlo, ya que nunca creí en la supuesta historia de que había muerto.

Y gracias a Dios, mis sospechas eran fundadas. Hoy puedo darte esta sorpresa.

Ahora mismo iré a reunirme con él, para obtener más información. No te preocupes, en unas horas estaré de regreso.

No le comentes nada a tu padre, ya sabes cómo se pone con todo lo relacionado a Richard.

Te quiere, Rosalie

P.D.: Cuida a mis niñas y dedica tiempo a mi Stev cuando llegue.

Al terminar de leer, Steven sintió todo girar a su alrededor. Un caos destructivo se había desatado en su interior, colisionando y arrasando todo a su paso.

No puede ser..., no es cierto... Su abuelo les mintió..., su padre dijo otra cosa... Él tenía prueba de la infidelidad de su madre...

Acongojado y frenético, dejó caer la nota que sostenía y sacó el último papel, doblado a la mitad, que contenía el cofre. Este estaba arrugado, manchado y apenas legible.

Lo que vio terminó de derrumbarlo. A primera vista era otra nota de su madre, pero, acabando de leer la anterior, era evidente que no era auténtica. La caligrafía era prácticamente idéntica, pero se trataba de una obvia falsificación.

Querido:

Como estás dormido, decidí dejarte esta nota.

No me atreví a despertarte; espero no me odies cuando leas esto.

Hace unos meses, conocí a un hombre americano. No creí que sucediera nada serio, pero sin quererlo pasó. Nos enamoramos y he decidido marcharme con él. Ahora mismo partiré, me espera en el pueblo.

No te preocupes por mí, estaré bien. Y no quiero que te culpes por nada. Deseo que seas feliz, lo siento mucho.

Cuida a mis niñas y a Steven. Hasta siempre, Rosalie.

Un alarido de dolor y quebranto brotó de su pecho al comprender que todo había sido una farsa orquestada por su abuelo, aquel viejo frío y distante al que nunca había apreciado y el que jamás tuvo el menor gesto de cariño hacia ellos, hasta el día que partió.

Su madre era inocente... Su pobre madre había muerto intentando hacer el bien, tratando de hacer feliz a su esposo, tal y como siempre hacía con todos a su alrededor. Y nunca sabría si su muerte fue provocada por su propio abuelo o si, por el contrario, fue un accidente y el anciano, al enterarse, manipuló todo para que su padre no se enterara de que su hermano estaba vivo... Por su maldita culpa, su padre se mató...

Fuera de sí se levantó de un salto y aventó el cofre, estrellándolo contra el piso alfombrado y partiéndolo en dos.

—Stev..., tranquilo —dijo la voz ronca de Daisy colándose en su tormento—. Sé que es terrible todo esto, pero hay algo más importante ahora —siguió diciendo ella, mientras le apoyaba una mano en el brazo.

—¿Steven? ¡No puede ser!, ¡diablos! —lo cortó Andrew, alterado como nunca, que estaba junto a Gauss examinando un objeto que se había caído al estampar contra el suelo el baúl.

Con la cordura sostenida por un fino hilo, se volvió y caminó hasta donde los otros tres se hallaban; y, al ver el retrato en miniatura enmarcado en plata, sintió desfallecer su alma y el corazón contraerse de terror y de mortal angustia.

Un joven de unos quince años lo miraba con expresión pícaro en sus ojos dorados. Llevaba el cabello castaño rojizo, un poco largo, y un mechón cayendo en su frente. El parecido con su padre y con su abuelo era innegable; y con el mismo, también, a pesar de que tanto el cómo las gemelas eran más parecidos a su madre. Solo Violetta había heredado los ojos verdes esmeralda de Rosalie.

Aun así, por si le quedaban dudas, el nombre del retratado estaba inscrito debajo:

LORD RICHARD BRANDON HAMILTON

—Es Preston; Brandon es el asesino —exclamó finalmente Andrew, con el rostro lívido.

Capítulo 23

El amor todo lo cree...

1 Corintios 13:7

Una terrible sensación de fatalidad se apropió del conde mientras le arrebatava el retrato a Andrew y lo examinaba.

—¡No puede ser! —dijo conmocionado, sintiendo que la habitación se cerraba sobre él.

El joven pintado tenía unas facciones delgadas y finas, pues tendría alrededor de quince años cuando el retrato se hizo. Brandon Preston no conservaba nada de este joven: ni la sonrisa inocente ni el brillo cándido en sus ojos. Su fisonomía había transmutado considerablemente. Aun así, podía reconocerlo en los rasgos de este niño.

Era él. Preston era, en realidad, Richard Hamilton, el hermano menor de su padre, y quería por algún maldito motivo asesinarlo. Lo peor era que había estado todo este tiempo justo a su lado, y no lo había visto. El peligro había estado frente a sus narices, en todo momento. Y seguía en ese salón...

«Oh... no, no, no, no. ¡Clarissa!», pensó completamente alarmado y aterrado, girándose para salir a buscarla.

—Stev... ¡Stev!..., ¿qué vas a hacer? ¡Steven!, ¡espera! —lo llamó el duque tratando de detenerlo, cuando ya estaba en la puerta.—¡Hombre, por Dios, detente! ¡Ustedes, ayúdenme! —continuó Nicholas, intentando sostener al conde, que se debatía para soltarse.

—¡Suéltense!, ¡debo encontrar a ese malnacido! —decía sacudiéndose con fuerza, al tiempo que Gauss y Andy lo aferraban con dificultad y lo arrastraban hacia un diván—. ¡Demonios, acabaré con ustedes! ¡Clarissa está en peligro!

—Stev, cálmate. Sabemos que esa escoria está bajo mi techo, pero debemos actuar con inteligencia; no podemos dejarnos llevar por el enojo y actuar impulsivamente —lo cortó Nick con voz firme.

—Hermano, por favor, escúchalos —intervino temblorosa Daisy, sentándose junto a él, lo que la dejó muy cerca de Andrew, que la fulminó con su mirada.

Él vio el rostro acongojado de su hermana y dejó de resistirse. Soltando el aire, asintió en respuesta, manteniendo su rostro tenso.

—Suéltelo —ordenó Nicholas y los otros dos aflojaron su agarre sobre el conde, para después alejarse un poco—. Bien, Stev, debes tener en cuenta que Preston no tiene idea de que conocemos su verdadera identidad, lo que definitivamente será un factor a nuestro favor —siguió el duque, mirando fijamente a su amigo.

—Lo que necesito saber ahora es dónde diablos lo conociste, Bradford — gruñó Stev intentando calmarse y clavando sus atormentados ojos en el menor de los Bladeston.

—Yo lo conocí en uno de mis viajes, precisamente en Boston. Él se acercó en un evento social, dijo saber de mis investigaciones y se mostró interesado. Nos hicimos amigos durante el tiempo que estuve allí. Y luego, al regresar a Londres, lo encontré en el club. Dijo que acababa de regresar, pero al parecer mintió y llevaba más tiempo en la ciudad —explicó Andrew con expresión culpable, tirando de sus cabellos.

—Creo que te abordó cuando se dio cuenta de quién eras. Después de todo, debía recordar que

tú eres familiar del mejor amigo de Steven. O puede que te recordara: tú tendrías unos nueve años cuando Brandon fue expulsado de aquí —dijo pensativo el duque.

—Eso es lo desconcertante. Todos ustedes eran unos niños, al ser el desheredado. No puede ser que Preston te haya culpado de eso —inquirió Gauss.

—Así es, teníamos once años y no tuve muchas oportunidades de estar con mi tío. Richard permanecía en un internado y solo venía a casa en el verano, pero nosotros viajábamos a la propiedad de mis abuelos maternos —contestó desconcertado Stev.

—¿Crees que pretende quedarse con el título? —interrogó Nick.

—No lo sé. Si esa fuera su intención, no entiendo por qué esperó tantos años. Tranquilamente yo podría estar casado ya y tener media docena de futuros herederos. Pasaron diecisiete años desde que él fue desterrado —adujo el conde, frustrado y caído.

—Sí, concuerdo con Hamilton. Si su plan fuese convertirse en el conde de Baltimore, Preston hubiera aprovechado el momento en que murieron los condes y su abuelo. No apostaría que la clave estuviera en fingir su propia muerte. Brandon debe haber tenido un motivo muy poderoso para aparentar estar muerto y ya no lo tiene. Por eso ha regresado: él quiere venganza —afirmó categóricamente Gauss, y dejó al grupo pensativo y callado.

—¡Oh, diantres! Puede que sea solo una conjetura, pero estoy casi seguro de que usará de algún modo a Clarissa. Desde que la conoció, no ha cesado de preguntarme por ella —dijo de pronto Andrew, alarmado.

—¡Y hasta ahora lo dice! —lo increpó Daisy con el ceño fruncido. —Disculpe, ¿me habla usted a mí? No converso con mocosas

metomentodo, haga el favor de conservar su sitio —dijo el vizconde con altivez y con una mueca despectiva, mirándola de arriba y abajo.

—¡Qué suerte! No quisiera que Lord Andy: el apestoso, se dirija a mí; por no decir el culpable de haber traído al asesino hasta aquí —respondió la joven luego de un segundo. Se había puesto de pie, con el rostro ruborizado de indignación; y su espalda, tan envarada que parecía más esbelta.

—Usted..., adefe... —comenzó a decir Andrew, que se había quedado atónito y lívido cuando la joven lo llamó por aquel viejo apodo, al que odiaba. Pero el duque lo cortó, interponiéndose entre ambos, y Steven se posicionó junto a su hermana, fulminándolo con sus ojos fijos en él.

—Es suficiente, Andrew. ¿Qué sucede contigo? No es momento para discusiones sin sentido —los amonestó mirando a ambos. Ellos se enviaron dardos con los ojos y se alejaron hacia rincones opuestos de la habitación.

—Nick, manda a avisar a las autoridades, yo iré a poner sobre aviso a Clarissa y al resto —dijo el conde dirigiéndose con prisa a la puerta.

—Voy contigo —anunció Gauss, siguiéndolo de cerca, asintiendo hacia el duque, que pareció rogarles precaución.

—¡Clarissaa!, ven —la llamó Elizabeth cuando ella abandonaba la pista, luego de haber bailado por cuarta vez—. ¡Quiero felicitarte, amiga!, Honoria me acaba de dar la buena nueva. Es maravilloso, hasta que al fin pudieron dejar de ser tan testarudos tú y lord Steven —siguió diciendo, conteniendo su entusiasmo a duras penas.

—Pues sí, realmente me cuesta creer que mi sueño se hizo realidad. Pero ¡mira quién lo dice!, la que se hizo pasar por desmemoriada —bromeó Clarissa sonriendo.

—Es cierto, aunque eso me sirvió para librarme de tener una tediosa fiesta de boda. Tú no podrás salvarte: tu madre y sus amigas ya están haciendo los planes, parecen creer que se casan

los príncipes de Inglaterra —dijo riendo Lizzy, apuntando al grupo de mujeres mayores, que conversaban muy juntas con expresiones cómplices.

—Aah..., pero yo no soy como tú. No hay nada que me haga más feliz que una enorme y preciosa boda tradicional. Sobre todo, una boda con Steven; siento que llevo casi toda la vida anhelándola y esperándola —suspiró ella, radiante, haciendo un gesto a un lacayo para que le sirviera una copa.

—Buenas noches —dijo una voz masculina, interrumpiendo la respuesta de la duquesa a su comentario.

—Lady Stanton, lady Clarissa, déjenme decirles que son las damas más bellas de la fiesta — las saludó el hombre, inclinándose y besando sus manos enguantadas.

—Buenas noches, sir Preston. No lo vi en la cena, creí que no participaría de la velada — correspondió Elizabeth levantado la cabeza hacia el alto castaño.

—Siento la ausencia, tuve que ocuparme de un asunto personal. Lady Clarissa, ¿quisieras concederme esta pieza? —solicitó el yanqui, mirándola con sus ojos dorados.

Ella oyó la melodía de un vals comenzando y dudó en aceptar, ya que había prometido ese baile a Stev, y de verdad quería bailar su primer vals como prometidos. El americano esperaba su respuesta, por lo que, cerciorándose por última vez de que el conde no apareciera, estiró su mano y aceptó la de sir Brandon.

Steven avanzó por el pasillo del vestíbulo casi corriendo; la música de un vals resonaba a través de las puertas abiertas del gran salón. Cuando las últimas notas flotaban por el aire viciado de la habitación, él ingresó y comenzó a buscar a la rubia frénicamente. Pero no la encontró. Su corazón se apretó más todavía dentro de su pecho, y el terror lo invadió como un vendaval.

No quería adelantarse ni pensar lo peor; por el contrario, en lo profundo de su alma, creía que su amor por Clarissa, y lo que tenían, era indestructible.

—Allí está mi hermana —señaló Gauss a su espalda.

Steven siguió la dirección de su dedo y la localizó parada a un costado de la pista, conversando con lady Asthon. Desesperado cruzó el salón y abordó, prácticamente fuera de sí, a la duquesa, la cual palideció al ver su expresión alterada.

—Lord Steven, ¿está usted bien? —preguntó cuando él las alcanzó. —Lady Elizabeth..., ¿ha visto a Clarissa? —dijo a su vez él, agitado.

—Uuhmm..., sí. Estuvimos conversando hace un rato y luego le solicitaron el vals. ¿Qué sucede?, me están asustando —respondió nerviosa la duquesa, observando las caras serias de los dos.

—Lizzy, ¿quién le pidió bailar? Habla rápido —la urgió Gauss, que examinaba a los bailarines en busca de Clarissa, como el conde.

—Muchachos, ese yanqui se lo pidió. Pero no pierdan tiempo buscándola ahí; los vi salir hacia el jardín antes de que ustedes llegaran —adujo la anciana tía de los hermanos Albrigh.

—¿La vio salir con sir Preston? —interrogó preocupado Gauss.

La respuesta no fue oída por Steven, pues el conde salió corriendo hacia el jardín, preso del temor, desesperado y frenético, apartando a las personas que se interponían en su camino, y rogando en su interior que ella estuviera bien.

«Dios..., Dios..., Dios, ayúdame. Debo encontrarlos. Por favor..., por favor, Jesús, no puedo perderla... Es mi vida..., mi razón..., mi mundo entero...: es mi respiración. Por favor..., Dios», repetía una y otra vez, en silencio o tal vez en voz alta. Ya no lo sabía, puesto que su mente estaba

al borde de colapsar.

Con precipitación, cruzó las puertas de vidrio, y halló la terraza desierta, al igual que la gran porción del jardín expuesto ante su vista. Sin detenerse, bajó la escalinata de piedra y se sumergió entre los altos setos que circundaban el camino.

Cada vez más angustiado, Stev prosiguió la búsqueda, hasta que sus pies llegaron al límite de la propiedad y ya no había lugar donde ellos pudiesen estar. Entonces, el dolor en su costado lo hizo frenar y caer de bruces, intentando recobrar el aire. El terror y la ira golpeaban su pecho mientras, agitado y vencido, sollozaba gritando: «¡Clarissa!».

Capítulo 24

Mas cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará...

Corintios 13:10

Capítulo treinta y siete del libro Consejos para un romance exitoso

El sonido alejado de un búho fue lo primero que oyó Clarissa, al despertar de su negra inconsciencia.

Sobresaltada intentó levantarse, pero descubrió, con terror, que la habían atado a una derruida cama. Tampoco podía gritar para pedir auxilio, ya que se hallaba amordazada con fuerza. El miedo la invadió, logrando que la bilis subiese por su garganta y las náuseas la amenazaran con hacerla vomitar; lo que sería peligroso, pues posiblemente se ahogaría con su fluido. Así que trató de calmarse y de tomar la mayor cantidad de aire que la mordaza le permitía.

Una tenue luz de una vela alumbraba la prisión improvisada donde se encontraba. Se trataba de un lugar con aspecto de estar deshabitado y con peligro de derrumbarse en cualquier momento. Una destartada puerta de madera, además de una mesa y una silla astilladas, componían el escaso mobiliario del sitio. La chimenea permanecía apagada, en consonancia con la noche calurosa. Aun así, los escalofríos de temor atenazaban a la joven, al igual que el desconcierto y la angustia.

Recordaba el pedido de sir Preston de salir a la terraza, aduciendo sentirse sofocado, y su aceptación, tras cerciorarse de que otras parejas paseaban por los jardines. Después..., nada más...; solo la oscuridad absoluta. «¿Qué ha sucedido?: ¿acaso Preston ha enloquecido y me ha raptado?», se preguntó confundida.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, impactada, en el momento que la puerta se abría con estrépito, cayendo en cuenta de que el hombre que entraba no solo la había secuestrado, sino que sir Brandon Preston era el asesino.

Las horas trascurrieron con agónica lentitud. Decenas de partidas de hombres habían salido con el objetivo de buscar a Clarissa, y todas habían vuelto sin novedades ni pistas; pues la búsqueda había resultado infructuosa.

El baile se había suspendido y ya todos los invitados habían abandonado la mansión; con excepción de los Bladeston, el conde, sus hermanas, Gauss y su tía. El grupo, reunido en el salón verde, permanecía en silencio escuchando el parte del magistrado y de sus hombres.

—Entonces, ¿no han encontrado nada? —interrogó el duque con el semblante tenso.

—No, su excelencia, lo lamento. Los rastreos seguirán y, si tengo alguna noticia, se la comunicaré de inmediato —respondió el magistrado al salir, cuando Nick lo despidió.

El llanto desgarrado de Honoria inundó el lugar, y Lizzy corrió a contener a su suegra.

—¡Maldita sea! Han pasado seis horas: ellos pueden estar muy lejos a esta altura —dijo desolado Stev, derrumbándose hacia atrás en su silla.

—No, Hamilton, no creo que eso suceda; no tiene sentido. Es casi seguro que Preston te quiere a ti, y sola usa a lady Clarissa como carnada —intervino sagaz Gauss.

—Pues no soporto más esta porquería. Si no sé nada de ella, volveré allí fuera y removeré hasta las piedras si es necesario —bramó el conde fuera de sí.

—Stev, odio decir esto, pero también creo que esperar aquí es lo mejor. Solo tendremos a mi hermana cuando esa escoria así lo quiera. Debemos prepararnos —coincidió Nicholas.

—¿Se sorprende, lady Clarissa? —inquirió sarcástico el castaño, hablando con un perfecto tono inglés.

Ella jadeó alucinada, viendo el cambio producido en el hombre: de aparentar ser un auténtico americano pasó a demostrar ser un perfecto caballero inglés.

—Sí, soy inglés; y déjeme decirle que estoy aliviado de poder dejar de fingir. Ya me estaba desquiciando actuar como un tosco, imberbe y rústico yanqui —siguió él; agarrando la silla y acercándose a la cama, se sentó cruzando las piernas con elegancia.

Clarissa se echó hacia atrás todo lo que pudo, hasta hacerse un ovillo en un rincón.

—Extrañaba ser esto aunque, después de vivir quince años en las colonias, ya estaba acostumbrado a convivir con la barbarie —continuó Brandon, actuando como si estuviesen conversando en un salón-

«Oh, Jesús..., ese hombre está desquiciado, y es obvio que nos estuvo engañando todo este tiempo», pensó cada vez más alarmada.

—Verá, llevo planeando esto varios años; he esperado casi una década este momento. Oh, pero qué maleducado, no me he presentado debidamente. Mis disculpas milady, parece que las malas costumbres se pegan. Soy Richard Brandon Hamilton, encantado de conocerla —terminó él, haciendo una venia, y la sonrisa diabólica que se extendió por su cara aterrizó a la joven.

—Su excelencia, ha llegado una misiva para lord Hamilton —dijo el mayordomo de Nicholas, ingresando apresurado al salón, para extenderle la carta al conde.

—¿Quién la trajo? ¿Te dio alguna información? —lo interrogó Nick al sirviente, mientras Stev rompía el sobre con urgencia.

—La trajo un muchacho pequeño; dijo que un hombre noble que se movilizaba en carruaje lo abordó en el camino, le pagó y le dio instrucciones para dejarla aquí, antes de que amaneciera —explicó el sirviente y luego se retiró.

Steven abrió la hoja, pulcramente doblada, y con el corazón rebotando en su pecho comenzó a leer.

Querido Steven:

Si quieres recuperar a tu preciosa amante, ya sabes dónde encontrarme. Tal vez, si te apresuras, ella no arderá como la mujer más inocente y noble que conocí.

P.D.: Si veo que traes compañía, esto finalizará en un parpadeo. Tienes una hora.

Richard Hamilton

Compungido y con sus manos temblando violentamente, se derrumbó en su silla y, preso de la desesperación, golpeó su cabeza con sus puños.

—No sé dónde la retiene —dijo desolado, cuando Nick le arrebató la hoja para leerla.

—¡Piensa, Stev! Él parece creer que tú conoces el lugar —lo instó el duque con su semblante, tan agónico como el suyo.

Él tomó de nuevo la carta y la repasó una y otra vez, pero fue inútil: nada venía a su mente.

—¡Maldición, no! ¡Esto es mi culpa! La matará. ¡Dios, Clarissa, no! —gritó el conde furioso y fuera de sí, cayendo de rodillas en el suelo alfombrado y comenzando a sollozar devastado.

Sus hermanas corrieron y lo abrazaron compungidas, mientras Andrew y Sebastien recogían la carta para leerla.

—Nick, parece que Richard cree que Clarissa es la amante de lord Steven. Eso es extraño, ¿no crees? —interrogó el hermano menor con preocupación.

—Además, escucha, Hamilton: te ha dado una hora, lo que quiere decir que, donde sea que estén, no es un lugar demasiado alejado —sumó Gauss, resuelto a resolver el misterio.

—No, no es lejos y yo sé exactamente dónde queda —interrumpió una voz melodiosa y femenina.

Todos se giraron hacia la puerta y observaron sorprendidos a la joven mujer que había ingresado, sin que nadie se percatase. La extraña permanecía inmóvil y regia, soportando las miradas curiosas.

Su cabello era rubio dorado y se derramaba sobre sus hombros en tirabuzones. Llevaba un elegante sombrero color azul, del cual caía un tul negro que ocultaba su cara, dejando solo unos carnosos labios a la vista. Su figura, embutida en un ajustado vestido de viaje, era esbelta y curvilínea.

Por un instante todos se quedaron observándola fascinados, sobre todo los dos hombres solteros, que estaban con la boca abierta.

—Disculpe, ¿quién es usted? —dijo Nicholas acercándose a la mujer. —Buenas noches, soy la señorita Anne Turner, y creo que llegué en el momento apropiado —respondió ella, saludando con una inclinación al duque y al resto.

—Señorita, por favor, díganos por qué dijo que el lugar no está lejos — intervino lady Honoria llevándola con prisas hasta un sillón.

—¿Y de dónde conoce usted a Clarissa? —interrogó desconfiado Andrew. —Conocí a su hermana el día que fue secuestrada y llevada al lugar donde yo residía. Otra persona y yo la ayudamos a escapar en aquella oportunidad —explicó ella; en su voz podía oírse un acento extranjero.

—¿Y cómo término usted enterada de la situación actual de mi cuñada? — le preguntó Lizzy mirándola con fijeza.

La joven rubia pareció incomodarse con el escrutinio, y más cuando giró su cabeza y se percató de la mirada intensa que le dedicaba Gauss, parado en un rincón.

—Eso fue por accidente. Hace unos días escuché a un hombre comentar que podría salir de pobre gracias a un dineral que un noble le pagaría por secuestrar a una joven. Cuando su compañero le preguntó dónde tenía que hacer el trabajo, el borracho respondió que en Stanton, y rio porque solo debía llevarla hasta unas ruinas cercanas —terminó la desconocida.

—¿Por qué esperó hasta ahora para decirlo?, ¿y cómo llegó a la conclusión de que hablaban de lady Clarissa? —la interrogó implacable Gauss, acercándose a ella, que reaccionó tensándose y tragando saliva.

—Eso fue porque mi propio sirviente escoltó a lady Bladeston hasta aquí y solo se marchó cuando se hubo cerciorado de su bienestar. No estaba segura de a quién hacía referencia, pero creí igualmente pertinente presentarme. Y la respuesta a su primera acusación es que me fue imposible llegar antes —le contestó ella envarada y fría.

—Pues estoy en deuda con usted. Muchas gracias, señorita —dijo Steven con gratitud y prisa, antes de salir disparado.

—¡Stev, espera! —gritó Nicholas corriendo tras él, seguido de los otros dos—. ¿Adónde vas?, ¡no puedes ir solo! —le gritaba a su espalda

—Ya sé dónde la tiene el maldito. Están en la cabaña incendiada del antiguo cazador de mi

padre. Leíste que me advirtió que fuera sin compañía — respondió resuelto, subiéndose a su caballo.

—Pero, Stev..., es muy arriesgado. Te acompañaré y acabaremos con él juntos.

—No, Nick, no puedo exponer más a tu hermana. Dame media hora; si no regresamos, ven por nosotros —lo cortó decidido el conde y, sin esperar respuesta, partió a galope.

Luego de su lunática presentación, el tío de Stev había salido, y la dejó sola. Las ventanas de la cabaña destartalada donde la tenía recluida estaban selladas, pero, por la luz que se colaba a través de las rendijas, podía adivinar que pronto amanecería, lo que significaba que llevaba varias horas secuestrada; seguramente la habían dormido con cloroformo. Una punzada de dolor cruzó su cabeza y otra, su corazón. No quería imaginar la situación en la mansión, ni tampoco pensar en la agonía que estaría pasando el conde. Si lo hacía, cedería al llanto, y era importante mantenerse calmada y alerta. Una vez más tiró de sus cuerdas, intentando deshacer el amarre; no lo logró, el nudo estaba atado fuertemente.

El ruido de unos cascos de caballo que se acercaban se oyó al mismo tiempo que Lord Richard entraba precipitadamente y corría a desatlarla. Preston la puso de pie de un tirón, advirtiéndole que no intentara nada o su cómplice, apostado cerca, dispararía a su rescatador. Luego la arrastró hasta detenerse en la puerta abierta de la casucha y, situándose a su espalda, apoyó un arma en sus costillas. Clarissa, todavía amordazada, agitada y temblorosa, dejó salir un sollozo de terror cuando vio aparecer al jinete por el camino de tierra. El conde, con una expresión funesta, desaceleró su caballo y saltó al suelo antes de que el animal se detuviera.

—Ni un paso más, Steven —le advirtió amenazante, haciéndole frenar en seco.

—Suéltala, Richard. Esto es entre tú y yo —le dijo Stev con gesto contenido.

—Lanza hacia aquí tu arma —le contestó con mofa el mayor—. ¡Vamos, o le disparó! —le ordenó su tío con voz dura, aumentando el agarre sobre la joven.

El conde apretó la mandíbula contrariado, pero, cuando ella soltó un quejido de dolor, le lanzó la pistola, claudicando.

—Ahora dime lo que quieres: lo que sea te lo daré. Si quieres ser el conde de Baltimore, firmaré. Solo no le hagas daño, Brandon —suplicó, tragando su angustia.

—Por favor, ¡qué ocurrente! —se mofó Preston, tirando la cabeza hacia atrás—. Ahora me ofreces tu ayuda; sin embargo, cuando te la rogué, preferiste mirar hacia otro lado. ¡Tú, maldito, me diste la espalda! —prosiguió Brandon gritando con odio.

Steven lo miró conmocionado e incrédulo, sin entender de qué rayos hablaba su tío, pero su siguiente comentario aclaró la duda.

—¿Acaso lo negarás? ¿Negarás que siempre fuiste un pusilánime, un cobarde? Aunque me sorprende tu buen gusto para las mujeres: Rosalie era hermosa, pero esta es magnífica —terminó con voz perversa, subiendo la mano libre por la cintura de Clarissa, que removió inquieta, y apretando un seno.

Steven rugió con furia y se abalanzó hacia adelante para frenarse, a continuación, al ver el próximo movimiento del otro.

—Quieto allí, creo que ya me cansé de este drama —lo cortó Preston, inclinándose un poco y levantando una lámpara encendida en el aire.

—¡Por favor!, ¡no lo hagas! —aulló impotente Stev, temiendo que el farol se cayera y la paja que rodeaba a la pareja se incendiara—. ¿¡Qué quieres de mí?

—Nada en absoluto, solo deseo verte sufrir; quiero que te revuelques desgarrado de dolor, viendo cómo muere la mujer que amas, y tú solo puedas observar su sufrimiento y oír sus pedidos

de auxilio —le contestó con expresión malévola, acercando el farol a la paja.

—¡No!, tómate a mí. Déjala ir, por lo que más quieras —volvió a suplicar desesperado el conde, quedándose inmóvil cuando su tío amartilló su arma.

—¿Lo que más quiero? Eso era mi preciosa esposa, la cual murió en esta misma cabaña, mientras yo era sostenido por los hombres de mi padre, sin poder hacer nada. Lo que más quería me fue cruelmente arrebatado. Mi esposa murió calcinada, y ¿sabes qué?: ¡estaba esperando a mi hijo! Nuestro padre los asesinó por el solo hecho de desobedecerlo y casarme con una sirvienta. Y no contento con ello, me golpearon hasta casi matarme y luego me depositaron en un mugriento navío, con rumbo a las colonias. Me tomó quince años reconstruir lo sucedido en mi mente, recuperar los recuerdos y la voluntad. Y ahora, ahora es tiempo de que pagues con la misma moneda —escupió Brandon con odio y rencor, apoyando el farol en el suelo y posicionando su pie sobre él.

—¡Noo! No, por Dios... Solo dime por qué... ¿Por qué? —soltó desgarrado Steven, cayendo de rodillas, con las lágrimas corriendo por su rostro.

Sus ojos verdes se posaron sobre los de Clarissa, que negó con su cabeza, como diciendo que no hiciera nada. En su profundidad azul, pudo vislumbrar todo el amor y la paz que ella sentía. Y las palabras no dichas llegaron hacia el conde como si de un grito se tratara...: «Stev, te amo... Sálvate... y yo viviré en ti por siempre...».

—¿Por qué? Porque tú, Steven James Hamilton, lo sabías todo y nunca hiciste nada para evitarlo. Te veré en el infierno, malnacido —sentenció Richard con desprecio.

De nada sirvieron los juramentos del conde, que le repetían que él no era su hermano. En su mente perdida, él y su padre eran exactamente lo mismo pues, con una última risa rencorosa, su tío pateó la lámpara y esta estalló, e hizo que la vela en su interior prendiera el heno que los rodeaba.

—¡Noo! —gritó Steven, y corrió hacia ellos, ignorando los proyectiles que pasaban rozando su cuerpo.

Cuando llegó hasta el acceso a la casa, las llamas devoraban toda la entrada de la misma, subiendo por las paredes como lenguas de fuego. Desquiciado, Stev rodeó la cabaña y se asomó por una ventana lateral, pero la mugre del cristal no le permitía ver su interior. La madera del techo, alcanzada por las llamas, empezaba a derrumbarse cuando el conde arribó a la parte trasera. Lo que vio lo hizo tropezar y reincorporarse rápido para llegar hasta ella. Clarissa yacía desvanecida en el suelo de tierra; su cara y sus manos estaban negras de hollín, y la falda de su vestido bordó estaba siendo aporreada por Gauss, que intentaba sofocar las llamas de la tela.

—¡Clarissa! —exclamó, apartando al duque y sosteniendo a la joven en sus brazos.

—Perseguiremos al bandido que te disparó; ha huido en el carruaje. Ella estará bien; está inconsciente debido al humo, seguramente —le comunicó Nick con expresión sombría, alejándose con Gauss.

—Rissa..., mi amor..., pequeña, despierta —le dijo el conde palpando con amor y ansiedad sus mejillas, mientras apartaba el cabello de su rostro.

Andrew apareció por la puerta trasera de la cabaña, trayendo a Preston con él. Brandon sangraba profusamente y permanecía inmóvil. Cuando el vizconde lo depositó en el piso, el techo de la casa cedió con una explosión.

—Allí viene la ayuda —señaló Bradford, y las autoridades aparecieron acompañadas de aldeanos que corrieron a extinguir el incendio.

—Nos llevaremos a este hombre —le informaron a ambos, levantando al castaño, que murmuraba delirando.

—Brenna, te amo... Llévame contigo, amor —decía sollozando, quebrantado.

Él lo vio alejarse seguido de su cuñado y no pudo evitar sentir lástima por él, al que, en el mejor de los casos, solo le esperaba pudrirse en un loquero.

Un quejido lo distrajo de esos pensamientos.

—Amor..., estás bien. Todo acabó —la tranquilizó, ayudándola a incorporarse un poco.

—Stev... Ohh, Stev..., creí que no volvería a verte —dijo llorando la joven, abrazándolo con fuerza y temblando con violencia.

—Yo también..., pero Dios no lo permitió. Él sabe que nuestro amor puede resistir lo que sea —coincidió Steven, tragando el nudo que tenía en su garganta, apartándose un poco y quitándose su chaqueta negra para depositarla sobre los hombros de ella.

—Sí, amor, gracias a Dios. No quiero volver a separarme de ti jamás —contestó con ardor y lágrimas de alivio, pegándose al conde.

—Nada ni nadie podrá apartarme de tu lado. Hoy más que nunca, comprobé que eres mi razón de ser. Tú, dulce Rissa, eres cada latido de mi corazón. Te amo..., te amo... y lo haré por la eternidad —prosiguió Steven con ternura y pasión.

—Doy gracias a Dios por concederme el perfecto regalo de tu amor. Te amo, Steven, ayer, hoy y para siempre —respondió ella, tomando el rostro del conde y pegando los labios a los suyos.

El sol despuntaba en el cielo, mientras ellos, ajenos a todo, se besaban con desbordante anhelo y voraz deseo. Sus labios, rozándose con apremiante necesidad, se unieron incansablemente, sellando con sus bocas la unión de dos corazones que aprendieron a amar con intensidad y entrega perpetuas.

Capítulo final

...El amor nunca deja de ser...

1 Corintios 13:8

Tanto los habitantes como la servidumbre de Sweet Manor esperaban agitados a que Clarissa y el conde regresarán sanos y salvos; por lo que, cuando ella apareció montada en el caballo de Steven, un gran jolgorio resonó por la mansión.

Lady Honoria bajó corriendo las escaleras de la entrada y se abalanzó llorando profusamente sobre su hija. Clarissa se sorprendió por ver a su madre, siempre tan rígida, haciendo tamaña demostración de sentimientos, pero no tardó en rodearla con sus brazos y derramar lágrimas de emoción. La duquesa también se apresuró hacia su cuñada y rio de alegría al verla entera.

Las hermanas gemelas de Stev gritaron tan fuerte que a todos les zumbaron los oídos y luego se lanzaron al cuello de su hermano, tirándolo al césped. Más comedida, pero igual de conmocionada, Daisy se acercó a ellos y rio observando al alocado trío convertido en un revoltijo de brazos y piernas, hasta que el conde tiró de su pie y ella cayó sobre el grupo con un grito de sorpresa. Abrazando a sus tres hermanas, Steven se puso de pie. Sin soltarlas, besó a su futura suegra en la mejilla, a Lizzy, y finalmente acercó a su novia al círculo de mujeres, besando sus labios con ímpetu a la vista de todos.

La duquesa viuda, quien se había sonrojado como una chiquilla, no los reprendió, pero negó con su cabeza, intentado ocultar su mueca divertida. El conde solo rio y, con una enorme sonrisa en su apuesto rostro, inició la entrada a la casa, escuchando la retahíla de preguntas con las que Violetta había comenzado a bombardearlo.

Cuando entraron en la casa, Clarissa se extrañó al ver a una mujer desconocida en el salón de visitas. Esta se mantenía junto a una ventana, con una taza y un plato en su mano enguantada. Un poco más alejada, lady Asthon la miraba fijamente.

A pesar de que su rostro permanecía oculto por la tela de su sombrero, a ella le resultó familiar de inmediato. La extraña se tensó al verla entrar y pareció ansiosa por partir.

—Lady Anne, no sé cómo agradecerle. Mi hija fue encontrada gracias a usted, es ella. Le presenté a lady Clarissa y a su prometido, lord Baltimore — le dijo Honoria mientras todos tomaban asiento y Steven guiaba a su hija hasta un diván.

—Un placer —respondió ella, haciéndoles una reverencia—, pero debo retirarme. Me espera un largo viaje y quiero partir antes de que caiga la tarde —siguió la rubia mujer, saludándolos y dirigiéndose a la puerta con prisas.

—Espere, ¿por qué no se queda a almorzar? Quisiéramos conocerla mejor —intervino Elizabeth mirándola curiosa.

—Oh, eso no será posible —negó ella con la cabeza, y sus rizos se movieron—, pero muchas gracias. Con su permiso.

A continuación, ella salió, y dejó al resto mirándose desconcertados. Clarissa se levantó y la siguió decidida.

—Lady Anne. —La llamó cuando la otra ya salía por la puerta y hablaba con el mayordomo—. Por favor, antes de que se vaya, quisiera... —empezó a decir dispuesta a expresarle su agradecimiento, pero se detuvo de golpe al verla inclinar su cabeza en un gesto muy familiar—.

¿Quién eres?... —inquirió intrigada.

La joven se enderezó de golpe, nerviosa, pero antes de que pudiese contestar, el estruendo de cascos de caballo la interrumpió. Nicholas, Andrew y Sebastien frenaron en la entrada y se dispusieron a bajar de sus monturas. Al verlas allí paradas, ellos las miraron curiosos, pero Gauss taladró con sus ojos a la extraña. La joven giró sobre sus talones sin decir nada y corriendo se dirigió a su carruaje, apostado un poco más lejos. Los tres hombres se acercaron a ella, que seguía la huida de la otra patidifusa y pensativa.

Nicholas y Andy le preguntaron qué sucedía, pero ni ella lo entendía. Solo sabía que había tenido una extraña sensación de reconocimiento cuando miró a esa mujer aunque, al parecer, era la primera vez que la veía. Observando el carruaje alejarse, pensó que le debía mucho a esa dama, fuese quien fuera, y esperaba que la vida le diera la oportunidad de volver a encontrarla para agradecerle debidamente. Suspirando, giró para entrar a la mansión nuevamente, y sus hermanos la siguieron; no así el conde, que se quedó viendo el camino por donde la misteriosa rubia se había marchado con una expresión tan seria que no pudo evitar sorprenderse.

Cuando estuvieron dentro, se encontraron a su prometido sentado en uno de los divanes del salón de visitas, rodeado de sus hermanas, recibiendo toda clase de cuidados e ingiriendo con placer todo el contenido de la bandeja que le habían puesto frente a sí. Pero al verla, se puso de pie y, sin importarle lo incorrecto de esa acción, se aproximó y la envolvió en un fuerte abrazo.

Emocionada a la par que pletórica, se dejó rodear por su poderosa anatomía y cerró los ojos, apoyando la frente en su hombro derecho.

—Te amo, Rissa, y no veo la hora de poder tenerte solo para mí —le susurró Stev con tono travieso.

—Yo te amo más, mi caballero encantador, y deseo estar en tus brazos por siempre —musitó ella, ignorando el gesto desaprobador de su madre y las burlas de Nicholas, quien cayó cuando Elizabeth le propinó un fuerte codazo.

—Entonces, jamás te soltaré, pequeña —prometió con solemnidad el conde, y se apartó un poco para mirarla con sus ojos verdes, rebosantes de amor.

Clarissa esbozó una sonrisa de absoluta dicha en respuesta y, preparándose para el escándalo que su próxima acción desataría, se puso de puntitas y besó al hombre por el que sentía mucho más que una dulce atracción: sentía admiración, respeto y amor. Y saber que su amor por fin era correspondido valía estar castigada hasta el día de su boda, y diez vidas más.

Epílogo

... Yo soy de mi amado y mi amado es mío...

Cantares 2:16

Tres semanas después...

Las campanas de la iglesia sonaron ruidosamente, anunciando el inminente comienzo de la ceremonia. Desde su lugar, junto al altar, Steven volvió a inclinarse para intentar ver algo a través de los coloridos cristales de la capilla.

«¡Maldición!, esta espera me está matando; ya no soporto más la ansiedad por verla», pensó, acomodando por décima vez su elegante pañuelo verde y los puños de su saco claro y ribeteado de seda dorada.

—Tranquilo, cuñado, ella vendrá —le dijo su cuñado Andrew con tono socarrón, parado junto a él.

—Es normal que las novias se hagan esperar un poco, milord —lo tranquilizó el vicario, un hombre delgado, alto y algo calvo, sonriéndole.

—Más le vale, o iré por ella y la traeré de... ¡Ohh, demonios! —se interrumpió Stev, ignorando el carraspeo de advertencia del cura, cuando las puertas se abrieron y apareció ante él la mujer más devastadoramente bella que jamás había visto.

—Cierra la boca, Hamilton —se mofó Andrew, pero, al girar hacia la puerta, se quedó callado, mirando a las mujeres entrando una detrás de otra.

Primero iba lady Honoria, seguida por Elizabeth y Daisy. La duquesa viuda tomó asiento en la primera fila y las otras dos, ambas vestidas de color burdeos, se posicionaron del otro lado del altar, frente a él, pero el conde solo tenía ojos para esa belleza dorada. Ella caminaba hacia él tomada del brazo de su hermano mayor. Su vestido era una profusión de seda, brocado y organza dorada. Un delicado encaje rodeaba su pecho y su cuello, dejando a la vista sus hombros y su espalda. Su precioso cabello rubio claro estaba recogido en lo alto de su cabeza y lo adornaba una delicada corona de flores frescas de todos los colores, las mismas que decoraban las bancas de la pequeña vicaría de Sweet Manor.

Clarissa llegó hasta Stev y lo miró con una nerviosa pero brillante sonrisa; Nicholas le dio un beso en su frente y ella cerró los ojos un momento. Luego, el duque tomó la mano enguantada de la joven y la depositó en la de su amigo, para después tomar su sitio junto a Andrew. Steven se quedó prendado de sus ojos azules, los cuales destellaron de alegría al pararse cerca del conde.

—Rissa..., estás... estás... deslumbrante —murmuró besando su mano, con sus ojos despidiendo fuego.

El vicario tosió con disimulo y, a regañadientes, Stev se giró hacia él sin soltar su mano. «¡Rayos!, que esto termine rápido o me robaré a la novia», pensó frustrado el conde.

Clarissa escuchaba las palabras del sacerdote y a duras penas lograba contener su emoción; su corazón continuaba acelerado y sus manos no habían cesado de temblar. Al ver a Steven parado junto al altar, con sus preciosos ojos verdes clavados en ella, sus rodillas temblaron. Y si no hubiese sido porque Nick le había apretado la mano y asegurado el agarre sobre ella, se habría despatarrado allí mismo.

Steven estaba demasiado apuesto con su chaqueta y pantalón de color crudo, y con su elegante

pañuelo que hacía juego con sus ojos. Esa devastadora sonrisa se dirigía a ella, su pelo dorado brillaba cayendo sobre su frente y su cuello: parecía un ángel, un ángel bribón y travieso. Y con las últimas palabras del religioso, era oficialmente suyo.

Los aplausos y vítores resonaron por la capilla cuando el conde se inclinó hacia adelante y besó a su esposa con ardor y posesión. Luego Stev gritó su alegría y la levantó en el aire, volviendo a tomar posesión de su boca, logrando que los invitados silbaran y prorrumpieran en carcajadas.

Desde el punto de vista protocolar, la ceremonia era un desastre, pero para ella era la boda de sus sueños. La habían organizado en un relámpago, pues los novios no querían esperar demasiado y deseaban aprovechar la temporada veraniega para visitar las diferentes propiedades del conde, por lo que decidieron llevarla a cabo allí mismo, en Costwold.

La pequeña capilla de la familia Bladeston estaba prácticamente reventando debido a la presencia de la familia, de los conocidos provenientes de Londres y de toda la nobleza local. La celebración y el banquete se llevarían a cabo al aire libre en los jardines de Sweet Manor, y a él estaban invitados todos los habitantes del pueblo.

Al salir de la iglesia, los aldeanos e invitados los recibieron gritando sus buenos deseos y lanzando todo tipo de flores sobre ellos.

Las bandejas llenas de comida, como carne de ave, ensaladas, cordero asado, tartas, pudines y postres, desfilaron sin cesar. La música alegre tocada por la orquesta impulsaba a jóvenes y a mayores a deslizarse por la pista improvisada. Y todos bailaron y bebieron hasta quedar exhaustos.

Clarissa bailaba con Nick cuando su esposo le acarició un hombro. Ella giró y, al ver el calor de su mirada, se sonrojó.

—Bien, creo que es la hora; el novio está impaciente —le susurró su hermano al oído, haciéndola reír.

—Ya quita esa cara de cachorro abandonado, ahora te entrego a mi hermana —le dijo el duque, que solo se limitó a gruñir—. Steven, cuidala —siguió Nick, intercambiando una extraña mirada con su amigo, que asintió solemne en respuesta y tomó el brazo de su esposa.

La gran multitud asistente los acompañó hasta el carruaje, adornado con flores, que los llevaría hasta Bristol, donde el conde tenía una casa y pasarían su luna de miel.

Antes de subir, recibió un abrazo de su madre llorosa y de su cuñada. —Me alegro de que no te hayas rendido, amiga —le dijo sonriente Lizzy, recordándole el consejo que le había dado una vez.

—Yo también. Gracias por apoyarme siempre —le correspondió ella, rompiendo el abrazo.

—Adiós, Clara, no olvides escribirme —se despidió Andrew, mirándola serio; para ella fue obvio que intentaba ocultar su emoción.

—Ven aquí —le dijo, abrazándolo con fuerza y derramando una lágrima—. Prométeme que te cuidarás y me escribirás desde la ciudad en que te encuentres —le dijo en su oído.

—Lo prometo. Te amo, pequeña Clara —le susurró él a su vez, y un sollozo escapó de la joven.

—Y yo a ti. No te pierdas; vuelve, Andy —se despidió finalmente ella, sabiendo que no vería a su hermano por mucho tiempo.

Steven abrazaba a sus tres hermanas, intentando consolarlas. Ellas besaban su rostro y él reía sin parar, aunque sus ojos brillaban de melancolía.

El lacayo les abrió la puerta y ellos, tomándose de las manos, subieron y se acomodaron en los mullidos asientos, mirando hacia atrás. Detrás de la ventanilla del coche, su familia y el resto

alzaron sus manos y los saludaron, despidiéndolos, hasta que el coche dobló al final del camino y los perdieron de vista.

Steven la tomó de la cintura y la sentó sobre sus piernas, sonriendo, mientras ella soltaba un gritito alarmado.

—Al fin solos... —suspiró feliz, pegando su nariz al cuello de ella. —Sí, y nos espera un largo viaje —respondió acariciando su pelo.

—Ni tanto. Tengo una sorpresa para ti, pequeña —contestó él, levantando su cabeza para mirarla.

Clarissa lo miró confundida y Stev le señaló la ventanilla, justo cuando el carruaje volvía a doblar para emprender la entrada de grava frente a ellos.

—¿Nos quedaremos en tu casa? —lo interrogó ella, apartando la vista de la majestuosa mansión de piedra blanca, rodeada por altos árboles.

—No, lo haremos en nuestra casa —le remarcó él, acariciando su barbilla—. Decidí que no soportaría esperar hasta llegar a Bristol, por lo que pasaremos la noche aquí y mañana partiremos —le explicó el conde, mirándola con tal intensidad que sintió un fuerte nudo en su estómago, y sus mejillas ardieron.

Antes de que pudiese decir algo, el carruaje se detuvo frente a la casa. Clarissa la observó con detenimiento y le sorprendió darse cuenta de que ver la conocida fachada, siendo la esposa de Stev, le producía un revoltijo de emociones y sensaciones.

La mansión tenía tres pisos y grandes columnas apostadas en el frente, que le daban un aspecto de pequeño palacio. La escalera se ubicaba en el lateral y tenía, apostados al costado de esta, macizos y circulares jarrones repletos de flores. Junto a las grandes puertas blancas había un letrero dorado escrito con unas raras letras, pero se entendía que se trataba del nombre del lugar, pues versaba: «Palace».

—¿Cambiaste el nombre de la casa? —le preguntó curiosa al conde, que se mantenía a su lado, observándola cálidamente.

—Sí. Cuando volví de la guerra tomé posesión de todo lo relacionado al título, y decidí que era mejor empezar por cambiar lo que me trajera amargos recuerdos y reemplazarlo por algo que al nombrarlo me dejara una dulce sensación —le respondió él, dando un paso más cerca.

—¿Y qué dice?, ¿por qué lo hiciste? —le preguntó, pasando su dedo sobre la inscripción, la cual era ilegible por no estar escrita en ningún idioma conocido por ella.

—Estando en batalla, alejado de casa, es normal sentirse desesperanzado, y a veces nos distraíamos contando historias y rememorando nuestras tierras y nuestras familias. En una oportunidad, conocí a un viejo soldado español; el hombre solía cantar en su idioma cuando nos desvelábamos por las noches. En una de esas improvisadas veladas, nos cantó una balada que hablaba sobre un triste enamorado que añoraba la dulce risa de su dama. Al terminar le pregunté cómo era aquella palabra, ya que en mi corazón sentía que esa canción describía mis propios sentimientos. Y al regresar a esta casa, lo recordé y no dudé en llamarla así —le dijo Steve con voz suave y con un gesto serio y profundo en su cara.

Clarissa solo lo miró en silencio, asombrada por su tierna y conmovedora historia.

—¿Quieres saber qué palabra es? —le preguntó él sonriéndole. Ella asintió como un muñeco.

—Risa —le susurró el conde en su oído, en un extraño idioma—, que es risa en español. Por eso le puse Rissa Palace a este lugar; porque, estando lejos de casa, pensaba en ti y tú eras el único rayo de sol en mis oscuros días —terminó, y sus palabras y su aliento erizaron la piel de su cuello.

—Oh, Stev, mi amor... Yo... nun... cre... qu... tú... sinti... lo mis... —balbuceó rompiendo

en llanto y lanzándose a los brazos de su esposo.

—No entendí nada, mujer, pero seguro es algo de que estás muriendo de amor por mí — bromeó Stev haciéndola reír y llorar a la vez.

Luego, el conde la besó con fervor, tomando su cuello y su cabeza. Ella sintió un cosquilleo descender por su espalda, pero no pudo disfrutarlo, ya que el conde la levantó en el aire de golpe, haciéndole soltar una exclamación de sorpresa.

—Ya fue suficiente cháchara, mujer —dijo Steven frunciendo un ceño, mientras la joven reía agarrándose de su nuca.

El conde afirmó su agarre en su cintura y, pasando su otra mano por debajo de sus rodillas, emprendió la caminata hacia el interior de Rissa Place. Todo el plantel de la casa los estaba esperando en el vestíbulo, apostados en una larga fila. Clarissa sintió sus mejillas arder de vergüenza y escondió su rostro en el pecho del conde, que se rio, burlándose de su apuro. Por el rabillo del ojo, la joven vio que los empleados sonreían divertidos y hacían una inclinación al verlos pasar por su lado. Tras subir una descomunal escalera de piedra marfil, llegaron a una enorme habitación, decorada de color verde y de elegantes muebles caoba; el conde la depositó con delicadeza en el suelo alfombrado.

Ella se soltó y pasó la vista por el cuarto. Su baúl estaba a los pies de la gran cama de dosel con cortinas doradas. Su camión de seda blanco estaba estirado junto a la bata sobre el colchón.

—Stev..., yo... debo llamar a mi doncella, Mary —vaciló dudosa y nerviosa, evitando mirarlo.

—Shh... Ven, pequeña —la llamó el conde con voz tierna. Ella fue hacia él y lo abrazó, refugiándose en sus brazos.

—No la necesitarás esta noche. Yo seré tu ayudante y tú, la mía —le dijo él con tranquilidad—. Mirame, pequeña —siguió Stev, poniendo un dedo bajo su barbilla y levantando su rostro sonrojada hacia él—, todo estará bien; tú solo cierra los ojos y déjate llevar —terminó, y depositó un beso en su cuello, justo debajo de su oreja.

Ella cerró los ojos y sintió los labios descender por su cuello, por su clavícula y subir hacia su hombro. Un temblor la recorrió, y su cuerpo se estremeció cuando el conde la giró y comenzó a desprender uno a uno los botones de la espalda de su vestido. A continuación, Stev desató los lazos de su corsé y este, junto a su vestido y sus pololos, cayeron al piso, y la dejó cubierta solo por una traslucida camiseta y por sus medias de seda y encaje blancos.

El conde fue besando su nuca y su espalda con dulce lentitud. Después procedió a soltar las hebillas de su recogido y su cabello se derramó sobre sus hombros, hasta rozarle la cintura. Hecho esto, volvió a girarla de cara a él y la observó con caliente lentitud, dejando escapar un suspiro apreciativo, con sus ojos refulgiendo de deseo.

Envalentonada e intimidada a la vez, Clarissa dio un paso adelante y tomó el pañuelo del conde para deshacer el nudo. Una a una, fue quitando las prendas que cubrían el cuerpo de Steven; su mirada verde la quemaba y él había comenzado a respirar agitadamente, al igual que ella, que se quedó sin aliento al ver su ancho y firme pecho desnudo. Cuando él quedó solo con sus calzoncillos largos puestos, detuvo sus manos y, sin saber qué hacer, las apoyó en sus pectorales.

—Tú... también estás temblando —suspiró ella, maravillada y desconcertada.

—Pues sí, me pone nervioso tenerte así, tan bella, entregada, y mía —contestó él con voz ronca.

—A mí también. Me siento extraña y ansiosa por saber que seré tuya por primera vez — admitió con voz temblorosa.

—Por primera vez y para siempre, pequeña —prometió él guiándola hasta la cama y recostándole allí, sobre su espalda.

—Siempre lo fui, y siempre lo seré, tuya —contestó Clarissa mientras Stev se acostaba sobre ella y, poniendo los brazos junto a su cabeza, se apoyó sobre sus codos—. Todavía no creo que esto sea real, que mi sueño se haya cumplido. Ya me había resignado a que jamás sentirías más que cariño fraternal por mí. Creí que nunca te atraería —continuó ella, agarrando su cara con las dos manos.

—Es real, pequeña. Reconozco que traté de impedirlo, pero al final el corazón siempre vence a la razón. Y tú y yo estábamos destinados. Esto comenzó como una irrefrenable atracción, para convertirse en un profundo amor —dijo el conde mirándola con pasión y anhelo.

—Te amo, Steven —le respondió sonriendo con enorme dicha.

—Y yo a ti. Te amaré hasta el último segundo de mi existencia, dulce Rissa —terminó Stev, bajando su cabeza hacia ella.

El sol se perdía en el horizonte para darle la bienvenida a la noche. Mientras, los amantes se decían sin palabras ya cuánto se amaban, utilizando aquel ancestral lenguaje de amor, que se sirve únicamente de la pasión, el deseo y la mutua rendición; ese que no conoce de fronteras ni de idiomas, sino de caricias, besos, placer, sensaciones y sentimientos.

Mucho después, al estar su deseo saciado, se oyó la risa del conde resonar por la habitación.

—¿De qué se ríe, milord? —le preguntó ella, juguetona.

—Pues de que sabía que terminarías así: desnuda y satisfecha en mis brazos —la provocó, risueño, su esposo.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo estaba tan seguro el conde? —interrogó, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Eso es fácil, cariño: porque nadie se resiste al encanto legendario de Steven Hamilton —le respondió él, arrogante, sonriendo de lado y girándose para aplastarla contra el colchón.

—Ay, Stev..., eres tú el que terminó desnudo y saciado en mis brazos. Y todo gracias a unos buenos consejos —replicó negando y fingiendo una mueca de pesar, muerta de risa por dentro.

—¿Qué consejos, eh? —inquirió confundido Steven, frunciendo su ceño. —Pues los de mi libro favorito...: Consejos para un romance exitoso —repuso Clarissa.

Y la expresión desencajada del conde provocó que las carcajadas de la joven y las promesas de venganza de su esposo crearan tanto alboroto que despertaron a todo el personal.

Próximamente ...

La promesa del conde

Serie Romance en Londres, libro 3º

...Julio de 1815, Vauxhall Garden...

La noche era oscura y carente de estrellas. La luna se escondía, y en el aire podía percibirse el misterio y el romance que solo el aroma y los colores del jardín más popular de Europa podían proporcionar.

Clarissa aguardaba, en el recinto privado de la familia, la llegada de su esposo, quien le había dejado una enigmática nota citándola allí. Se hallaba sentada, observando el espectáculo que los malabaristas y demás artistas estaban representando, cuando un lacayo se acercó y le entregó un pequeño papel doblado.

Ven, delicada dama; ven, mi Elena, y aventúrate por el sendero del amor, por el camino de la tentación. Aquí la espera un caballero deseoso de su piel, amante de su ser, esclavo de sus ojos, prisionero de su boca. Ven a mí una vez más, y otra vez te enseñaré la senda de la pasión y la locura del amor.

Tu Demetrio

Boquiabierta y acalorada, guardó la misiva en el interior en los bolsillos internos de su falda, y miró en derredor buscando a Steven que, además de haberla intrigado con esa original invitación, había logrado emocionarla con esas palabras descaradas y devastadoramente románticas. No sabía qué se proponía, pero lo que fuera le estaba resultando, porque ella estaba totalmente encantada.

No pudo localizar al conde entre la multitud que circulaba por los atestados jardines, por lo que se puso de pie y, suponiendo que el contenido de la misiva —además de su carácter poético— suponía una especie de pista, se dirigió hacia el camino de los enamorados. Los senderos en aquella parte estaban apenas iluminados, pero Clarissa no tenía miedo, pues sabía que, desde algún punto, su esposo la estaba vigilando. Lo había sentido cerca de ella desde que puso un pie fuera del sector privilegiado y exclusivo de la clase noble.

Llevaba unos minutos caminando, cuando de pronto una figura se interpuso en su camino. Pese a la falta de luz, ella notó de inmediato que no se trataba de su marido, y lo confirmó más al subir la vista de la mano sucia que enseñaba un puñal, hasta la siniestra sonrisa desdentada que esbozaba el individuo. Tratando de no entrar en pánico, retrocedió un paso y comenzó a alejarse del tosco hombre, que evidentemente era uno de los muchos ladrones que pululaban por Vauxhall.

El delincuente se lanzó tras ella, que había salido corriendo en dirección contraria, y Clarissa aceleró en su huida oyendo, a través del pulso acelerado por el terror, el grito de Steven, que le decía que no se detuviera. A sus espaldas, se escuchó el sonido de unos cuerpos que caían al suelo, y cuando volteó vio a su marido enzarzado en una pelea con el ladrón.

Decidida a buscar ayuda, se apresuró por un camino lateral y, al doblar en un recodo, colisionó con una figura vestida completamente de negro. Incluso llevaba un antifaz negro cubriendo la parte superior de su rostro. La mujer, que parecía estar apurada, no reparó en ella y, murmurando una disculpa, la rodeó y prosiguió su marcha con prisa.

Clarissa, que respiraba agitada, la vio partir y, cuando ella dobló para internarse entre el follaje, y quedaron su perfil y un brillante cabello ébano momentáneamente a la vista, una visión premonitrice la invadió, haciéndole abrir los ojos, incrédula.

—¡Lady Clarissa!, gracias a Dios está bien. Hamilton la está buscando como loco; acabo de encontrarlo junto a un carterista que está inconsciente — exclamó lord Gauss, que apareció repentinamente frente a ella, haciéndola sobresaltarse.

Ella se dejó guiar por el hermano de su cuñada, pero no dejaba de voltear para mirar el sitio por donde se había alejado la mujer enmascarada. El rubio le estaba explicando que él y su padre habían visto su frenética huida cuando se dirigían a cenar a su recinto, pero ella, con la mente hecha un torbellino, lo interrumpió.

—Lord Sebastien..., es... es... es la misma mujer que me ayudó a huir de ese matón en la posada. En aquella oportunidad no pude asegurarme, puesto que estaba oscuro, y luego, en Sweet Manor, ella iba disfrazada y, por toda la conmoción del momento, logró despistarme, pero ahora la vi claramente. Es ella..., es Emily —balbuceó aturdida Clara, clavando su vista en Gauss, quien se detuvo bruscamente.

—¿¡Qué!?! —dijo él, volviéndose hacia ella con los ojos abiertos de sorpresa—. ¿De qué habla?

—De la mujer con la que tropecé hace solo unos minutos; parecía llevar mucha prisa. Se alejó en esa dirección —explicó ella haciendo una seña con su mano.

—¿¡Está segura!?! —la interrogó casi gritando, con el rostro endurecido de furia.

Clarissa asintió y el conde, sin más, giró y la llevó aceleradamente hasta el recinto privado, en donde le informó que debía esperar a su marido, quien había ido a entregar al malhechor a las autoridades, y desapareció por donde ella le había indicado que había visto por última vez a Emily, con un gesto de fastidio y determinación en sus apuestas facciones.

Ella no entendía en absoluto lo que acontecía con su otrora mejor amiga; solo sabía que Emily había desaparecido, sin dejar rastro, luego de la boda fallida de Lizzy. No había vuelto a saber de ella, hasta que se la encontró en ese extraño lugar y después, en casa de su hermano. Todo era un misterio. Emily había sido su compañera en su debut en sociedad y siempre había actuado de forma rara, pero en los últimos tiempos su personalidad había dado un giro completo, hasta llegar a parecer fuera de sus cabales. Muchos decían que era por herencia de sangre, pues a su padre lo llamaban «el marqués loco».

Angustiada, cerró los ojos y rogó que Emily encontrara la paz y el amor con el que ella había sido bendecida; y que Dios la ayudara, pues, con este hombre yendo tras ella, era seguro que sus días en el ostracismo habían terminado ya que, si existía alguien que pudiera encontrarla y traerla de vuelta a rastras, ese era el conde de Gauss.